

Nedim Gürsel



EL HIJO
DEL CAPITÁN

alianza Literaria

Nedim Gürsel

El hijo del capitán

Traducido del francés por M.^a Dolores Torres París

Alianza editorial

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Glosario

Créditos

Tejo con cuidado un esbozo
hecho con todas las tristezas
del instituto y del amor

NIHAT BEHRAM

Cuando el día leva anclas
un navío parte hacia lo desconocido

YAHYA KEMAL

*A los años amarillo y rojo,
y a mis antiguos compañeros de clase*

MI HISTORIA COMIENZA con la muerte de mi madre, el mismo día en que por fin aprendí a leer, a mediados de curso de mi primer año de escuela. Me costó dios y ayuda que las letras dejaran de ser un confuso galimatías en la pizarra, hasta que un día, de repente, tuvieron sentido. Podía descifrarlas una tras otra pasando el dedo índice por encima. ¡PAPÁ, CÓMPRAME UN BALÓN! ¡TOMA, AQUÍ TIENES TU BALÓN! ¡VIVA PAPÁ! Y en efecto, ese día mi padre me compró un balón de cuero que se hinchaba con un bombín, distinto de las pelotas de goma con las que solía jugar. Mi padre era oficial de artillería. Habría podido traerme una bala de cañón del cuartel, soltando su típica cantinela, «Lo que hay que hacer es economizar», acompañada de una de aquellas carcajadas tan parecidas a un cañonazo. En mi infancia, la risa de mi padre no era el único ruido que resonaba en el comedor: se oían también auténticos cañonazos. Aquellos cañones no se disparaban para anunciar el final del ayuno durante el Ramadán. Cuando había maniobras, abrían fuego sobre las montañas, que, achicharradas por el sol en verano y cubiertas de nieve en invierno, se alzaban frente al cuartel y desaparecían entonces en una nube de polvo. «¡Esos disparos no sirven para nada, decía mi padre, ahí arriba no hay un alma, ni amigos ni enemigos! ¡Qué despilfarro de fondos públicos!» Era tacaño, desde luego, pero hay que tener en cuenta que no iba sobrado de nada. Bueno, no es momento de bromas, el cortejo fúnebre acaba de dejar la casa.

Entre las personas que depositaron el ataúd en la piedra ritual no había ni un deudo de la difunta, únicamente los compañeros de armas o de juergas de mi padre. Yo ignoraba el motivo de que no hubiese venido ningún pariente de mi madre: era huérfana; mi padre se había casado con ella muy joven, cuando todavía era una niña recién salida del orfanato, o casi. Hace tiempo que he superado la edad a la que murió mi madre y ya he vivido más años que mi padre. No puedo decir que uno u otro hayan influido mucho en mí. De ella

solo recuerdo su rostro, redondo, pálido, y los pómulos algo prominentes. Y también las oraciones que me susurraba de noche al oído antes de arroparme y soplar sobre mis ojos para que durmiese tranquilo. Tenía una voz dulce y sosegada. O esa era mi impresión de pequeño, en aquellas noches nevadas antes de hundirme en el sueño. También recuerdo las estruendosas carcajadas de mi padre, muy diferentes de la voz estropajosa que tenía cuando había bebido. No me interesé por la vida de mi madre hasta mucho más tarde, y cuando hoy pienso en ella, sin llegar a afirmar que fuese considerada un cero a la izquierda, debo decir que fue una de esas mujeres de Anatolia que murieron sin haber vivido. No era muy guapa. En la fotografía que conservo de ella su sonrisa es forzada. Sus ojos negros son ligeramente rasgados, con la mirada perdida en el vacío, y su rostro parece traslucir la desesperación de la huérfana abandonada. Su frente es amplia y despejada, tal vez debido a que sus largos cabellos están peinados hacia atrás formando un moño. Da ganas de que lo deshaga y los suelte sobre los hombros. Que se «despeine», como dice aquella canción que mi padre no podía oír sin llorar. Que se ría a carcajadas como mi padre. Que se distraiga, sentada frente a la ventana, mirando fijamente los grises picos de las colinas. Que deje de una vez su bordado, que se vaya a dar un paseo por el barrio, que acompañe a mi padre a la cantina del cuartel. Que brinde en la orilla del lago. Que cante con mi padre y sus amigos.

Últimamente, miro con frecuencia esta foto. Siempre la llevo conmigo, pero la había olvidado al cabo de los años, yendo de ciudad en ciudad, de una mujer a otra. Hay que llegar a cierta edad para rescatar de los baúles que huelen a naftalina no solo los recuerdos, sino también las fotos antiguas. El tiempo ha grabado el rostro de mi madre en mi memoria; no necesito mirar su foto a cada rato, pero ella nunca me ha dejado. Me habría gustado decir: «Mi madre ha vivido». La contemplo «abriendo los ojos de una cuarta», como decía mi padre cuando estaba borracho, estudio su mirada y sus cabellos negros y trato de hallarle un sentido a su destino, como antaño trataba de dárselo a los negros arabescos del alfabeto. ¡PAPÁ, CÓMPRAME UN BALÓN! Fuese para demostrar que era hombre de palabra, fuese para suavizar mi dolor, mi padre me había comprado un balón el día de la muerte de mi madre. Chutando contra la pared de nuestra casa, yo no pensaba en que ya no la vería

nunca más. Y si mi padre, quitándome el balón de las manos, no me hubiera obligado a seguirlo, no habría ido al entierro. Me vengué en el balón de cuero que rebotó sobre la pared amarilla recién pintada, rodando por el suelo como una calavera, detrás de la que eché a correr.

Jamás se nos habría ocurrido que mi madre moriría así, de repente, «sin piarla», como decían en aquella ciudad de provincias donde acabábamos de instalarnos. Todavía era joven y ágil. Cuando terminaba sus tareas domésticas, solía sentarse con las piernas cruzadas en el sofá y bordaba cipreses en un lienzo de cañamazo, presentiendo tal vez su muerte prematura. Cuando pienso en esos cipreses cuyo color y formas recordaban las porcelanas otomanas, no pienso solo en el trágico destino de mi madre. También veo a mi padre regresar a casa borracho, de noche, abrir el costurero de nogal y llorar aspirando el olor de los bordados de mi madre. Ella colocaba primorosamente sus bonitos tapetes, pero el ordenanza de mi padre, un auténtico manazas, siempre se los arreglaba para mancharlos cuando se ocupaba de las labores domésticas. Ahmet ayudaba a mi madre en la limpieza de la casa, pero los recados los hacía él. Ni mi madre ni mi padre, ni siquiera mi abuela, hija de inmigrantes, le llamaban nunca por su auténtico nombre. Era siempre Memet por aquí, Memet por allá. Él respondía invariablemente «A sus órdenes, mi comandante», incluso a mi abuela, y no se molestaba porque le llamasen Memet. La guarnición tenía otros muchos Memet, y prefería ser el ordenanza del jefe que hacer la instrucción o aburrirse en el cuartel.

No había ninguna razón aparente para que Azrael, el ángel de la Muerte, viniese a buscar el alma de mi madre. Dijeron que había sido un aneurisma, que su aorta había cedido. No podía entender cómo una arteria podía ceder así, «sin piarla». Los médicos tampoco sabían más que yo. Por entonces, yo no tenía la menor idea de lo que era un «aneurisma» o la «aorta». A medida que he ido envejeciendo, me he dado cuenta de la vulnerabilidad de nuestro cuerpo. Después de todo lo que los médicos me han hecho sufrir, he comprendido que en la vida nuestro verdadero maestro, nuestro *mürşit*, no es ni la ciencia ni Hürşit, el mercader de especias que pasaba todos los días ante nuestra puerta, sino el tiempo. La carrera de las manecillas en la esfera, la grande y la pequeña, me han ido consumiendo lentamente, y cada hoja

arrancada al calendario me ha acercado un poco más a la muerte. Pronto iré a reunirme con mi madre. Mientras tanto, Azrael ha tomado su rostro. Ahora está ahí, delante de mí, me acuesto y me levanto en su compañía, vivo con ella. Apuro el suplemento de vida que me ha dado su muerte prematura. Me veo todavía en el hogar de mi infancia. Veo todo lo que ocurre allí. Escucho, al son de la risa de mi padre, a mi abuela criticando a mi madre con las vecinas. Desde nuestra vivienda, el último piso del alojamiento de oficiales, contemplo el lago y las montañas que se alzan ante mí. El jeep que lleva todos los días a mi padre al cuartel está aparcado abajo, pero el ordenanza no aparece. A saber adónde habrá ido Ahmet, no responde a las llamadas de mi abuela. Tiene que ir de compras urgentemente y poner la mesa con las bebidas mientras mi madre, en la cocina, prepara los *mezzes*. A continuación, después de haber preguntado a mi padre o, en su ausencia, a mi abuela «¿Ordena algo más, mi comandante?», ya no tenía que estar remoloneando. Cumplido su cometido, desaparecía hasta la hora de las visitas. Ahora sale la luna, llena, rotunda, como una bandeja de plata. En los paños de cañamazo pacientemente bordados por mi madre, surge por detrás de los cipreses. Y su claridad ilumina el rostro de mamá.

Me ocultaron durante mucho tiempo el lugar y la hora de su muerte, y cuando supe lo que realmente había sucedido, mi abuela, que solía decir: «No hay que irse con los que se van», no estaba ya en este mundo, y mi padre, que no era de los que se van con los muertos, había emprendido también su último viaje. No voy a hacer míos los términos del poema que aprendí de memoria en la escuela, «Era pequeño, jugaba al balón», pero debo decir que en aquel momento no hice demasiadas preguntas. Igual que los vecinos y los compañeros de armas y borracheras de mi padre, igual que el ordenanza Ahmet, me atuve a lo que quisieron contarme. Era demasiado pequeño para elaborar hipótesis. Mi padre me repetía «Deja de llorar, los hombres no lloran», y me vi obligado a tragarme mis lágrimas. Mi abuela parecía encantada. Era obvio que detestaba a su nuera, a lo que juzgaba indigna de su hijo, y cuando dijo «¡Que Alá perdone sus pecados!», parecía que hablase de una desconocida. Recuerdo sin embargo que había en sus ojos una expresión como de miedo, o más bien de intranquilidad. De niño casi no prestaba atención a estas cosas, pero hoy lo comprendo mejor.

Volvía de la escuela y todavía conservaba en la boca el sabor del caramelo. Cuando uno de sus alumnos aprendía a leer, la maestra le daba un caramelo *hayat* que guardaba celosamente en un bolsito negro parecido a un viejo hatillo. Se podían comprar en el ultramarinos, con una de aquellas monedas agujereadas de cien céntimos, pero los *hayat* que nos daban de premio en la escuela sabían mucho mejor. Las monedas de cien que poníamos en los raíles del ferrocarril quedaban aplastadas y totalmente irreconocibles una vez que la locomotora y los vagones les habían pasado por encima. Convencidos de que habían aumentado de valor, las deslizábamos en nuestra hucha como si ya, a esa edad, no tuviéramos otro objetivo en la vida que hacernos ricos. Chupábamos los caramelos para que durasen, sin masticarlos, y coleccionábamos los envoltorios de papel. Jamás he atesorado ni guardado nada, ni los cipreses de mi madre, ni la colección de sellos que hice después, pero nunca he sido capaz de desprenderme de aquellos trozos rectangulares de papel de colores brillantes. *Hayat* en turco significa «vida», y tal vez los conserve por eso, porque tengo miedo de perder la vida, o porque, gracias a ellos, he aprendido que hay otros países y otras vidas. Porque me han hecho oír la llamada de los océanos, de la selva virgen, de los lagos que se extienden más allá del azul de las lejanas montañas. En los envoltorios de los caramelos *hayat* había también dibujos de animales, de ballenas cuya cabeza lanzaba chorros de agua, de leones de espesa melena, de leopardos moteados, de águilas que tenían la misma mirada que mi abuela... Cuando reunías una serie completa, tenías derecho a una caja de caramelos gratis. ¡No era moco de pavo ganar una «vida»! Ahora sé que se pierde la vida al querer ganarla, y yo ya no tengo otra cosa que ganar o perder. Los días discurren lejos de mi infancia, que transcurrió en un pueblo cerca de un lago, entre el cuartel y la escuela, entre la vía férrea y mi casa, donde en verano pasé ratos estupendos viendo las películas de Ayşecik, en el cine al aire libre; lejos del pálido rostro de mi madre, cuya muerte había terminado con la risa estruendosa de mi padre. Y las noches son interminables.

Ese día, cuando la maestra me dio el caramelo, mi alegría fue doble: no solo había aprendido a leer, superando así el principal obstáculo para acceder a la vida, sino que además tenía la serie completa de los osos ladrones de miel. Fue pensando precisamente en mis envoltorios de caramelos cuando me

dijeron que mi madre había muerto. Igual que en los versos que, más adelante, me valieron el premio de declamación, se había dormido para no despertar. Como escribió Cahit Sitki Taranci, el autor del poema «Treinta y cinco años», la depositaron en la piedra ritual como un rey en su trono. Yo estaba de pie junto a mi padre, entre los hombres alineados ante el ataúd. Mi abuela, un poco más atrás, con las mujeres, que no están autorizadas a decir la oración de los muertos. En su mayoría eran esposas de oficiales. Despreciaban a mi madre, la miraban por encima del hombro y nunca la habían invitado a tomar el té. Parloteaban en voz baja. Recuerdo que ninguna de ellas derramó ni una sola lágrima. Mi padre, recién afeitado, vestía uniforme y botas lustradas. Pretendía despedir a su mujer como se honra a un mártir. Sus compañeros de armas vestían de civil. En el último minuto, el coronel se unió a ellos. A mi padre, con uniforme de capitán, se le veía muy orgulloso por estar colocado delante de un oficial de mayor rango. Por supuesto, mi cerebro de niño no se había dado cuenta de este detalle, pero, rebobinando ahora la ceremonia fúnebre en el patio de armas del cuartel, puedo imaginarme lo que sentía. Él, un simple jefe de batallón, se comportaba más como jefe del regimiento que como un marido que acaba de perder a su mujer. Sus aires de fanfarrón turbaban visiblemente a sus compañeros de juergas, que asistían también al entierro, con el fiscal a la cabeza. Si lo hubiera observado atentamente quizás podría haberme enterado de algo. Sin embargo, lo que me llamó la atención fue oír al fiscal suspirar frecuentemente y murmurar en árabe *Lâ havle vela kuvvete*, inclinémonos en respetuosa reverencia ante la fuerza. Podría haber preguntado a mi padre, después del entierro, lo que significaban aquellas palabras, pero pensaba más en mis caramelos que en la muerte de mi pobre madre.

Cuando el imán dijo «Recemos una *fatiha**¹ por el descanso del alma de la difunta», abrí las manos, como todo el mundo, y comencé a recitar el texto. Pero no pude recordar más que el primer versículo, que me había enseñado mi abuela. Estaba detrás de mí, erguida, con su pañoleta negra, como un puñal clavado en el suelo. Yo pensaba en monos de culo rosa saltando de rama en rama en la sabana africana, en águilas surcando el cielo con un conejo entre sus garras, en gorilas dándose golpes en el pecho, en tigres, rinocerontes, jirafas de largos cuellos como troncos de pinos. Me pareció oír

a unos cuervos graznar «¡Mira esta rama!», a cigüeñas crotorar «¡Échame una almendra!». Si hubiese que hacer caso a mi padre, los osos pululaban en los bosques de los alrededores. Al menos había uno, en el envoltorio de un caramelo *hayat*, robando la miel de una colmena y mi padre había cazado otro, con cuya piel había hecho una hermosa alfombra de oración para mi abuela y cuya cabeza colgaba disecada sobre el aparador del salón, justo al lado de la fotografía de su boda. Para mí, en aquel entonces, el universo se parecía a *El mundo de los animales*, un libro que mi padre me había regalado por mi cumpleaños y que yo leía deletreando las palabras. Los seres humanos casi no me interesaban. Esta es probablemente la razón por la que yo, más adelante, adquiriría la costumbre de comparar con animales a los compañeros de borracheras de mi padre. Pero en la época de la muerte de mi madre el mundo no se componía de rostros, sino de imágenes y sonidos. El sonido precedía a los sentidos. La cantinela de Hurşit, el buhonero que recorría las calles con sus tarros llenos de coles, pepinillos, pimientos y tomates confitados en vinagre, el susurro de mi madre cuando rezaba, el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado, el murmullo de los álamos balanceándose al borde del lago, las estruendosas carcajadas de mi padre, los ruidos que me despertaban por la noche, todo ello constituía una parte del mundo que me esforzaba por descubrir.

La ceremonia fúnebre fue breve, pero, durante todo el Ramadán, mi abuela no se levantó, por así decir, de su alfombra de oración, rezaba día y noche, mientras mi padre se emborrachaba con sus amigotes en la habitación de al lado. Entre ellos se encontraba el director de mi escuela. Por lo visto, estaba enamorado de mi maestra, pero yo era demasiado pequeño para darme cuenta de nada. Era la comidilla del pueblo. Estaba en boca de todos y el rumor corrió como la pólvora. Aunque él llegaba todas las mañanas a la escuela de punta en blanco, ella rechazaba sus proposiciones. Frustrado, habiendo perdido su autoridad, buscó consuelo en la bebida y se convirtió en compañero de correrías de mi padre. La maestra finalmente se casó con un comerciante y el director de la escuela se quedó con un palmo de narices. La gente decía que se había quedado con «el rabo entre las piernas» aludiendo al miembro viril, pero como yo solo conocía la palabra *pipí*, no entendía nada de aquellos cotilleos. Para mí, lo que nos cuelga entre las piernas solo servía

para hacer pis. En cualquier caso, ese director que se había quedado «con el rabo entre las piernas» era el que había venido a acariciar mi mejilla antes de enviarme al entierro. Su mano temblaba. Esa misma mano que un día me había dado un guantazo y, estrellándose sobre mi cabeza, me hizo arrepentirme de haber nacido. Pero esta vez, la mano, sin duda, tenía una buena razón para acariciar mi mejilla. Todavía me parece oír al director diciéndome: «Que Alá te conceda los años de los que tu madre ha sido privada». Ese día me quedó la impresión de haber robado la vida de mi madre, de haberla matado en cierto modo para prolongar mi propia existencia. Sí, todavía vivo con ese fantasma.

Diríase que la oración de nuestro director, al que llamábamos el Jirafa, fue oída por el Altísimo, que su lengua era tan larga como su cuello y que aquella manaza que repartía sonoras bofetadas a chiquillos daba suerte. Veo de nuevo su silueta, que sugería más un camello rumiando que una jirafa, suspirando malhumorado frente a una botella de raki, en compañía del fiscal y del director del catastro. El fiscal era muy bajito, pero vivo y ágil como un mono, y el director del catastro tenía toda la pinta de un oso robando miel en una colmena. La cabeza de oso disecada que, desde lo alto de nuestro aparador, observaba seriamente a los invitados era su vivo retrato. Pero durante mi niñez, el Dios que me inspira ahora estas palabras era desconocido en el batallón. Nunca pensé en Él. Yo pensaba en los animales que adornaban los envoltorios de los caramelos *hayat* y en los cipreses susurrando al claro de luna en los paños de cañamazo de mi madre. Sí, era en lo que pensaba antes de quedarme dormido, y en las noches frías de invierno soñaba con mi madre, que venía a arroparme y a soplar en mi cara con su aliento para protegerme.

Dejé mi casa para irme interno al liceo de Estambul y nunca volví a ver al director del catastro ni al director de la escuela. Este último ya había muerto. Para ser más preciso, se había suicidado. Por amor. ¡Cuántas locuras se hacen por amor! En cambio, vi al fiscal en Estambul algunos años más tarde. Había perdido su agilidad y ya no tenía nada de simio. Cuando murió, era muy chiquitito, no más grande que Pulgarcito. Me reveló a bocajarro que mi madre no había muerto de una rotura de aneurisma, sino que se había suicidado con el revólver de mi padre. Para evitar la apertura de una investigación que podría resultar embarazosa, él mismo había cambiado el

informe del forense. Como aquella versión de la «rotura de aneurisma» nunca me había convencido, cuando me hice mayor y quise y saber la verdad, mi padre me confesó que mi madre se había matado accidentalmente limpiando su revólver. Suicidio o accidente, había muerto «de repente» y no se podía hacer nada. «Es el destino —repetía—, el destino.» Además, su nombre, Kader, significa «destino», y de hecho era el destino el que había querido que se fuese para no volver, sin ni siquiera cerrar la puerta tras ella, dejándome en compañía de monos, osos y jirafas. Y también de mi abuela, de mirada de águila, y de mi padre de alma sensible, que además se creía que todo estaba permitido. Podía, borracho perdido, llorar y berrear a su antojo, contar chistes verdes y reírse a carcajadas. Todas las noches, en casa de uno de sus amigotes o en Casa Muhtar*, a orillas del lago, se sentaban a la mesa, descorchaban una botella de raki tras otra y bebían hasta la madrugada al son del *saz**. A veces llevaban chicas, pero eso lo supe más tarde, por boca de mi abuela. Según ella, estaban todos condenados al infierno y caerían en sus llamas al cruzar el puente Sirat. No justificaba a su hijo pero le reprochaba dejarse arrastrar por el fiscal y el director de la escuela, añadiendo que si continuaba con aquella vida de libertinaje los demonios le harían sufrir los tormentos del infierno. Luego se ablandaba y le decía zalamera: «No les hagas caso, mi león, tú no eres como ellos. Un día serás pachá». Mi padre temía a mi abuela y nunca le habría replicado: «Un día serán jueces y tal vez secretarios de Estado». Yo tampoco me habría atrevido a contradecirla. De hecho, los dos la temíamos, pero creo que mi padre le tenía aún más miedo que yo. De todos modos, yo era un pobre huérfano condenado a crecer sin su mamá.

Mi padre no volvió a casarse, no me entregó a una madrastra, se limitó a meterme en un internado. Nunca llegó a pachá, pero dejó de beber y se convirtió en un jefe respetado. Incluso tocó poder. Sin embargo, nunca se enfrentó a su madre. Decir que la temía es poco: temblaba ante ella. Mi madre tal vez hubiese muerto de una rotura de aneurisma, pero él, a este paso, acabaría muriéndose de miedo.

Cuando retiraron del féretro el cuerpo de mamá envuelto en su mortaja para depositarlo en la tumba, permanecí impasible. Me daba la impresión de que no era ella la que estaba bajo aquella mortaja, que había ido al colmado

en lugar de Ahmet y que volvería de un momento a otro. No era a ella a quien enterraban; la oración temblorosa del imán y el agua que se vertía sobre la tumba estaban destinadas a cualquier otra persona. Quizás no había ido al colmado, sino a algún otro lugar donde podría pasar un rato antes de volver a casa, para retomar su labor abandonada cabe la ventana y continuar bordando sus cipreses enhiestos frente a la luna nueva. Yo estaba deseando mostrarle mi colección de animales. Debía de encontrarse bien donde estaba, porque no había vuelto. Me han hecho falta muchos años para acostumbrarme a su ausencia y comenzar a experimentar la nostalgia de su cara pálida y redonda, que brillaba de noche cuando venía a arroparme, de su presencia, de su ternura femenina. Siempre me he preguntado dónde se había ido, en qué lugar se ocultaba. No estaba ni en el cielo ni el infierno, dos palabras que no tenían ningún sentido para mí. Tampoco bajo la lápida donde después grabaron *Kader kurbanı Kader*, «A Kader, víctima del destino». ¿Dónde estaba, en qué lugar y con quién? ¿Por qué ventana estaba mirando, en qué bordado expresaba su soledad, su abandono, su cruel destino? No recuerdo haber jugado mucho en mi infancia, exceptuando los días en que corría detrás de un balón con mis amigos del barrio. Pero en mis sueños siempre jugaba al escondite con mamá. Mientras yo contaba en el patio de la mezquita, con el rostro vuelto hacia la pared, ella iba a esconderse detrás de un árbol o se deslizaba en el baúl de nogal chirriante del vestíbulo para no volver a salir jamás. Indiferente a los otros niños que gritaban a cada cual más alto «¡Por mí!», yo escudriñaba en el interior del baúl, buscando en vano a mi mamá entre los paños de macasar, los encajes y las cortinas de tul. Los cipreses ya no susurraban a la luz de la luna, sino entre mis manos. Miraba detrás de los árboles, pero no había nadie. El suelo, sin duda, se la había tragado. Más adelante, la busqué a menudo en Estambul, cuando estaba interno, luego en otras ciudades lejanas, de noche, en los parques desiertos, bajo los puentes, en callejuelas oscuras. Nunca he renunciado a esta búsqueda sin esperanza, pero ya no me quedo, como antaño, despierto hasta la madrugada. Y, además, si la encontrase, no podríamos hablar. Los muertos no hablan. Son mudos.

¹ Las palabras marcadas con un asterisco la primera vez que aparecen se relacionan en el glosario al

final de la obra. *(Todas las notas son de la traductora.)*

LA MUERTE DE mi madre no cambió gran cosa nuestra existencia. No pensaba mucho en ella. Pero, con los años, la echaba de menos cada vez más y cuando alcancé la edad a la que murió, mi dolor se volvió insoportable. Ahora experimento una sensación extraña. Me da la impresión de que solo se ha ido a pasar la noche a casa de una amiga. Volverá al amanecer para despertarme diciendo: «Venga, levántate, que vas a llegar tarde a clase». Me besará en las mejillas estrechándome en sus brazos. Me dará todo el amor que no pudo prodigar a mi padre. Sé que ella no tenía ningún otro amor excepto yo, su único hijo. Sin embargo, a su muerte, su hijo solo se interesaba por los caramelos *hayat*. Su lugar junto a la ventana estaba vacío, eso es todo. Después de algún tiempo mi abuela retiró la foto que descansaba en el aparador del salón, cerca de la cabeza del oso: había sido tomada la noche de los esponsales, y en lugar del vestido de novia llevaba un sencillo traje de chaqueta blanco. Solo quedó la cabeza del oso disecada que sonreía a quienes nos visitaban: los compañeros de borrachera de mi padre, los escasos parientes que venían, de tarde en tarde, a ver a mi abuela y Orhan *amca**, tío Orhan. Un día, impelido tal vez por el temor a olvidar su rostro, saqué la foto del cajón y recorté la cabeza de mamá, separándola de la de mi padre. Desde entonces, la llevo conmigo como un amuleto, convencido de que me protege no solo de la desgracia y de los accidentes sino también de la muerte. De vez en cuando la miro.

A pesar de las admoniciones, advertencias, consejos y amenazas de su madre, mi padre nunca fue pachá. Pero el 27 de mayo de 1960 «tocó poder», como dicen los izquierdistas, y, lo que es más, con el simple grado de coronel. Cuando dejó las filas de un ejército que había colgado a tres políticos —uno de los cuales era primer ministro y los otros dos ministros²— y condenado a muchos otros, pero había dado al pueblo una constitución democrática, se retiró y fue promovido al rango de senador. *Düztaban Hasan*,

Hasan «Pies planos», había dado paso a *Asan* Hasan, Hasan «el Verdugo», y, con la distancia, esto es lo que me impide estar orgulloso de él. Lo apodaban «Pies planos» no porque sus pies estuviesen mal formados, sino porque le gustaba la marcha. Tan pronto como disfrutaba de un permiso, cogía su fusil y se iba de caza acompañado por el director del catastro, apodado «Gorrión». No disparaban a las perdices, ni a los jabalíes, ni a los patos que, en la temporada migratoria, anidaban en los juncos de las orillas del lago. Iban a las colinas y hacían una carnicería entre los osos ladrones de miel antes de transformar sus pieles en alfombras de oración y sus cabezas en trofeos. Al director del catastro no le llamaban casi nunca «el Coloso» o «la Bestia», pese a que era un mastodonte. Igualmente preferían apodar a mi padre Hasan «Pies planos», en lugar de Hasan «el Enano» o Hasan «el Achaparrado», sus otros apodos. Hubo una época en la que Turquía estaba orgullosa de él, ahora se le juzga por contumacia. ¡No, no explotó, como yo deseaba, en mi infancia, cuando me enfadaba con él! Se murió de cirrosis. Aunque había dejado de beber. Esto es al menos lo que contaba a su círculo más íntimo, considerando que el papel de borracho no quedaba muy bien en un oficial golpista. Ya no salía con directores de escuela y directores del catastro, sino con ministros, secretarios de Estado y con el mismísimo Cemal Gürsel, el presidente de la República nombrado por el alto mando. Mientras que los representantes del pueblo contaban en Yassiada los días que los separaban de la horca, Cemal *aga**, jefe del Estado Mayor del ejército, se instalaba con sus tropas en el palacio presidencial de Çankaya. En cuanto a mí, era la menor de las preocupaciones de mi padre. De sus antiguos compañeros de borracheras no quedaba más que su viejo amigo el fiscal. Cuando se encontraban, en Ankara o en el extranjero, seguramente evocaban el pasado. Y no eran precisamente bebedores de leche. A no ser que fuese «leche de león». Vaso va, vaso viene, supongo que decidían dejar de beber cuando la botella de raki estaba vacía y que comenzaban de nuevo al día siguiente como si tal cosa. De todos modos, después de haber sido Hasan Pies planos y Hasan el Verdugo, renunció a la bebida y se dedicó en cuerpo y alma a los asuntos públicos. Si hacemos caso de la retahíla que nos hacían repetir todas las mañanas en la escuela primaria, «entregó su vida a Turquía». En el ejército, e incluso entre sus antiguos compañeros de farra, corrió el rumor de que no solo había

dejado de beber el veneno del alcohol, sino que ni siquiera había una gota en su despensa. Pues muy bien, queda dicho. De lo que no cabe duda es de que después del golpe de Estado el fiscal y él accedieron a muy altos cargos. Uno fue miembro del Comité de Unidad Nacional; el otro, asesor de Egesel, fiscal jefe del Tribunal Superior de Justicia. Garantes de la unidad indivisible de la nación, estaban decididos a dar su vida por esta causa. Por supuesto, quienes habían colgado sin pestañear a Menderes, Zorlu y Polatkan estaban más que dispuestos a dejar de beber.

No fui al entierro de mi padre. Me encontraba muy lejos, en un país extranjero, en una de esas capitales de soledad y aburrimiento. En la época en que, al albur de sus traslados por Anatolia, él iba con su madre de cuartel en cuartel, no nos veíamos a menudo. Mi abuela, que proclamaba a quien quisiese oírle «No cometeré la vileza de vivir más que mi héroe, mi león», pese a todo, sobrevivió a su hijo. Era una «desplazada». Antes de desembarcar con su hijo y de emprender su peregrinaje a través de Asia Menor, había crecido en una tierra muy fértil y respirado el aire puro de las montañas. Era oriunda de los Balcanes, de un rico país con fragancia de rosas que nunca volvería a ver. Cuando decía: «Allí no había el árido suelo de Anatolia, vivíamos en la *bolluk*, la abundancia», yo me burlaba de ella, jugando con las palabras, «Oh sí, en el *bokluk*, la cochambre», pero luego le pedía perdón, arrepentido. Le prometí que cuando fuese mayor la llevaría de nuevo a su país, Bulgaria, pero no cumplí mi palabra. Cuando tuve la oportunidad de ir, mi abuela, la única mujer que acompañó mi infancia, que consagró su vida a su hijo, consiguiendo hacer de él si no un pachá, al menos un visir, ya no estaba en este mundo. Como el fiscal, había encogido, estaba apergaminada y, en su lecho de muerte, no quedaba de ella más que piel y huesos. Antes de exhalar su último suspiro, murmuró: «Las montañas no se reencuentran, pero los hombres, sí, se volverán a encontrar». Luego se acurrucó, se enroscó como un erizo y ya no se movió. Cuando la tomé en mis brazos para levantarla del lecho, era redonda y ligera como el balón de caucho que fue el primer regalo de mi padre. No contenta con traer a mi madre a maltraer, sobrevivió a mi padre. La enterramos con la mortaja con olor a rosas cuidadosamente guardada en el baúl de nogal que había traído de su país y que había conservado durante los días de guerra y desolación.

* * *

EL RECUERDO DE MI abuela me lleva siempre al de las casas. Aparte de la casa de madera con voladizo, tejado de tejas y jardín en Tarnovo, donde ella había pasado su infancia y que evocaba en su memoria el nido construido por una mamá oca, nunca tuvo, en toda su vida de emigrante, su propia casa. Tras quedar viuda muy joven, se vio arrastrada con su hijo de un barracón obrero a una vivienda de cuartel. Cuando recuerdo con nostalgia a aquella mujer de duro carácter que recorrió Anatolia de uno a otro confín, pienso en su patria de origen. Y veo Tarnovo, donde yo mismo residí, con sus casas desde las que se podía contemplar el río Yantra fluyendo lentamente, cuando no estaba seco, y sus calles talladas en la roca. Trato de imaginar la infancia feliz de mi abuela en aquella ciudad alejada de la capital.

En diciembre de 1877, Osman pachá había logrado salir de Plevna. Encontrándose con los puestos de guardia ocupados por el enemigo ruso, se había replegado sobre el Danubio. A continuación todo fueron guerras y catástrofes. Mi abuela me contaba con detalle las desgracias sufridas por los turcos de los Balcanes, ilustrando su relato con las fotografías publicadas en los libros de historia. Me parecía estar viendo a aquellos niños de ojos desorbitados por el hambre, amontonados entre cobertores sobre carretas tiradas por bueyes extenuados que no eran más que un saco de piel y huesos, o aquellos cadáveres de mujeres a los que les habían cortado las orejas para arrebatárles sus zarcillos. Lo que veo no son nuestros ancestros, aquellos que —en palabras de nuestro primer ministro de bigote de almendra— se pasaban la vida a caballo, sino los viejos conquistadores cubiertos de barro huyendo por la llanura de la Tracia. Es superior a mí, su sangre aún fluye por mis venas y a veces me estremezco y, como mi abuela, tengo ganas de gritar que Osman pachá no ha dejado Plevna. Por otra parte, aunque las palabras hayan cambiado, son las mismas coplillas que dirigían al tirano Menderes los jóvenes que se manifestaban por las calles:

*El Danubio dijo: ya no fluiré
Nunca más mis orillas bañaré
El noble Osman pachá dijo*

*De Plevna nunca me iré
Todo puede suceder
Hermanos contra hermanos
Malditos seáis, dictadores
El mundo no será para vosotros.*

Me imagino la alegría que sintió mi abuela cuando su hijo Hasan «Pies planos» envió al otro mundo a los malditos tiranos. Quién sabe si la mañana del golpe de Estado estuvo por primera vez orgullosa de mi padre, o si se limitó a repetir: «Nunca llegó a pachá, jamás podré consolarme».

«Lo he criado con el sudor de mi frente —decía refiriéndose a mi padre—. He hecho, dale que te pego, el *avlu*, el patio, de una fábrica textil.» Quería decir que había tejido las *havlu*, las toallas. Lo entendí cuando me enteré de que, como todos los refugiados llegados de los Balcanes, mi abuela no pronunciaba las haches. Al referirse a mi padre, siempre decía *Asan*, que entre nosotros quiere decir «El Verdugo». Ora se debiese a un problema de acento, ora a un defecto de pronunciación, la palabra se reveló pertinente cuando el coronel Hasan Hoşgör, miembro del Comité de Unidad Nacional, firmó la condena a la horca de tres políticos.

Al promulgarse la Ley de Apellidos, a mi abuela se le asignó el de Hoşgör, que significa «indulgente». Como si la pobre mujer no hubiera tenido bastantes desgracias, el empleado del Registro de Bursa, sin tener en cuenta su opinión, consideró conveniente endilgarle el apellido Hoşgör, cuando su nombre era Gülhayat³. Bien sabe Dios que la vida apenas le había sonreído y maldita la gracia que le hacía a ella sonreírle. Pero seamos justos: aunque propensa a arrebatos nacionalistas, era una mujer afable. La única cosa que no toleraba era que le prohibiesen fumar. Encendía un pitillo con otro y cuando mi padre insistía en que dejase el tabaco, decía: «No voy a dejarlo, hijo mío, he trabajado duro y tengo tanto derecho como tú». Después de la muerte de mi madre, había ocupado su sitio en el sofá, pero en lugar de un lienzo de cañamazo sostenía un cigarrillo. Evocaba con nostalgia los viejos tiempos. Comenzaba por Osman pachá, al que no había tenido la suerte de ver con sus propios ojos; luego era el turno de su abuelo, muerto en el campo de batalla, e iba encadenando historias hasta finalizar con Gazi

pachá, es decir, Atatürk⁴. «¡Ay!, ¡desgraciadamente, mi valeroso hijo, la alegría de su madre, no logró ser pachá!» No hay miel sin hiel. Allá, en aquellas regiones perfumadas de rosa, ella y los suyos tenían casa propia, así como huertas, viñedos e incluso acaballaderos. Probablemente por eso amaba tanto a los caballos. Desafortunadamente, habiendo como había tantos regimientos de caballería, la «alegría de su madre», que nunca llegó a pachá, en lugar de ser por lo menos un jinete llevado en las alas del viento, optó por la artillería. Sí, allá tenían acaballaderos. Y una mezquita con imanes de voz tonante. Sus casas, mejor dicho, sus residencias, dominaban las aguas que se estancaban en las concavidades del valle. Y cuando era pequeña lanzaba cometas de larga cola desde lo alto de los bastiones de la ciudadela.

Mi abuela siempre hablaba de su infancia, como si no hubiera tenido juventud. Recordaba caballos, acaballaderos, monasterios con paredes adornadas de miles de frescos con la pintura desconchada, esas joyas de los Balcanes que son los puentes hechos de mortero amasado con sangre, que, además de unir las dos orillas, son un vínculo entre los hombres, o iglesias donde sacerdotes de barba hirsuta, con cabellos y faldas de mujer, pronunciaban sus homilías. En las mezquitas, la figura humana está prohibida. Las paredes son de un blanco tan deslumbrante que casi dan miedo a los niños. Y sin embargo, allí estaba aquella *Alaca cami*, la Mezquita pintada, cuyo interior era un auténtico paraíso. En sus paredes crecen tupidos bosques, abren sus hojas los nenúfares, los pájaros baten sus alas. Mi abuela habría tenido que ocultarse para ir a ver aquel jardín del Edén, porque a las niñas no las llevaban a la mezquita, ni siquiera para la oración del viernes. Rezaban en casa con sus abuelas desgranando rosarios. Los hombres iban a la mezquita y al café, pero también al frente.

Se vivía bien en Tarnovo. Mas para huir de los abusos de los búlgaros, como aquellas pobres gentes de las fotos de los manuales de historia, habían tenido que apilar baúles y mantas en una carreta y se habían echado a los caminos. Se vieron obligados a atravesar los Balcanes en un carro de juguete. Lograron escapar de las tropas que esperaban emboscadas y llegaron a mataballo a orillas del Maritza. Pero después de la derrota de Kirkkilise, para escapar del enemigo que había bloqueado Andrinópolis, tuvieron que huir de la ciudad fronteriza en un vagón de ganado. Mi abuela se acordaba

vagamente del ejército otomano que se había replegado sobre la línea de Çatalca. Abandonando los cañones en el frente, los soldados exhaustos, hombres y oficiales desorientados, envueltos en sus gabanes, se batían en retirada a trompicones, en dirección a Tracia. Eran los últimos días de otoño, el invierno y el frío se aproximaban tan implacables como el enemigo. Mientras las gentes hacinadas en los vagones se apretujaban unos contra otros para entrar en calor, Gülhayat soñaba con un patio en el que jugaba a la rayuela. Se decía que los *comitadjis*⁵, alentados por los popes, saqueaban pueblos y violaban muchachas, se contaban los horrores perpetrados por los soldados búlgaros, que arrojaban a los bebés al aire y los ensartaban con sus bayonetas. Pero Gülhayat no tenía miedo. La guerra era para ella una especie de juego. Estaba decepcionada por no poder correr con los otros niños del vagón. Pensaba en los ríos, en las montañas, en los bosques y en las nubes que rozaban los baluartes de la ciudadela, solo imaginaba cosas hermosas. Un imperio se derrumbaba, morían niños inocentes, los soldados de un ejército vencido se degollaban entre sí por un puñado de galletas, mas, para ella, empezaba una vida nueva.

Alcanzaron a duras penas la estación de Sirkeci. Tan pronto como vio Estambul, se olvidó de todo. Descubría las mezquitas, las plazas llenas de palomas, las cúpulas de plomo, el mar claro de un azul intenso. El horizonte marino, que vio por primera vez, hizo latir su corazón y le entraron ganas de volar. Había un puerto, a la sombra de los plátanos, con veleros, con vapores cuya chimenea escupía un humo negro y todo tipo de embarcaciones. Y el tranvía, tirado por caballos, que cruzaba a toda velocidad el puente de Gálata. Descendiendo por aquel puente, se subieron a un barco de vapor para ir a Mudanya, desde donde llegaron a Bursa. Se instalaron en tiendas blancas en las laderas del Ulu Dag. A falta de poder volar las cometas desde lo alto de los bastiones, siempre podía correr alrededor de las tiendas.

A continuación venía un capítulo conocido de la historia: los días de guerra, que dejaron una profunda huella en la memoria colectiva de los turcos de los Balcanes, fueron relegados al pasado. Muchos de los que habían ido al frente nunca regresaron. Mientras un gran imperio se desmoronaba, la modesta vida de mi abuela se ponía patas arriba. Mi abuelita, que no paraba de hablar de «su país», de la bandera escarlata que amaba más que a su

valeroso hijo, que siempre añoró la tierra de los Balcanes y que no tuvo, para aferrarse a la vida, más que a su hijo el capitán, la alegría de su madre, hace tiempo que ha vuelto al polvo. La enterraron en Ankara, en el corazón de Turquía. Lejos de su verdadera patria. Ahora es mi turno. A todos nos llega nuestra hora. Después de mi padre y mi abuela, ahora me toca a mí. Sin embargo, nadie puede saber quién se irá antes. Mi mujer y mi hija, Dios no lo quiera, podrían morir antes que yo. No, no quiero sobrevivirlas, pero no estoy cansado de la vida. Ni del hermoso panorama de Estambul, del aroma del raki o del sabor del vino. O de los *mezzes*, cuyo sabor paladeo con deleite, o de los miles de flores que abren sus pétalos en el jardín. Ni de las mujeres, aunque se hayan vuelto inaccesibles para mí. Siguen siendo atractivas, pero parecen meteoritos. Pasan sin rozarme, a la velocidad de la luz. No siempre ha sido así. Estoy pensando en Cazibe, mi primer amor. Cuando la conocí, era yo el que parecía un meteoro. Sin embargo, me ató a ella, apareció como una mina a la deriva, para chocar contra mi navío. ¡Alto ahí! Dejemos para otro momento la historia de Cazibe. Se hace tarde. ¿Cómo dice el poeta? «Las aguas oscurecen, tu rostro palidece / contempla la llegada de la noche.»

* * *

LA PASIÓN QUE ME dominó durante mis años de escuela primaria por los caramelos *hayat* y los animales decayó con el tiempo y empecé a coleccionar sellos. Como las cartas que recibía mi padre no eran suficientes (huelga decir que él no mantenía correspondencia con nadie, ni siquiera con sus amigos de Estambul), yo recuperaba los sobres de los soldados del cuartel y los sumergía en agua caliente para despegar los sellos. Azules, verdes, naranja, la mayoría llevaban la imagen de Atatürk o de İnönü⁶, pero a veces representaban una mariposa enorme de alas multicolores o insectos varios, o incluso barcos de vela. También había un barco de vapor de la Société de Navigation. Y distintas ciudades. Tenía la serie completa de las ciudades turcas, de Edirne a Ardahan, incluida la ciudad donde vivíamos. Luego fue el turno de las ciudades extranjeras, pero me las veía y me las deseaba para conseguir sellos foráneos. Pude, no obstante, llenar esta laguna gracias a Orhan bey, profesor de francés del liceo, que no formaba parte de los

compañeros de armas o de francachelas de mi padre pero que venía a visitarnos frecuentemente porque era compatriota de mi abuela.

Orhan *amca* era rubio, de mediana estatura, de cabello ondulado. Cuando se ponía sus gafas redondas de montura negra para examinar los sellos que me traía, parecía más viejo. Sin embargo, era más joven y más guapo que mi padre. Había viajado a Europa. Tenía amigos en Francia. Tenía dos hijos, niña y niño. A veces venía acompañado por su hija Leyla. Mientras mi abuela y él evocaban su tierra natal con nostalgia y hablaban de períodos de guerra y destrucción, Leyla jugaba tranquilamente en un rincón. Un día le regalé mi osito de peluche. Cuando su padre fue destinado a Estambul, no la volví a ver. Y fue mejor así, porque si no me habría enamorado y, como Majnun, locamente enamorado de Leyla, me habría perdido en el desierto. Sabía perfectamente lo que era una mujer, pero no había experimentado la sensación ardiente del amor. Al menos de momento.

Tío Orhan no había vivido la guerra de los Balcanes, no había sido, como mi abuela, testigo de la catástrofe. No había visto, como ella, con ojos de niño, todas aquellas desgracias y todas aquellas lágrimas. Pero su familia, originaria de Skopje, había perecido en el desastre. Su madre había sobrevivido, se había casado en Mersin y había dado a luz a su hijo en esa apacible costa iluminada por el sol del Mediterráneo. Escuchaba a Gülhayat con atención y no se cansaba. Era obvio que le profesaba un profundo afecto. Mientras Gülhayat había enviado a su hijo a la escuela militar de Kuleli para que un día fuese pachá y vengase la pérdida de los Balcanes, a él lo habían inscrito en Magisterio y había salido con un título de profesor de francés. Posteriormente, había aprendido mucho más sobre el desastre de Rumelia leyendo libros en lengua extranjera. No compartía las opiniones de los escritores nacionalistas, pero era a mí, pese a mi corta edad, y no a mi abuela, a quien exponía sus argumentos. Aun siendo sensible a los relatos de la anciana, si no recuerdo mal, no miraba con buenos ojos el gobierno tiránico de Unión y Progreso. Si he logrado reconsiderar las palabras de mi abuela a la luz de los hechos históricos y si, en mi profesión de periodista, siempre me negué a considerar los acontecimientos desde una perspectiva única, eso se lo debo en gran parte a tío Orhan. Él sabía, entre otras cosas, que en Macedonia, donde su madre había nacido y crecido, se imponía a los cristianos la

nacionalidad turca, y los que se resistían eran ahorcados sin interrogatorio ni juicio previo. Aquí también, tras la proclamación de la Constitución, los unionistas, fieles a las consignas, les aseguraban que eran turcos. Y ahora, años más tarde, es con los kurdos con quienes los sucesores de los unionistas mantienen ese discurso. En la actualidad, ya no se les hace la guerra a los búlgaros de Rumelia, sino a los kurdos de Anatolia. ¡Qué más da! Una vez más nuestro glorioso ejército cumple con su deber. Osman pachá está de vuelta en Plevna, el Danubio dijo: «Ya no fluiré, nunca más bañaré mis orillas». Ya veremos si nuestro primer ministro de bigote de almendra lo hace mejor que nuestro Osman pachá de barba negra y tocado con fez, y logra conservar Plevna.

Orhan *amca* no tenía demasiado en común con mi padre, pero estaba muy apegado a mi abuela. Yo ignoraba, y no me preocupaba por saberlo, si obedecía a sus raíces comunes o a alguna otra razón. Los montones de sellos extranjeros que me traía tío Orhan en cada una de sus visitas acaparaban mi atención. La mayoría procedía de postales que le enviaban los amigos franceses con los que se carteaba y de sus colegas en prácticas en Europa para adquirir los «conocimientos y buenas costumbres», como se decía entonces. Las postales eran para su hijo Nedim, de cinco años de edad en aquel entonces, y los sellos para mí. No sé por qué, Nedim y yo éramos rivales. Yo le envidiaba el padre. Mejor dicho, yo quería tener un padre como el suyo: inteligente, bien educado y con experiencia. En aquella época, gracias a tío Orhan, había empezado a soñar con París, pero sobre todo con Estambul, que poblaba mis sueños. Para que París prevaleciese, fue necesario que estudiase su idioma, que, de noche, en el dormitorio, mientras mis compañeros dormían, leyese y aprendiese de memoria a los poetas franceses. Antes tuve que recorrer Anatolia, sus montañas y valles, sus ciudades y pueblos, y aprender a conocer mi propio país. Solo entonces he podido surcar otros mares y nuevas costas. En esa época contaba con setenta provincias. Hoy hay más de ochenta. Aunque quisiera, no podría visitarlas todas, pero he visto casi todas las ciudades de mi colección de sellos. Todos los países adonde he ido, todas las ciudades cuyas calles he pateado, cuyos cafés he frecuentado, han dejado huella en mi memoria. He olvidado fácilmente a las mujeres que pasaron por mi vida, pero no he olvidado las ciudades que he explorado como

se explora el cuerpo de una desconocida. Sin embargo, no cambiaría Estambul por ninguna de ellas.

Por la mañana, cuando me despierto, desde mi dormitorio veo la entrada del Bósforo. Üsküdar, un incendio amarillo en sus ventanas, se despierta al mismo tiempo que yo. La torre de Leandro, de un blanco sucio, emerge lentamente de la niebla. El primer vapor se aleja del puente de Gálata rumbo a las islas. Desde mi cama puedo ver las gaviotas tras su estela. No oigo sus graznidos, pero, gracias a los prismáticos que tengo a mano, puedo seguir sus aleteos y sus inmersiones. Están tan inquietas como yo. Como si presintiesen algo. Tal vez que el barco va a zozobrar; o que no habrá ningún pez en el agua; o que Estambul va a volcar y hundirse en las aguas. En el campo de visión de mis prismáticos observo los navíos anclados mar adentro, y Sivriada y Yassiada, la isla Picuda y la Chata. Antaño todo el mundo hablaba de Yassiada y se interesaba por la política. Hoy te olvidas de tu propio nombre y ni siquiera te interesas por tu barrio. Cuando, después de un breve paso por el cuarto de baño, alcanzo el salón, la histórica península yace a mis pies, desplegada como una alfombra persa azul, verde y gris. El sintagma «histórica península» es de reciente creación, en la época de mi adolescencia se decía Estambul. Y solo había una Estambul, al otro lado del puente de Gálata, con sus cúpulas de plomo, sus minaretes, sus concurridas plazas rebosantes de palomas, sus vendedores ambulantes, sus tranvías, en los que se colgaban los niños indigentes, y los dos puentes que unen las dos orillas del Cuerno de Oro.

² Se trata, respectivamente, de Adnan Menderes, Fatin Rüştü Zorlu y Hasan Polatkan.

³ Gülhayat significa «vida risueña».

⁴ Mustafá Kemal Atatürk, presidente de la República de 1923 a 1938. El apelativo *Gazi*, que es el nombre dado a Atatürk, designa a un guerrero que lucha por el islam.

⁵ En los siglos XIX y XX, insurgentes búlgaros y macedonios en lucha contra los turcos.

⁶ Ismet İnönü (1884-1973), militar y político, presidente de la República de 1938 a 1950.

UN DÍA ALGUIEN llamó a mi puerta, aunque yo no esperaba visita. Me levanté con dificultad y fui a abrir. Era el cartero. Traía una carta certificada dirigida a mi mujer, a la que no he visto desde hace meses. Se sorprendió cuando le dije que estaba en el extranjero y fue lo suficientemente indiscreto para preguntarme: «¿Entonces vive solo aquí?». No consideré necesario decirle que mi hija venía a verme de vez en cuando. Firmé el papel que me tendió y recogí la carta. Tampoco me pareció oportuno decirle que no estoy solo, que los muertos me hacen compañía. Mi mujer está en el extranjero, pero vivita y coleando, y no tengo derecho a mezclarla con los muertos. Como tampoco a mi hija. ¿De qué hablo con los muertos? Bueno, probablemente, de la nostalgia que sufría mi abuela, de lo que hacía mi padre. De sus borracheras. A veces de ambos al mismo tiempo. Los médicos mencionan la demencia precoz, pero no se aclaran. Mi memoria funciona perfectamente y tengo las ideas claras. Entonces, ¿por qué aferrarme así al pasado? Creo que fue el Profeta el que dijo «átate a la cuerda de Alá» o puede que esté escrito en el Corán. No lo tengo muy claro. No tengo nada a que aferrarme, aparte de a los viejos tiempos, al pasado de mis muertos. Cuando aún no estaba para internar, sino interno en el liceo, tenía un compañero particularmente lenguaraz. Después de tanto tiempo he olvidado su nombre, pero lo habíamos apodado *Firlama*, «el Luchador». Empezaba todas sus frases con la expresión «me cago en tus muertos». Nunca entendí por qué la tomaba así con los muertos, con el pasado de la gente. Es obvio que el pasado es ahora la única realidad de mi vida y quizá también mi único consuelo. Quiero que todo el mundo, incluso el cartero, sepa y haga saber que no vivo solo en este apartamento en lo alto de un gran edificio, que estoy cara a cara con mis recuerdos y con los difuntos.

Sí, en los días en que mi padre «tocó poder», yo, junto con este detractor del pasado y muchos otros condiscípulos, hice, como interno becario, mis

estudios en una institución que era muy parecida a un cuartel. Mi padre, un oficial que por la noche solía volver muy tarde del cuartel, embrutecido por el alcohol, estaba dominado por su madre; y probablemente esa sea la razón por la que —en la época en la que estaba destinado en Ankara, en el Estado Mayor general— entró en el Comité de Unidad Nacional y se comprometió a hacer una revolución. De acuerdo, llamémoslo por su nombre: un golpe de Estado. Lo consiguió, pero nunca logró ser ni un verdadero marido ni un pachá. No puedo decir que haya sido un buen padre, ni que haya tenido la talla de un gran líder, ni los ojos de halcón de mirada azul de su ídolo Atatürk. Solo era mi padre, y para mí, un héroe. Me digo ahora que el grado de coronel le iba mucho mejor que el de pachá. Y además, excepción hecha de la frase «café del pachá», que designa un café poco cargado, yo detestaba esa palabra. No es casual que cuando un general de brigada iba a ver a su hijo interno en el liceo, nos burlásemos: «Su padre el pachá / En el orinal se cagó / El orinal hizo crac / En mil pedazos estalló». El café del pachá era muy azucarado y se lo daban a beber a los niños. No sé si se hace todavía. Se dice que Atatürk, después de haber proclamado «El objetivo de los ejércitos es el Mediterráneo. ¡Adelante!», y tras expulsar a los griegos, hizo un alto en el café Belkahve de Izmir. Etem, el propietario del café, esperaba que el pachá pidiese un café sin azúcar, pero cuando una voz afeminada dijo «Hazme un café muy dulce», el mundo se le vino abajo con todos sus sueños y tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para sobreponerse. Después de haber bebido a sorbos su café muy dulce, el pachá de ojos azules y mirada de águila, que venía de dispersar en el Golfo los barcos griegos en llamas, se entretuvo un rato viendo cómo su ayudante de campo le leía el futuro en los posos, subió a su automóvil y salió disparado en medio de una nube de polvo. Más tarde se convertiría en el jefe del Estado Mayor Gazi Mustafá Kemal, luego Atatürk, o, lo que es lo mismo, el padre de los turcos. Pero el dueño del café, el *efendi* Etem, nunca se recuperó de la conmoción sufrida.

Mi padre, sucesivamente subteniente, teniente, capitán, comandante y luego teniente coronel y coronel, proseguía valientemente su carrera, pero se había dado a la bebida. Cuando escuchaba con lágrimas en los ojos canciones sentimentales del tipo de «No sueñes con otro / que mis rasgos queden grabados en ti», no sé si tenía una chica en sus rodillas o si pensaba en mi

madre. Era bajo y menudo como mi abuela. Y como además era calvo, no se quitaba nunca su sombrero de fieltro. Cuando estaba de servicio, afirmaba que, si se ponía la gorra, no era para taparse la calva, sino para poder saludar. No soportaba que se riesen de él. Se enfurecía. Se enfurruñaba, fruncía el ceño como para saludar a la bandera, con pinta de estar diciendo «un poco de respeto por la sangre derramada». Más adelante me enteré de que era voluble y de humor cambiante, bastante «lunático», pero eso fue mucho más tarde, cuando lie el petate y me fui al extranjero. Le cambié el apodo, hice correr el rumor de que «Lunático» le iba mejor que «Pies planos» o «el Verdugo». Me salió el tiro por la culata. Mi madre no era lunática, pero tenía un rostro lunar. Y no se parecía nada a mi padre, que no compartió su trágico destino.

Hasan Pies planos, alias mi padre, nunca iba al peluquero. Pero yo sí. El encargado de llevarme era su ordenanza. Cuando me sentaba frente al espejo, lanzaba miradas de admiración al reflejo de la foto del mariscal Fevzi Çakmak que estaba colgada en la pared. Los ojos y el fino bigote del mariscal eran tan brillantes como los de Gazi pachá. Y su rango —era nuestro único mariscal— parecía indicar que había ganado al menos una guerra. En la escuela, sin embargo, no se hablaba de otra cosa que de Gazi pachá y del héroe de Plevna, Gazi Osman pachá. La maestra no se cansaba de contar sus gloriosas hazañas. Entonábamos para comenzar «Durante diez años vencimos en todas las guerras» y terminábamos con «El Danubio dijo que no fluiré nunca más». La maestra entonaba con voz conmovedora: «Te estamos profundamente agradecidos / Por haber salvado nuestra patria / Estábamos exhaustos y dolientes / Tú has curado nuestras heridas», y nosotros respondíamos a coro: «¡La fuerza que necesitamos está en la noble sangre que fluye por nuestras venas!». Detrás del escritorio donde el director de cuello de jirafa se sentaba con la espalda muy recta colgaban las fotos de los dos pachás junto con escenas de las batallas de Sakarya y Dumlupinar⁷. Digamos más bien los planos, porque dichos dibujos se parecían a los planos que se despliegan en las paredes de un cuartel general. Otra cosa más en la que nuestra escuela era lo más parecido a un cuartel. Prestábamos juramento cada mañana. La fórmula comenzaba con «Soy turco, soy justo, soy trabajador» y terminaba por «¡entrego mi vida a Turquía!». Y en la colina desnuda que dominaba el cuartel, se podían leer estas palabras que

testimoniaban nuestro cariño a Atatürk: «¡Qué alegría poder llamarse turco!». Llevábamos uniforme como los militares. Nuestros mandilones negros y nuestros cuellos blancos llenaban el patio en un instante. Durante el recreo, parecíamos cuervos revoloteando de rama en rama o murciélagos batiendo sus alas a pleno día. Cuando jugábamos a «agáchate-levántate», pensábamos que éramos soldados, y no admitíamos niñas. En clase, nos esforzábamos por apartarnos de ellas y permanecer en pandilla. Al fin y al cabo, solo eran mujeres con una raja bajo su falda. Seguramente, nosotros nos parecíamos bastante a ellas, con nuestros mandilones, pero debajo llevábamos pantalones y entre las piernas teníamos un pene, similar a una bayoneta, que se levantaba cuando lo tocabas.

En el cuartel, los reclutas durante la instrucción sudaban la gota gorda cantando a grito pelado *¡Yaylalar, Yaylalar!* o «Mi madre me crió para mandarme al frente». Nosotros no éramos como el resto: en la escuela, cada mañana, empezábamos «No temas ni tiembles, estas mañanas brillarán para siempre».

Pero los hombres que por la noche iban a la orilla del lago cantaban otras canciones a luz de la luna, como «Espero en las playas de la isla» o «Tesoro mío, no hay nadie como tú». Esos señores que paseaban a la luz de la luna eran el fiscal, el director del catastro, el director de la escuela y mi padre, tocado con su eterno sombrero de fieltro, y un vaso de raki en la mano. Cuatro inseparables, como los hermanos Dalton cuyas aventuras leía regularmente en *Lucky Luke*. En la paz, como en la guerra, siempre estaban juntos. En realidad, ninguno de ellos había conocido la guerra. Todavía no. Seguramente les habría tocado ir a luchar a Chipre, pero cuando el ejército llegó allí ellos ya no estaban en condiciones de salir de casa. Eran demasiado viejos y el Jirafa hacía tiempo que se había ido al otro barrio. Cuando me llevaban consigo, éramos cinco, pero yo era incapaz de cantar con ellos. Entendía las canciones de amor y las de marcha, pero no llegué a entonar «El canto de las aves se irradia por los valles». El Jirafa, el Gorrión, el Fiscal (a veces le llamaban «el Soñador») y el Pies planos cantaban a coro: «El canto de las aves se irradia por los valles / Y a todos causa estupor». Mi padre entonaba de nuevo «A todos causa estupor» con el acento de Rumelia de su madre y soltaba una de sus famosas carcajadas. Más tarde, durante la velada,

canturreando la canción de Zeki Müren que empezaba a estar de moda, lloriqueaba: «Tus cabellos revueltos / Son como tu destino».

El merendero «Casa Muhtar» era una simple cabaña. La oferta de *mezzes* no era muy variada. Por todo mobiliario, unas cuantas mesas de madera cubiertas de hule y unas sillas descoloridas. En la trastienda, en un rincón que llamaban cocina, había un retrato de Atatürk en esmoquin. Estaba a punto de decir que los parroquianos y los demás habitantes de la ciudad vieron un esmoquin por primera vez allí, pero la gente de la ciudad apenas iba a Casa Muhtar y la mayoría nunca pisaba aquel rincón. Al anoecer, se reclinaban en sus casas y se quedaban confinados en su pequeño universo. Las calles estaban oscuras y desiertas. Incluso las farolas de la calle principal se apagaban antes de medianoche, justificando las palabras de la canción «Cae la noche, vuelven las sombras». En el cuartel, solamente la puerta de infantería permanecía iluminada día y noche; en la plaza rodeada de vallas los puestos de guardia estaban ocultos entre tinieblas, pero los soldados de guardia mantenían el dedo en el gatillo como si de las colinas se aprestasen a bajar de inmediato los atacantes. Aparte de la cantina de la guarnición, Casa Muhtar era el único lugar de la ciudad donde se podía tomar una copa. Más tarde, otro mesón abrió sus puertas en el centro de la ciudad, pero mi padre se mantuvo fiel a su taberna. Temiendo probablemente ser apodado «el Noctámbulo» por sus compañeros de armas, frecuentaba poco la cantina. Los fines de semana, me llevaba consigo a Casa Muhtar. Terminada la jornada, regresaba a casa en el jeep conducido por Ahmet y se cambiaba de ropa y, a continuación, íbamos caminando al barrio comercial. Tocado con su sombrero de fieltro y un pantalón impecable, me cogía de la mano y caminábamos deprisa. Usaba todo tipo de subterfugios para evitar encontrarse con artesanos demasiado escrupulosos. Hacíamos sin prisa algunas compras en las tiendas. Avellanas y pistachos en el abacero, menudos en el carnicero y, según la estación, melón o sandía, algunas ciruelas y pepinos en el mercado de temporada. Muhtar, por su parte, freía pescado si lo encontraba o, en su defecto, albóndigas; el merendero se llenaba de humo y el olor a grasa quemada se te pegaba a la piel durante varios días. Mi padre se atenía a sus principios de economía: los *mezzes* comprados en el mercado salían más económicos; se acordaba en el último momento del queso blanco

y de las aceitunas de Kalamata, pero no compraba ni cecina ni salchichón, según él demasiado caros. Sin embargo, después de unos cuantos rakis bien servidos, cuando estaba muy achispado, dejaba a Muhtar sus buenas propinas.

Era yo quien llevaba la redecilla con las provisiones. Mi padre decía suspirando: «Desde ahora llevarás el peso de la vida como llevas el peso de esa bolsa». Y yo pensaba en las caravanas de camellos del capítulo sobre Arabia de *El mundo de los hombres*. El desierto se convertía de repente en un lago. Me parecía ver asnos cargados con bultos caminando por la orilla, mulas arrastrando en las obras pesados materiales, mozos de cuerda deslomados. Mi padre tenía razón. He llevado muchas cargas, pero jamás he sido una carga para nadie. Ahora cuento mi historia, pero no quiero abrumar a los que escucharán esta grabación. A decir verdad, estoy cansado de la vida. Cuando tomo mis medicinas, me cuesta dios y ayuda mantener el vaso derecho, y no puedo dar dos pasos sin fatigarme. Al fin sé lo que es la gravedad. La manzana que cayó sobre Newton la arrastran mis pies como si fuese de plomo. Mis rodillas crujen constantemente como si no estuvieran hechas de hueso y de cartílago. Mi virilidad se tambalea e incluso las cortesanas que hago venir a casa se las ven y se las desean para reanimarla. He vuelto a tiempos pasados, a mi infancia, a la época en la que tiraba constantemente de mi pene que había dejado de crecer. Las he pasado de todos los colores, he escapado a mil peligros. Hubo un tiempo en el que me tiraba a la mitad de Estambul o a todo París en un solo día. ¡Mujeres! He tenido las que he querido. No crean que exagero. Digamos que, aparte de los sellos, no he hecho otra cosa que coleccionar mujeres.

Firlama llamaba «mástil» a su sexo. Era un artefacto enorme. De día en los retretes, por la noche en el dormitorio, lo desenfundaba sin el menor pudor para exhibirlo ante los curiosos. Me moría de vergüenza por la noche, cuando, antes de dormirme, «levantaba una tienda» en mi cama. La tienda de Firlama era más alta que la del sultán, mientras que la mía era demasiado baja para dar cabida a un recién nacido. Si os cuento que antes de masturbarnos jugábamos a levantar la tienda, vais a pensar que exagero. Y si añado que yo era un adolescente tímido e introvertido, sé que no vais a creerme. En plena noche, Firlama saltaba de la cama gritando: «¿Tu cañón está listo para

disparar?». Arreciaban las protestas: «¡Cállate!, ¡no son horas! ¡Vete a la cama y déjanos dormir!» Pero él seguía dale que te pego: «Tengo un cañón de grueso calibre y sus ruedas son de puro nogal». Es verdad que su cañón era de gran calibre. Yo estaba perplejo, me preguntaba si el mío era parecido a los cañones ligeros alineados delante del cuartel y listos para ladrar como perros lanzando balas que ni siquiera llegaban a quemar el suelo.

«Esto, hijo de artillero, es artillería pesada, cuando dispara, dispara de verdad», decía Firlama, y cada fin de semana, mientras yo leía bajo los plátanos del jardín delantero, él se iba a la calle Abanoz, elegía a una mujer y se la hincaba. Sí, eso es exactamente lo que he dicho: no se acostaba con ella, sacaba su enorme artefacto y lo hincaba en ella. Luego, en el dormitorio, relataba sus hazañas con muchas florituras. Iba a la calle Abanoz a tirarse a una mujer, como mi padre y el director del catastro iban a la caza del oso. Y aquella historia del oso, en la mesa del merendero, también era interminable como el relato que Firlama hacía de sus hazañas en el dormitorio.

Me parece estar oyendo al Gorrión, el director del catastro:

—Capitán, es hora de ir a matar a ese oso asesino.

—¿Qué oso asesino? ¿De qué va esa historia?

—No te hagas el inocente, ¿acaso no has oído que hace unos días bajó un oso y se llevó a una joven?

—Lo he oído, pero por lo visto era un violador y no un asesino.

—Sí, pero no contento con llevarse a esa infeliz, la devoró.

—No, de eso nada —interviene el Jirafa—, después de violar a la chica, la devolvió a casa de su padre.

Mi padre no les va a la zaga:

—¡Qué va! —replica—. El padre tomó su fusil y se fue a toda prisa a la guarida del oso. Después de matarlo, le dijo a su hija: «Vengo a rescatarte, vamos, vuelve a casa». Pero ella se echó a llorar. «¿Qué tienes, hija mía?», preguntó el padre, «¿por qué lloras?» Y la joven respondió: «¿Qué será de mí?, nadie querrá casarse conmigo. Te guste o no, ese oso era mi marido».

Imita la voz de la chica y luego prorrumpe en carcajadas. Los otros se tronchan. El Jirafa, muerto de risa, deja ver sus dientes amarillentos; el fiscal cloquea ahogado por unas risas burlonas: hi, hi, hi. En cuanto al Gorrión, aguantando a duras penas la risa, sigue erre que erre:

—Habrá que ir sin demora a lavar el honor de esa muchacha.

Acto seguido, sin ninguna prisa, pasa a otra historia de osos.

—No siempre es el oso el que viola a los hombres. O al menos a sus hijas.

A veces sucede a la inversa.

— Qu  quieres decir? —pregunta el fiscal, intrigado.

El Gorrión se crece y saca pecho:

—Son los osos los que a veces se hacen violar.

El fiscal no sale de su asombro:

—Pero  qu  estás diciendo? Puedo presumir de saber bastante acerca de los osos, incluido el punto de vista epistemológico. Pero es la primera vez que oigo semejante cosa.

Los otros pícaros, encantados de reavivar el debate, escuchan atentamente. O al menos hacen el parip .

—Escuchad, amigos —dice el director del catastro—, no voy a hacer os una disertación erudita sobre este tema. Eso se lo dejo al fiscal. Yo no estoy en condiciones de hacer una loa a los asesinos de osos. Pero si me lo permit s, me gustaría daros mi punto de vista, cont ndoos una pequeña historia.

Los otros exclamaron:

—Adelante, maestro, te escuchamos.

—Nuestra región a veces recibe turistas. Pero os hablo de una turista muy particular. Es una alemana rubia, alta y bella como la mañana. No tan joven, es cierto, pero eso  qu  más da! Si tuviera una esposa parecida, la cuidaría como una preciosa rosa y nunca se me ocurriría pedir el divorcio. Vale, no estaba en su primera juventud, pero todavía era muy bella y, como suele decirse, lo tenía todo en su sitio. Por supuesto, volvía a Antalya, pero cuando vio nuestra encantadora ciudad a orillas del lago, incapaz de resistir, plant  su tienda de campaña justo al lado del cuartel. Por la noche se deslizó bajo la tienda de campaña y durmió el sueño de los justos. El azar quiso que un pastor, que guardaba sus cabras en las colinas que nuestro maldito capitán bombardea todos los días a cañonazos, viese a lo lejos la tienda. Se acercó, intrigado, y  vio a la bella durmiente!  Sus voluminosos senos subían y bajaban al ritmo de su respiración!  Eso lo puso a cien! Y se le subió la sangre a la cabeza.  C mo reaccionar ais vosotros en su lugar?

Y los otros dos barbianes exclamaron:

—¡Qué dices! ¡Nosotros nos pondríamos a mil por hora! ¡Y la sangre se nos subiría a otra parte!

Animado por estas palabras, Gorrión se pavonea de nuevo y reanuda su relato.

—El pastor se cuelga en la tienda de campaña y presenta su miembro viril delante de la boca de la dama, diciendo: «¡Toma, tócame una pieza! Pero la alemana se sale por la tangente: «Tengo algo de práctica con el saxofón —le dice—, pero no sé tocar la flauta». Y luego, burla burlando, entablan conversación y la cosa se lía hasta la mañana.

El Jirafa interviene:

—¡Bueno, vale! Pero el oso, ¿qué pinta el oso en todo esto?

—Un poco de paciencia, que ya llegará. No he terminado. Al día siguiente, el pastor vuelve a su cabaña, apesadumbrado por haber cedido a la tentación. Poco después la policía llama a su puerta y se lleva a nuestro pastor.

Esta vez es el fiscal quien interrumpe la narración:

—Bueno, sí, pero ¿y el oso?

—¿Creéis que la mujer habrá ido a denunciar la violación?

—¡Desde luego! —asienten nuestros tunantes a una sola voz.

El Gorrión continúa, pero todavía no aborda el problema del oso.

—La dama declara: «Estoy dispuesta a retirar mi queja a condición de que el pastor venga conmigo a Alemania y se convierta en mi marido. ¿Dónde voy a encontrar un marido como él? ¡Me ha tomado toda la noche en todos los sentidos!

Pero el pastor no está dispuesto a abandonar a sus hijos y a su hermosa mujercita, que lo espera impaciente en su cabaña. Se niega, claro. Pero, por otra parte, corre el riesgo de ir a la cárcel.

—Exacto —corroboró el fiscal—. Por la violación de una extranjera, veinte años como mínimo.

—Entonces el pastor le hace una propuesta a la dama: «Mira, querida, no puedo ir a Alemania, porque ello supondría dejar a mis hijos y a mi mujercita que me esperan en el hogar. Pero tengo un hermano más joven que es soltero. Tal vez él podría ir contigo». «Bueno —dijo la dama—, pero ¿es tan machote como tú?». Y el pastor: «No sé, pero el año pasado violó a una osa, ¡y ella

sigue viniendo a traerle la miel recién cosechada!».

Obviamente, la intención del fiscal, algo más culto y educado que los otros, era elevar el nivel de aquellas sórdidas historias de osos. Lo oigo todavía, alzándose en su pequeña estatura, llevar el debate al terreno de la etimología: «A propósito de osos, consideremos brevemente la palabra que los designa», y explicar que, investigando sobre el tema, averiguó que en algunos dialectos turcos «oso», en lugar de *ayt*, se dice *ece*, palabra que significa «ancestro», y por lo tanto los turcos no descienden del *bozkurt**, el lobo gris, sino de este violador que es el oso gris. Entonces, satisfecho de sí mismo, bebe un lingotazo de raki y se limpia la boca con el dorso de la mano. Por supuesto, sus compañeros se guardan muy mucho de señalarle que no es la primera vez que les da esa clase de etimología. Mi padre escucha incluso con muchísima atención. El Jirafa asiente con la cabeza mostrándose interesado. El Gorrión parece decepcionado por haber sido interrumpido por el fiscal, que añade que en yakuto *ay* se dice *ece*; que esta palabra tiene como sinónimo *apa*; que el término *ece-apa* aparece en todas las lápidas de Orhun; que en mongol, lengua de la misma familia del turco, «oso» se dice *babagay*, a veces *ötege*, que también significa «ancestro», y que los grupos étnicos turcos no descienden del *gökbörü*, o sea del *bozkurt*, del lobo gris, como afirma la epopeya de *Ergenekon**, sino más bien del oso gris.

Si la memoria no me traiciona, es el fiscal quien convenció al alcalde para erigir en el centro de la ciudad, alrededor de la estatua ecuestre de Atatürk, los bustos de todos los prohombres de Turquía. Después de mi marcha a Estambul, agregó al *bozkurt* del *Ergenekon* los bustos de los caudillos militares. Desde Mete Han al bey Osman, Atila, Bilge Kağan, Gengis Khan, Alpaslan y las demás glorias nacionales, incluido Tonyukuk, se alinean alrededor de la estatua y hacen honor a la ciudad con sus cascos, sus turbantes y colbacs, sus ojos de halcón y sus ceños fruncidos. Yo no he ido a verlos, fue mi padre quien me lo dijo. Yo era su «mentirosillo», todo el mundo sabe que los niños mienten y que los papás siempre dicen la verdad. Por encima de la estatua del *bozkurt*, está grabada esta inscripción: «Conociendo a sus antepasados, los jóvenes turcos encontrarán en sí mismos la fuerza para lograr mayores hazañas».

Cuando dejé el país, convencido de que «la fuerza de los jóvenes turcos

procede de la sangre que fluye por sus venas», estaba obsesionado con la leyenda de nuestros orígenes con que nos ilustraba el fiscal. Puede que fuese un «soñador», como sugería uno de sus apodos, pero al fin y al cabo me proporcionó la ocasión de conocer mejor a nuestros antepasados. Nadie, ni siquiera él mismo, tuvo la osadía de sugerir que se pusiera un oso gris en lugar del lobo gris. En Casa Muhtar se contaban leyendas de osos hasta la madrugada. En aquellas leyendas, los osos, nuestros verdaderos antepasados, no contentos con secuestrar a las jóvenes, robaban la miel en las colmenas (según nuestro docto etimologista, la palabra rusa *medved'*, que designa al oso, significa «ladrón de miel») y, cuando salían de su hibernación, incluso atacaban a los infortunados lugareños. Creo que debería aclarar que el fiscal no sabía ruso, y que todos los que por entonces deseaban aprender esa lengua eran tildados de comunistas. Debió de encontrar la palabra *medved'* en algún diccionario etimológico. Es bien sabido que en ocasiones los osos son engañados por un zorro. Al igual que en esta historia que le encantaba a Gorrión:

Un oso y un zorro salen de viaje como dos buenos amigos; cruzan montes y valles, y de repente les entra hambre. Se preguntan qué podrían comer, cuando descubren un campo dejado en barbecho. El campo era inmenso, la tierra, rica y fértil. El zorro propuso sembrar trigo diciendo: «Lo que esté arriba será para mí y lo de abajo para ti». El trigo crece. Después de la cosecha, el zorro se queda con las espigas y el oso con la paja. El oso comprende que se ha dejado engañar neciamente y se pone a maldecir. Culpa al zorro, pero su astuto compañero le dice: «¡Cálmate, no te enfades! Esta vez vamos a sembrar cebolla. Tú te quedarás con lo de arriba y yo con lo de abajo». Y el oso es engañado una vez más.

Recuerdo la moraleja que el director del catastro, con la mayor seriedad, colegía de esta fábula para niños. Me murmuraba al oído: «No se puede ser amigo de un zorro, pero no vamos a sacar nada de un oso». Y el fiscal, borracho como una cuba, vociferaba en un tono que no admitía réplica: «¡Cuando matáis un oso, es a vuestro ancestro a quien dais muerte!». Me pregunto si hoy es oportuno detenerse en la cuestión de nuestros orígenes. Si hacemos caso de la televisión, corremos el riesgo de disgustar a nuestros dirigentes. Todos los días nuestro primer ministro ensalza a nuestros

antepasados y envía ante los jueces a los escritores que tildan a nuestros sultanes —aquellos conquistadores que se pasaban la vida a caballo, se apoderaban de plazas fuertes y ponían al mundo de rodillas— de juerguistas prisioneros de sus mujeres y de su harén. ¡Si supiera que yo sostengo que descendemos de un oso! Por si acaso, que conste que en mi historia no soy yo quien lo dice, es el fiscal, pero aun así... Más vale dejar a un lado esta historia de osos y antepasados. Además, la etimología y la antropología nos enseñan que no descendemos ni de un oso ni de un lobo gris, y que ambos animales son tabúes en nuestra tradición.

En Casa Muhtar no se contentaban con contar sórdidas leyendas de osos; a partir de una hora determinada, cuando el alcohol empezaba a hacer efecto, aquellos señores, mi padre el primero, se ponían a hablar de sus infortunios pasados, su triste destino o su maldita suerte. Pero cuando oían en la radio tocar a Tamburi Cemil bey o cantar a Müzeyyen Senar, mi padre era el único que lloraba. Mientras los otros se perdían en sus sueños, la radio callaba y la tristeza se abatía sobre el merendero. La erudición del fiscal ganaba a la del Jirafa, que entonaba: «Penarás al subir esa escalera / Con tu cola de hojas doradas como el sol». Mi padre hacía la segunda voz: «Y un día contemplarás el cielo llorando». El Jirafa, haciendo oídos sordos, seguía con su propia canción: «Cuando llegue el día de levar anclas / Un navío pondrá rumbo a lo desconocido».

En verano, se sacaban las mesas, se colocaban en la orilla del lago en el viejo embarcadero y cuando nuestros hermanos Dalton levantaban sus copas a la luz de la luna declamando versos, teníamos la impresión de que el embarcadero se alejaba de la orilla. Yo soñaba que mi padre no llevaba su uniforme de capitán, sino el blanco uniforme de oficial de la marina y que mandaba un barco que navegaba hacia las montañas que teníamos enfrente. Cuando pasaban de la risa a la melancolía, yo mismo estaba ebrio, quería hablar de amor, de la naturaleza, de la muerte, como nunca he sabido hacerlo, pero permanecía en silencio, nada venía a mi mente. Quizás no me creáis si os digo que fue después de una de estas noches cuando el Jirafa, so pretexto de que prefería caminar, se negó a subir en el jeep al lado de Ahmet, y que al día siguiente encontraron su cadáver en el lago. Sin embargo, fue lo que ocurrió. Todavía estaba enamorado de nuestra maestra. Al igual que muchos

jóvenes de Anatolia, había hecho todo lo posible para apagar la llama, pero había acabado por ceder al destino.

El cortejo fúnebre partió de la mezquita. No fui. Si hubiese ido, no lo habría contado, para no repetirme, porque se parecía muchísimo al entierro de mi madre. Los Dalton ya solo eran tres, pero se comportaban como si el Jirafa todavía estuviera allí y hablaban frecuentemente de él. Al amanecer, Ahmet iba a buscarlos a Casa Muhtar y, tras haber dejado en sus domicilios al fiscal y al Gorrión, nos llevaba al cuartel. Antes de dormirme, oía a mi abuela salmodiar en la habitación de al lado: «Y vigilará para que su hijo se le parezca». Pero yo no me parezco a mi padre. Quizás he heredado su carácter «lunático», pero no he sido contaminado ni por su nacionalismo ni por su estilo y sus modales. A dios gracias, tampoco me parezco físicamente. Si mi abuela decía la verdad, le debo mi alta estatura, el color de mis cabellos y el de mis ojos a un pariente de mi madre que no conocí.

[7](#) Batallas libradas durante la guerra greco-turca de 1919-1922.

NO GUARDO NINGÚN recuerdo de la ciudad donde nací, pero me acuerdo vagamente de nuestra casa. Era un edificio de dos plantas, rodeado de un jardín. Nosotros alquilábamos la planta baja. El propietario vivía arriba. Tenía una niña de mi edad, cuyo nombre he olvidado. Y no solo el nombre. He olvidado el nombre de tanta gente a la que he conocido más o menos íntimamente, de la que he sido amigo o enemigo acérrimo o por la que he sentido un verdadero afecto, que me pregunto cómo no he olvidado mi propio nombre. Sus rostros permanecen vivos en mi memoria —no me atrevo a decir que han conservado su frescura—, pero están fragmentados como las migajas que quedan de mi existencia. A veces me viene a la memoria una sonrisa, pero la más hermosa de las sonrisas; un par de ojos azules, los ojos más bellos del mundo; unas mejillas sonrosadas y unas cejas arqueadas dignas de la poesía del Diván. A veces poseo blancos cuerpos femeninos de largas piernas que se cuelan en la noche como agua viva. Cada uno de estos recuerdos es como un río rebelde, un fruto que contemplo de lejos sin ser capaz de cogerlo para morderlo. Cuando yo miraba a una mujer hermosa, Firlama, mi compañero de dormitorio, me decía: «¡No te la comas, acuéstate con ella!». Cuando digo que la miraba, era en la portada de la revista *Hayat* e incluso, el fin de semana, en la calle Istiklal, donde teníamos permiso para pasar unas cuantas horas. Como en la canción galante, «íbamos a ver en Beyoğlu a las mujeres de ojos lánguidos», pero ni siquiera nos atrevíamos a hablar con ellas. Nos limitábamos a soñar que nos acostábamos con ellas, y que incluso nos las comíamos. Firlama era inagotable cuando hablaba de la forma en que «se comía» a aquella morenita con la que había ligado en el último curso. Yo lo escuchaba sin decir nada. Había una diferencia entre nosotros: él había conseguido besarla una vez, en el cine, mientras que yo sabía realmente lo que era una mujer. Pero yo no revelaba mi secreto a nadie, ni siquiera a Firlama, mejor dicho, sobre todo a él. No podía. Tal vez os

gustaría saber por qué, pero es inútil insistir, no voy a decir nada por ahora.

Curiosamente, cuando hablo de alguien, cuando evoco a un desaparecido, siempre pienso en mi madre; siempre la encuentro a ella al final del camino. A propósito de camino, me encantaría contaros todos los viajes que he hecho a lo largo de mi vida, pero es demasiado pronto, mi historia apenas ha comenzado. Todavía estoy en el jardín de la casa donde nací, con la hija del propietario, Bekir bey —es curioso, recuerdo perfectamente su nombre, mientras que he olvidado el de su hija—. Montamos en el columpio por turnos y nos columpiamos. Vuelan sus enaguas y se entrevén sus braguitas rojas. ¡Vaya!, no he olvidado el color de sus braguitas. Desde entonces he visto muchas bragas de mujer; al bajárselas, mi corazón latía acelerado como si ocultasen un tesoro. De hecho, tal vez hubiese uno oculto entre las piernas, pero los recovecos que allí se esconden tienen siempre un sabor diferente. Puede que os parezca grosero, pero ¿es realmente grosero, a mi edad, decir lo que todos piensan sin atreverse a expresarlo? Como sabéis, el mundo se rige por la ley de la relatividad, y la grosería es un concepto relativo. Podría utilizar otras palabras, pero ¿qué cambiaría? Más tarde llegó la moda de los tangas, casi impalpables, una auténtica bendición, ¡y bien sabe Dios cuántos tangas pasaron por mis manos trémulas! Negros, rojos, blancos e incluso verdes, ligeros como plumas. Un día, la hija de Bekir bey no se puso las braguitas y me quedé muy sorprendido al ver lo que había entre sus piernas. Una ranura, que se podía abrir y separar con ambas manos para examinarla. Mentiría si dijera que no me interesaba lo que había en su interior, pero no me atreví a preguntarle. Recuerdo que la idea de que mi madre pudiese tener la misma cosa me sumió en una profunda vergüenza. Me moría de curiosidad, pero no sabía a quién preguntar. Finalmente, como no podía aguantar más, recurrí a mi padre, que se echó a reír sin responderme. Cuando me enteré de que al abrirse aquella ranura salía un niño, hacía tiempo que había dejado aquella casa y la ciudad que me vio nacer. Cuando ingresé en el parvulario, y luego en la escuela infantil, habíamos dejado ya la ciudad a orillas del lago.

En realidad, «la ciudad» era solo un poblachón como muchos de los que hay en Anatolia. Pero era cabeza de partido judicial y tenía un gobierno civil y un banco agrícola. Y también un liceo, a falta de universidad, y taxis que

esperaban delante de la estación de una planta y techo bajo. Algunos hoteles que amenazaban ruina se alineaban en la calle de la estación. Un tren negro llegaba una vez al día, dos o tres viajeros subían o bajaban y de nuevo partía jadeante. En el centro, justo enfrente de la sala de oficiales, los bustos de nuestros grandes personajes rodeaban la estatua ecuestre de Atatürk.

El barrio comercial estaba un poco más lejos, con sus orfebres, sus quincalleros, sus zapateros dormitando en sus bancos de trabajo y sus pañeros, herreros y talabarteros, que estaban allí desde la época de los gremios. Maese Salih, el talabartero por excelencia, era un artesano bonachón de poblado bigote. No me enseñó las sutilezas de su arte, pero lo observaba mientras instalaba cuidadosamente en los jumentos de los paisanos llegados de los pueblos vecinos las albardas que había hecho pacientemente en la penumbra de su taller carente de ventana. No me gusta demasiado usar el verbo *gözlemlemek* «observar», porque me recuerda las rosquillas, *gözleme*, friéndose en la sartén, y se me hace la boca agua. Podría utilizar términos más anticuados, pero los jóvenes no me entenderían. Al fin y al cabo, cuento mi historia para los jóvenes, y si los viejos no me escuchan, peor para ellos. Igual que yo, tienen un pie en la tumba.

¿Y las manos, qué? Ya sé que tienen, como se suele decir en nuestra tierra, «una mano en la mantequilla y la otra en la miel» y rebosan de alegría con una joven esposa. «¿Así que vive solo aquí?» Exactamente, vivo solo. ¡Pero qué se ha creído el cretino del cartero! ¡Que se vaya al diablo! Ni siquiera abrí la carta certificada. En este momento estoy en la ciudad donde he pasado mi infancia y me importa un bledo la carta enviada a mi mujer. ¡Encima de burro, apaleado!, como los asnos espoleados por maese Salih, que parten al trote. ¡Justo!, se llamaba Salih, ¿veis?, no lo he olvidado. Y además, ¿por qué iba a olvidarlo?, todavía no estoy gagá. Los talabarteros pertenecen al pasado. Además, los paisanos ya no montan burros, ahora conducen Mercedes. Solo quedo yo para recordar esa época, esperando el autobús los días en los que encuentro fuerzas para salir, para subir y bajar las empinadas calles de Estambul, resoplando como una vieja locomotora.

Nuestra ciudad, como es lógico, tenía su parte de herencia de los selyúcidas y de los otomanos. Una cúpula, la mezquita, el mercado cubierto, el hammam y el caravasar en ruinas que llamábamos «la tumba de la colina»

y en el que nos daba miedo entrar. Cerca se encontraba la celda de un santón donde ardía una vela día y noche. Y la ciudadela encaramada en otra colina desde la cual seguía desafiando a la ciudad. La guarnición había sido instalada lejos del centro, en un terreno accidentado, donde termina la estepa y comienza la ladera de los montes Tauro. Estos gigantes se alzan en la otra orilla del lago, con la frente en las nubes y los pies bañados por el Mediterráneo. Vistos desde el cuartel, parecían lejanos e inaccesibles. Nunca, en mi infancia, llegué a cruzarlos para ir a ver el mar y llenarme del azul mediterráneo. Fue en Estambul en donde vi el mar por primera vez y gusté del fruto prohibido, cuyo sabor todavía conservo en el paladar.

Después de la muerte de mi madre, contratamos a una criada llamada Elif. Si recuerdo su nombre es, probablemente, porque designa la primera letra de nuestro alfabeto. Era una chica alta y delgada, oriunda de una de las familias nómadas que pasan el verano en las altiplanicies y el invierno en las aldeas de los montes Tauro. A mi abuela y a mi padre les habría gustado ahorrársela, pero necesitábamos a alguien para hacer la limpieza, lavar y remendar la ropa y cocinar. Ahmet no podía atender a toda la intendencia y además hacerse cargo de una familia de tres personas; y mi abuela tenía que mantener su estatus; había trabajado mucho cuando era joven, había cuidado de su hijo, al que había enviado a la escuela militar de Kuleli. La única espinita que le quedaba era que un día su hijo llegase a pachá, pero ¡por el amor de Dios!, ¡cómo se iba a poner a remendar!

Elif no tardó en adoptarme, me quería como si fuese su hijo y me hizo olvidar que ya no tenía madre. Un día, en el baño, cogió mi pipí y se puso a darle tironcitos diciendo: «¡A ver, a ver!, ¡a ver cuánto tarda en convertirse en pachá!». Desilusionada, sin duda, al ver que permanecía flácido, comenzó a besarlo. «Eres mi amor —decía—, mi amorcito. Sobre todo, no le digas nada a tu papá, ¿de acuerdo?» Tal vez fuese su amorcito, pero ella solo era mi niñera. A la que sería mi primer amor la encontré en Estambul, no en el hammam, sino en el liceo.

* * *

¿ESTABA ORGULLOSO DE mi padre en aquel entonces? Creo que sí. Pero solo

era un niño. Me desengañé más tarde. Era bajito y carecía del porte de los atléticos oficiales de las unidades del cuerpo expedicionario. Pero de todas formas era un jefe, era el capitán Hasan. Su grado de *yüzbaşı*⁸ indicaba que tenía un centenar de hombres a su mando, pero a veces pensaba que era un monstruo de cien cabezas. Soñaba con él, intentaba contar las cabezas sin éxito. Cada cabeza era diferente, pero todas calvas. Tenían los rasgos de los campesinos de Anatolia que se podían ver en el cuartel: ojos negros, cejas negras, nariz de pico de cuervo, dientes amarillos, grandes orejas y frente estrecha. Parecían iguales, aunque eran muy distintos. Tenían la misma apariencia y el mismo color de piel, pero sus miradas eran diferentes. Ni siquiera Keloğlan, que, en los cuentos de mi abuela, triunfaba con astucia sobre los gigantes, tenía tantas cabezas como mi padre. Los suboficiales le obedecían.

Gracias a mi padre, aprendí desde una edad temprana la jerarquía de las fuerzas armadas turcas. Sabía de memoria todos los grados por orden, del primero al último, y las principales voces de mando. Eso me daba un cierto prestigio entre mis compañeros de clase, y también ante mis maestros. No sabía muy bien lo que quería decir «oficial», «suboficial», «pelotón», «compañía», «formación», «sección», «revista», pero podía recitar sin titubear todos los grados, desde el soldado raso hasta el jefe de Estado Mayor. Cuando iba a ver a mi padre al cuartel, después de franquear la entrada, podía leer las extrañas inscripciones en el muro de la batería. Descifraba sin dificultad las enormes letras mayúsculas: «QUIEN NO VIERTI SU SUDOR EN LA INSTRUCCIÓN DERRAMARÁ SU SANGRE EN COMBATE», «LA RUEDA QUE GIRA ANUNCIA LA VICTORIA», «NUNCA CONFÍES TU SECRETO A TU AMIGO, PUES ÉL SE LO DIRÁ A SU AMIGO». Me pregunto qué secretos podían esconderse en aquel agujero rodeado de montañas grises y estériles, en los cañones tapados con lonas, en los antiaéreos y en los vehículos blindados; y en los corazones de aquellos pobres sorches vestidos con el mismo uniforme, tocados con una gorra y calzados con botas, que se lanzaban cuerpo a tierra y se levantaban a la vez, con los ojos fijos en el objetivo, hacían instrucción, mañana y tarde formaban los fusiles en pabellón, izaban la bandera al toque de llamada y presentaban armas con la bayoneta calada.

Un día, al salir de clase, me fui a ver a mi padre. No estaba en su puesto

habitual. Eché un vistazo en la plana mayor, no estaba allí. Tampoco lo encontré en el cenador donde iba a tomar el té cuando hacía buen tiempo. El patio de armas estaba vacío, así como la cantina. Era como si se lo hubiese tragado la tierra. De repente me di cuenta de que en su ausencia el cuartel parecía desierto. Los cañones, sin embargo, estaban en su sitio, apuntando hacia las colinas; y las baterías antiaéreas, listas para abrir fuego contra los aviones enemigos. La bandera turca ondeaba en lo alto del asta. Las unidades regresaban de la instrucción, fusil en mano, al grito de marcha: *¡Yaylalar, Yaylalar!* En turco, este mantra significa literalmente «altiplanicies», pero allí no se veían ni altiplanicies ni altas montañas, solo cielo y áridas colinas. Y mi padre no estaba allí. Había desaparecido. Decidí darme una vuelta por la enfermería. Sentados contra la pared, dos quintos enchufados, exentos de instrucción, se rascaban la barbilla. Les oí decir: «¡Es el hijo del capitán!». En ese momento mi padre salió de la enfermería y corrí a abrazarlo. Me agarró, me levantó sobre sus hombros, se quitó la gorra y me la puso en la cabeza. Los soldados intercambiaron una sonrisa, luego se levantaron y se cuadraron. A una orden de mi padre, saludaron al unísono. «¿Ves? —dijo mi padre—, eres pachá.» Triunfante, ordené «¡Descansen!», pero los soldados no obedecieron. Repetí la orden, y replicaron: «¡Para dar órdenes, debe estar de uniforme, capitán!». Se produjo un silencio. Los *¡yaylalar, yaylalar!* se oyeron de nuevo. Desconcertado, mi padre me dejó en el suelo. Gritó «¡Descansen!» y se alejó. Antes de seguirlo, escuché a uno de los soldados que decía: «Este no es un hijo de capitán, es un *alafortenfuni*». Durante varios días me repetí: *¡Alafortenfuni! ¡Alafortenfuni!* Todos a cuantos pregunté, tanto en la escuela como en la calle, ignoraban su significado. Ni siquiera Ahmet, el ordenanza, lo sabía. Cuando le pregunté a mi padre, me respondió: «¡Que me vuelva árabe ahora mismo si entiendo algo!». Han pasado los años. No he seguido los pasos de mi padre, no he urdido un golpe de Estado ni he mandado colgar a dos ministros y un primer ministro, pero no he estado inactivo. Sin embargo, para entender lo que significaba *alafortenfuni*, tuve que volver al cuartel, no como el hijo del capitán, sino para cumplir el servicio militar. Un día, yendo a la instrucción, observé que un soldado colocaba un objeto en el cañón de su fusil. Le pregunté qué estaba haciendo. Después de saludar, respondió: «Es mi *alafortenfuni*». Me di

cuenta entonces, después de tanto tiempo, de que el recluta con el pelo cortado al cero, dirigiéndose a su compañero tan rapado como él, me había comparado con ese utensilio cónico de protección, el *alev örten huni*, la bocacha apagallamas que por precaución se coloca en el extremo del cañón y evita que el tirador salga perjudicado. Desde entonces, cuando pienso en mi padre, no lo veo con su uniforme de capitán, sino con su *alafortenfuni* rodeando su cabeza calva. Y, por extraño que parezca, me siento orgulloso de él. Pero solo en mis sueños, no en la vida real.

⁸ *Yüzbaşı* designa el grado de capitán y literalmente significa «cien cabezas».

CUANDO EVOCO, AHORA, las juergas de los hermanos Dalton organizadas por mi padre, una imagen surge en mi memoria. No es una foto en blanco y negro olvidada en un viejo álbum, sino un recuerdo muy real.

Una noche, en el merendero de Muhtar actuó una orquesta, que mi padre quizás había contratado «por vía oficial». Los cuatro músicos estaban tan borrachos como nuestro cuarteto. Se apreciaba a simple vista que tenían una buena tajada. Muhtar les había servido un raki doble y sus *mezzes*. Sin parar de beber, interpretaban melodías árabes típicas del Hiyaz y música turca. En aquel entonces, yo no era capaz de apreciar los sutiles matices de aquellos acordes, pero la música oriental me era bastante familiar. Me parecía más profunda y cautivadora que «El canto de los pájaros se irradia por los valles», tenía embrujo. No entendía la mitad de las palabras, pero eso contribuía al misterio y excitaba mi curiosidad. Los músicos eran de lo más peculiar, parecían venidos de otro tiempo. Su entusiasmo era contagioso. A veces los clientes del merendero cantaban el estribillo. Me daba la impresión de que el retrato de Atatürk colgado en la pared, con esmoquin y sin sable, marcaba el compás. Sus ojos azules nos miraban con benevolencia. Parecía alentar a los músicos diciéndoles: «¡Adelante, mis valientes!». Si hubiese sostenido — como solía— un vaso de raki en la mano, habría sido más convincente; por desgracia, ni siquiera tenía una taza de café. Dulce, por supuesto. El pachá Gazi no tenía nada en las manos, no era él, sino los músicos los que animaban a la gente. Casa Muhtar, surcando a toda vela las aguas del lago, navegaba hacia el país de los sueños.

El violinista era un gitano bajito y delgado, que reía a mandíbula batiente. Uno de sus incisivos estaba coronado de oro, sus cabellos habían encanecido prematuramente, su barba blanca tenía reflejos grises y sus dedos, que corrían sobre el violín, eran morenos. Rodando por los mesones típicos de Anatolia, casas de juego, bares y discotecas, se había cruzado con toda clase de

borrachos, matones y mujeres pintarrajeadas. Tal vez, como el músico de Chagall, se había subido a los tejados para tocar el violín. Sí, era un auténtico gitano. Me referiré a él como «Diente de oro».

A diferencia de Diente de oro, el que tocaba el *kanun** era gordo, pero sus dedos, muy delgados. Mantenía los ojos bajos en las cuerdas de su instrumento. Cuando no había espacio suficiente para ponerlo en la mesa repleta de *mezzes*, lo colocaba bajo su vientre aun a riesgo de aplastarlo. Con los plectros sujetos a sus dedos por anillos, parecía golpear la caja y no las cuerdas. Se podría decir que cada golpe «reavivaba una vieja herida». El que tocaba el pandero, encaramado como un pájaro cautivo en la silla de al lado, parecía igualmente atormentado. La piel del pandero, que sujetaba entre su muslo izquierdo y su axila derecha, amenazaba con romper cuando sus dedos aleteaban como los de las antiguas mecanógrafas escribiendo sobre su teclado. Nunca miraba su instrumento. Con los ojos hacia el infinito, parecía sumido en su sueño. El más elegante de los cuatro era el que tocaba el *zurna**. Corpulento como el que tocaba el *kanun*, vestía traje y corbata. Separaba mucho las piernas y su sexo se marcaba bajo sus pantalones: daba la impresión de que los botones no tardarían en saltar y toda la mercancía se desbordaría. Cuando soplaba en su instrumento, sus mejillas se hinchaban y lo hacían parecer más grueso. Sus ojos inyectados en sangre se movían bajo las cejas negras, buscando donde posarse.

Mientras todos estábamos bajo el hechizo de la música, el *zurna* se calló de repente, seguido de los demás instrumentos. Se produjo un momento de silencio. Parecía el fin del mundo. Y, de repente, Diente de oro ejecutó la *Marcha turca* de Mozart. Ignoro si fue mi padre quien había pedido este interludio o era el gitano que quería regalarnos el oído, pero todavía veo la expresión de asombro en los allí reunidos. La *Marcha turca* inundó el merendero de sonidos inesperados. Los otros clientes, perplejos, no sabían cómo reaccionar. Sin embargo, nuestros cuatro calaveras, aprovechando la situación, se pusieron a dar golpes sobre la mesa al compás de la melodía. La botella de raki, los finos vasos y los platos cargados de *mezzes* comenzaron a trepidar con estruendo. El gato sarnoso que merodeaba bajo la mesa se unió a la fiesta, dando agudos maullidos a los que hicieron eco los aullidos de los perros que vagabundeaban por los alrededores. Muhtar, dejando su cocina,

acudió a pegarle una patada al morrongo para hacerlo callar. El Jirafa trató de levantarse, pero mi padre lo obligó a sentarse, luego se fue al medio de la sala con paso resuelto, como si fuese a tomar Viena por asalto. A una señal de Diente de oro, la orquesta tocó la *Marcha de los jenízaros*. Los músicos entonaron al unísono: «Tu bisabuelo, tu abuelo y tu padre / todo el pueblo turco es heroico / sus ejércitos / desde hace mucho tiempo / han traído la gloria / al mundo». Como de costumbre, el fiscal, valiéndose de su título y apoyándose en la etimología, poco antes había sostenido que los turcos descendían de un oso. Pero aquí no estábamos en el juzgado, estábamos sentados delante de unos vasos de licor. Levantándose de repente, cogió del brazo a mi padre y ambos se lanzaron, dos pasos adelante, un paso atrás, antes de caer cuan largos eran entre los aplausos de la concurrencia. No recuerdo muy bien si se cayeron de veras o si hicieron el paripé. Pero veo a los músicos, espoleados por Diente de oro, atacando el repertorio de la región de Izmir y a nuestros dos comparsas bailando con los brazos extendidos y balanceando las piernas mientras la orquesta tocaba *Los chopos de Izmir*. Fue así, cogidos del brazo, como después del golpe de Estado del 27 de mayo saldaron sus cuentas con sus antiguos dirigentes.

Han pasado los años y no he vuelto a Casa Muhtar. No he vuelto a ver a los músicos. He pensado muchas veces en Diente de oro, escuchando a Mozart en las salas de concierto más prestigiosos de Europa. Jamás le he dicho a nadie por qué a veces me reía sin razón aparente. Si me hubiera sincerado, nadie me habría entendido. Ya era hora de que me explicase.

A veces, muy raramente, cuando mi hija viene a verme, cediendo a mis súplicas me prepara una bandejita de *mezzes* para picar contemplando nuestra hermosa Estambul. ¡Bendita bandeja!, supone para mí un auténtico festín, que va desde la cecina hasta el melón «sin comino» al que mi padre había renunciado porque le parecía muy caro; desde las hierbas del mar Egeo hasta el *topik* armenio, pasando por el atún salado de Rumelia. No falta nada, salvo el sabor de los viejos tiempos en el merendero de Muhtar. Pruebo cada platillo con la punta de la lengua y me contento con un raki doble. Me han prohibido beber, pero —aunque no soy un borrachuzas como mi padre— no puedo renunciar por completo a este veneno. ¡De buena gana mandaría al diablo toda la música moderna! ¿Qué ha sido de las melodías orientales que

los gitanos tocaban al violín, el *kanun* y el *zurna*? Entonces tenía, en palabras del poeta, «una nube en mi plato y el cielo en mi vaso». En su lugar, aquí está Estambul, del que nunca se cansa uno. Pero no hay nada más aburrido que una mesa sin raki. En el lector de CD ha empezado a sonar una canción de Sadi Hoşses: «La suerte no me ha sonreído / Se ha llevado todo lo que amaba». Sí, habéis oído bien, he dicho «el lector de CD». Por lo visto, es así como se llaman esos nuevos aparatos. Os recuerdo que pertenezco a una generación a la que le importa un bledo toda esta tecnología, a la que le dan náuseas todos esos iPhone, iPod y toda la pesca. ¡Qué palabras tan aberrantes! También están esos dispositivos en los que se pueden leer libros inaprensibles. Y a mí, sin ser escritor, me gustaría sentirme entre las palabras como pez en el agua. Me apetece cantar, solo en mi rincón, frente a mi querida Estambul: «El amor es un sufrimiento menos cruel que el exilio». ¿Quién conoce hoy esta canción, quién la canta todavía? Muy bien, pues yo voy a cantarla después de haber bebido un vaso a la salud de mi hija. He conocido el exilio y el mal de amores, pero jamás había pensado contaros mi historia. Fue a mi hija a quien se le ocurrió. Voy a compartir, pues, parte de un amor doloroso como el que evoca la canción. Sí, sonríó, pero no hagáis caso. Os hablaré de este amor del pasado, pero aún no estamos allí, ni siquiera he llegado a Estambul. Todavía estoy en Casa Muhtar, con mi padre, sus compadres y los músicos. Vais a tener que esperar un rato para poder escuchar la historia del único amor de mi vida. Si no con el acento de un canto oriental, al menos con el sonido de mi voz ronca.

Un día, mi hija me dijo: «Papá, has vivido mucho, has recorrido el mundo. Has visto la guerra y el sufrimiento en varios países. Has sufrido largos años de exilio. ¿Quieres dejar la imagen de un viejo verde cascarrabias?». ¿Yo un viejo cascarrabias? Rijoso y obsceno, vale, ¡pero de viejo nada! He vuelto, pese a todo ello, a los días en que estaba interno en el liceo, a los buenos tiempos en los que se apreciaban las bromas un poco pesadas. El raki se me ha subido a la cabeza y me baño en las aguas de las viejas canciones turcas. Ya os estoy oyendo preguntar: «¿Cómo puedes ser tan grosero y al mismo tiempo conmoverte con el recuerdo de una vieja canción?». ¿Nunca os habéis preguntado sobre el caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde? Bueno, pues es el momento de hacerlo.

* * *

SI OS PARECE, PODÉIS ir a pasear por la noche londinense, perderos en la niebla que se cuele en las casas, descubrir a la luz parpadeante de las farolas horribles asesinos de mirada espeluznante. Uno de esos monstruos es Mr. Hyde, cuya sombra rechoncha deambula por las estrechas callejuelas del Soho. Tomó posesión del cuerpo del Dr. Jekyll, un sabio y un buen hombre de elegantes maneras. El alma humana es como las dos caras de una moneda. Lleva consigo el bien y el mal, que son —permitidme la pedantería, de algo tendrían que valerme mis estudios de francés y filosofía— «inherentes al ser». Digamos, más prosaicamente, que no jugamos a cara o cruz. Mientras haya hombres, habrá dinero falso. Y, como dice el proverbio, «el bronce de las monedas es como la infamia del hombre».

Por ahora, os cuento la historia trivial de cualquier ciudadano, la hora de los crímenes aún no ha llegado. Y, además, mi historia se desarrolla en las mañanas claras de Estambul y no en las noches de Londres. Cuando leí el libro de Stevenson, hubo algo que me intrigó. Escribió que la niebla es de color siena. Fui a Siena, no para estudiar este problema, sino para contribuir a la actualización de una guía turística. También tuve la oportunidad de viajar a Londres. Y comprobé que el escritor tenía razón. Me vais a decir que me intereso por trivialidades. Admito que tomarla una y otra vez con nuestro primer ministro es como comparar la tierra de Siena con el esmog londinense. Pero el primer ministro de marras es un monumento a la arrogancia. Se parece a la estatua que ordenó derribar después de haber declarado que era monstruosa. Mucho músculo y poco cerebro, parece salido directamente del laboratorio del Dr. Jekyll.

Pero volvamos a los días del liceo, donde Neco, el portero y amigo de Firlama, era uno de los personajes fundamentales, mejor dicho, uno de sus pilares. Procedía de una aldea del este de Anatolia. Era kurdo, pero hablaba el turco mejor que cualquiera de nosotros. Desde muy pequeño, había sido adoptado por una familia que se había establecido en Estambul y nunca regresó a su país. Ignoro si conservaba el recuerdo de las montañas nevadas, las carreteras bloqueadas durante el invierno, los carneros ensortijados y las grutas de las altiplanicies. Las llamadas al patriotismo le habían comido el

coco, aunque seguro que esta expresión no existía en la época en la que yo estudiaba en el liceo. Inválidos de guerra, miembros de las fuerzas nacionales y otros portadores de colbacs todavía estaban vivos. Durante la Primera Guerra Mundial, Neco había visto a los estudiantes del liceo partir a los Dardanelos para no volver jamás, rezaba por ellos en las fiestas religiosas. En aquella época, joven empleado de servicio en el liceo, aún no tenía edad para ser movilizad. Tampoco había hecho la guerra de la Independencia, pero cuando se proclamó la República fue ascendido a ayudante de cocina. Lamentaba no haber conseguido la dignidad de mártir y no se cansaba de repetir: «Debemos a los mártires y al Gazi este país paradisíaco». Cuando Atatürk hizo su primera visita oficial a nuestro establecimiento, Neco estaba en la cocina, pelando patatas y cortando pepinos. En su tercera visita, ya había ascendido a conserje. No dejaba salir a nadie. Adoptando el acento de su novia, una chica de Rumelia, una «desplazada», decía: «No he podido prepararle un plato al Gazi, ni servirle su raki y sus *mezzes*». Cuando llegué al liceo, él ya se había jubilado, pero todavía ejercía su función de portero. Todos los viernes asistía a la ceremonia de la bandera y, después de haber cantado con nosotros la *Marcha de la Independencia*, regresaba corriendo a su puesto, controlando concienzudamente las entradas y salidas. Los estudiantes se sucedían, los profesores, los directores de internado, los vigilantes y cuidadores eran trasladados a otro lugar, pero Neco seguía allí. Más que nosotros, estaba unido a la escuela y a sus colores, amarillo y rojo. «Incluso nuestra bandera nacional tiene uno de los colores de nuestra escuela, ¿qué más se puede pedir?», decía. Se llevaba muy bien con Firlama. Mi compañero se reía de él a sus espaldas y hacía reír al dormitorio diciendo: «Hoy Neco tampoco ha dejado pasar a ningún clandestino, todavía». Neco hacía la vista gorda a las escapadas de Firlama, que iba a la calle Abanoz todas las semanas. Corría el rumor de que había sido Firlama quien le había presentado a la rumelia. Pero su relación apenas había durado: un chulo o, si lo preferís, un proxeneta emprendedor le levantó la novia. Neco jamás se consoló. Desencantado, renunció a sus sueños de matrimonio, asegurando que no se puede confiar en las mujeres. Y obtuvo de la administración la autorización de instalarse en el liceo.

Cuando murió, el cortejo fúnebre partió del liceo. No sé si fue él quien

incitó a Firlama a frecuentar la calle Abanoz o si fue Firlama quien, a pesar de su juventud, confiando en sus atributos viriles, había desviado a Neco del camino recto. Pero os aseguro que eran uña y carne. Incluso después del episodio de la rumelia siguieron siendo buenos amigos. En cuanto a Firlama, conservó su alias y a nadie se le ocurrió jamás acusarlo de proxeneta. Personalmente, yo me guardaría muy mucho de hacerlo. ¿Por qué os cuento todo esto? Solo para demostraros que el amor a la patria no es incompatible con el amor a las mujeres, al contrario. Pueden coexistir en un mismo corazón como el anverso y reverso de la moneda. Sea como fuere, henos aquí enfrentados de nuevo al problema de Dr. Jekyll y Mr. Hyde. A vosotros os toca decidir quién es quién.

Me doy cuenta de que a menudo presento a Firlama bajo un aspecto desfavorable. Sin embargo, era puro de espíritu; sus modales vehementes y su lenguaje florido ocultaban un rico universo interior. En el fondo, era un sentimental. Todavía puedo oír las palabras de la cancioncilla que canturreaba por la noche en el dormitorio:

*Al amanecer despierta
Entre las piernas enhiesta
Enloquece a las mujeres
¡Bom bilibom!
Su punta es un cebollón
El medio es como una boa
Que de la selva asoma
¡Bom bili bili bom bom!
¡Bom bili bili bom!*

Los versos que escribía en secreto no eran ninguna tontería. Años después, me envió un poema, escrito en la escuela, y lo he conservado siempre. A veces susurro algunos versos:

*Me gustaría que hubiera sobre mi tumba rosas amarillas y rojas
Que mis amigos se pusieran de luto
Que el hijo del capitán
Si todavía está en este mundo*

Viniera a postrarse a mi sepultura.

Le dedico esta oración fúnebre: «Era disoluto y lenguaraz, pero su corazón era puro. No sé cuál de los dos partirá primero, pero si muere antes que yo, me comprometo a cumplir su último deseo».

Como he dicho antes, he conocido el exilio. Al salir del liceo, eché el ancla en París. No por elección, sino por necesidad. Era la única manera de olvidar a la mujer de mi vida, ese amor prohibido e imposible. De modo que fue por amor por lo que me exilié, no por curiosidad o por razones políticas. No puedo decir que París haya hecho de mí un hombre —no he conseguido, en este bajo mundo, ni ser un hombre ni lograr nada digno de mención—, pero me abrió al mundo. He visto muchas guerras, miseria, gentes y países. Y, gracias a los medios de comunicación, se lo he mostrado a los espectadores repantingados en sus sillones. Fui un reportero mediocre, y no creo que tenga suficiente talento para escribir mi historia. La escritura es un arte muy especial, dichoso quien lo domina. Ni siquiera triunfé como reportero: fui despedido después de una corta carrera. Entonces, me dediqué a los negocios. Pero al periodismo le debo mi media pensión de jubilación. «En tal caso —dijo mi hija—, graba tu historia. Cuéntasela a tu magnetofón como a los lectores.» Es lo que estoy haciendo. Pero apenas he comenzado mi historia. Si no estáis hartos de mis idas y venidas entre el pasado y el presente, de verme andar dándole vueltas a mi soledad en este apartamento en lo alto de un edificio desde el que se divisa la hermosa ciudad de Estambul, y si queréis saber lo que pasó después, ¡entonces toquemos unos acordes en el saz y sigamos!

¿Por dónde iba? Ah, sí, estaba diciendo: «¿Quién conoce todavía esa canción?». Y en efecto, ¿quién recuerda todavía al compositor Kazim Nami Erdölen, muerto a los ochenta años en un accidente de tráfico? Me conmueven sus versos:

*Cuando entre mis bellas rosas sonriendo paseas
Si entre los ruiseñores a tu belleza recito un poema
Reclínate al menos una vez en mis brazos huérfanos
Y espiraré dichoso en tus rizados cabellos.*

Cuando los escucho, me entristezco hasta el llanto. Este poema me recuerda que mi mamáíta querida no expiró «dichosa en sus rizados cabellos», sino por una bala salida del cañón de la pistola de mi padre. Probablemente he heredado de él mi gusto por el *saz* y mi inclinación por la bebida, pero no se me ocurre referirme a él como «mi querido papaíto». ¿Fue un revolucionario, incluso un patriota, como alguien escribió en un periódico? No lo creo. Era más bien un militar faccioso. Pero era mi padre. Y no deja de ser quien salvó de la horca al marido de la mujer que amé en mi adolescencia. Detengámonos en este acorde del *zurna*. Lo reanudaremos mañana. Como todas las mañanas, después de levantarme temprano, de asearme deprisa, de beber el té que me sirve de desayuno, me situaré mirando a Estambul. A mis pies las calles que suben y bajan y frente a mí la torre de Gálata, el Cuerno de Oro y sus tres puentes. En la orilla opuesta, Sarayburnu, el Cabo del Serrallo, y el palacio de Topkapi rodeado de vegetación. Las cúpulas de plomo de los minaretes. ¿Qué más puedo desear? También está el mar de un azul intenso. Y allá, a lo lejos, Sivriada y Yassiada.

AVECES, POR LA mañana, en el duermevela, sueño con estaciones desiertas. Un tren negro se aproxima al andén. La nube de vapor que sale del pistón de la locomotora lo envuelve todo. No se oye ningún ruido. Nadie sube ni descende. Ni siquiera hay un factor de gorra roja. Un niño de cabello rubio ensortijado mira por la ventanilla del tren. Sus ojos hundidos por el insomnio parecen buscar alguna cosa. He guardado intactas estas impresiones de mi primer viaje. Incluso en las populosas estaciones de Europa donde pasan constantemente trenes rápidos. Vuelvo a ver los muelles de carga repletos de remolachas. Y los guardagujas. La locomotora jadeante se detiene en el empalme y el guardavía descarga todo su peso sobre la palanca. El viaje te da la impresión de estar muy vivo, de formar parte de este mundo surcado por cursos de agua, donde los árboles pierden sus hojas, donde los campos se suceden bajo el cielo. Maletas, fardos repletos de ropa blanca, estaciones ante las que se alinean coches de punto. Y la emoción de llegar a una ciudad desconocida.

¡Viajar es fantástico! Cuando nadie te está esperando, cuando no estás vinculado a nada ni a nadie. De pie, en la cubierta de un barco que se aleja del puerto, lanzas una última mirada a la ciudad. Ligero de equipaje, te despides de la casa que te vio nacer, de las calles que has recorrido, del hogar donde se ha consumido tu vida. O bien subes a un avión y te acomodas en un asiento de ventanilla. Mientras tomas la bebida que te ha servido la azafata, ya estás encima de las nubes, que pasan con sus velas hinchadas por el viento. De pronto el cielo se despeja. El mundo está allá abajo, a tus pies; para acompañar la bebida te han servido una bandeja de comida. Las ciudades son minúsculas, ni siquiera se distinguen las casas. Sin embargo, los ríos siguen imperturbablemente su curso. Las cumbres de las montañas están cubiertas de nieve, los valles son profundos. Y en un abrir y cerrar de ojos te encontrarás en las calles de una lejana ciudad que aguarda para ser explorada.

Fue así como recorrí el mundo con placer, siempre emocionado al descubrir cosas nuevas. Viajaba y al mismo tiempo trabajaba. Pero hace mucho tiempo que no voy a ningún lado. He echado el ancla en el apartamento de este edificio y no he vuelto a moverme. El único lugar al que iré al final de mi largo viaje es el lugar de donde nadie regresa. Estoy aquí, a bordo de una nave que va hacia lo desconocido. Con un vaso de té en la mano, repantingado en mi sillón. El panorama corta el aliento, Estambul está más bella que nunca. Todavía tengo ganas de vivir, pero cada mañana el puerto se aleja un poco más. De hecho, no es el navío, es Estambul quien se va para no volver.

Durante uno de mis viajes a Francia, costéé, al volante de mi coche, el río más largo, más caudaloso, más brillante y más rápido del país. Mi coche era un Volkswagen de segunda mano, un modelo Escarabajo. Me encontraba allí dentro como un pez abandonado en su pecera, pero contento con mi suerte. Iba más lento que el curso del agua. No tenía prisa; en aquella época mi vida era tan lenta como mi viejo cacharro. Se aceleró con la edad. Ahora, aunque me levante temprano, el día pasa a una velocidad pasmosa. Me pregunto si es la noche que corre detrás del día o el día que persigue a la noche. Las ciudades cambian, los niños crecen. Como ha crecido mi hija.

Ayer todavía era un bebé, y ahora es toda una mujer en edad de casarse. No nos vemos mucho. Aunque ambos vivimos en Estambul.

El río fluía bajo los viejos puentes de piedra. A cuál más encantador, los blancos castillos se reflejaban en el agua proyectando las sombras de sus torres y sus tejados de pizarra en jardines geométricos. Tortuosas callejuelas flanqueadas por casas desembocaban en la plaza de la iglesia, los monasterios ocultaban sus patios interiores detrás de los altos muros. Veía casas excavadas en la piedra, como en la Capadocia, recorría la Francia profunda, mi hija todavía no había nacido. Llegaban noticias de la guerra de Vietnam: niños hambrientos, incendios, padres que se quedaron en el frente. Si hubiera ido río arriba, me habría encontrado en la montaña, lejos de cualquier lugar habitado. Pero iba hacia el mar, hacia el estuario mencionado en la *Vuelta al mundo de dos pilletes* que releía sin descanso cuando era pequeño y que me llevaba, en cada página, a lugares que nunca hubiera soñado.

No tenía idea de que un día, en la desembocadura de este estuario, donde

el Loira va a morir al mar, vería nacer a mi hija. Allí vi por primera vez el mar remontando el curso de un río, dejando los barcos huérfanos varados en el cieno. El océano va adonde le da la gana. Y yo, ¿podría quedarme allí, al lado de mi esposa y mi hija?

Así pues, un día en Nantes, mientras en medio de un cielo lluvioso el sol jugaba al escondite con las nubes —seguramente la imagen os parecerá pueril, pero a veces doy rienda suelta a mi vena poética y en mi vejez tengo derecho a ser un mal poeta—, vi palpitante en la incomparable luz del país del Loira el río remontando hacia su fuente. No, no estaba viendo visiones. El tumultuoso flujo iba en sentido contrario. Ni por un momento pensé en el conocido fenómeno de las mareas, que está ligado a las fases de la luna. Me fui, dejando atrás a mi esposa y a mi hija, tan semejantes a los ángeles de los que ya he hablado. Por la desembocadura de otros ríos que remontan hacia su origen, entré en países lejanos. Siempre regresaba, para irme otra vez. No me duelen prendas reconocer que todas estas idas y venidas no han hecho de mí un buen padre. Pero no hay «buenos padres». Si los hubiera, el calvorota de mi progenitor, en lugar de abandonarme tristemente en la Escuela del Sultán, iría y volvería de Ankara —donde se había establecido a la espera de tomar parte en un golpe de Estado— a la antigua capital.

Mi hija nació en Nantes, en casa de mi suegra: techos altos, ligeramente inclinados, con vistas al viejo puerto abandonado de esta ciudad que se ha ido llenando poco a poco de canales, pero donde, antaño, veleros y barcos de vapor venían a descargar su flete en los depósitos y almacenes dispuestos a lo largo de los muelles. Fue el nido en donde creció, mientras yo recorría el mundo intentando comunicar a la gente que la vida produce noticias cargadas de sufrimiento y lágrimas. Se educó con su madre. Su padre no era más que una voz al teléfono, llamando a horas intempestivas desde países de ultramar, desde ciudades arrasadas, para preguntar por su salud y sus progresos. La voz de un padre indigno que no se percataba de lo exquisita que era su hija. Y cuando digo «exquisita» me viene a la memoria que los antepasados de mi esposa se enriquecieron con la trata de esclavos. Los embarcaban en África y los vendían en el Caribe, donde compraban el azúcar que almacenaban en Nantes. Quizá por eso mi hija es exquisita como pan de azúcar y se ha convertido en una joven encantadora. No obstante, tiene un carácter fuerte.

Con los brazos en jarras se planta ante ti y te increpa en la lengua turca que he querido que aprendiera. Sin embargo, sus enojos son fugaces; de hecho, es delicada y afectuosa como su madre.

Hemos vuelto a encontrarnos, pero no estamos en la misma longitud de onda. Vivimos en la misma ciudad, pero nos vemos poco. Quizá porque he envejecido, porque soy un viejo cascarrabias. Fui un padre indigno, y aquí estoy ahora, ascendido a la categoría de viejo marido —a mi esposa deben de estar pitándole los oídos—. Fui el hijo del capitán, ahora soy el hijo peneque de un borrachín. Me he acostumbrado a interiorizar mi dolor. Mis confidencias os las hago a vosotros, y no a mi entorno. Cuando digo «entorno» es una manera de hablar: aparte de mis viejos condiscípulos, no veo a nadie. Estoy completamente solo. Mi único amigo, el único compañero con el que charlo todos los días cara a cara, es Estambul.

¡Querida Estambul! Tú no has perdido tu puerto, como la ciudad en la que nació mi hija. En tu bahía, a la sombra de las cúpulas de plomo y de los altos plátanos, los barcos se hacen a la mar y las barcazas descargan sus mercancías. Cuando llegue el momento de levar anclas, será desde este puerto teñido de azul desde donde me haré a la vela, en un barco rumbo a lo desconocido. Pero ese momento no ha llegado todavía, aunque ya entreveo «la noche sin mañana». Cuando cae la noche, brindo a tu salud tarareando esa canción que comienza con «No he de quejarme a nadie». Estabas aquí antes de que yo naciese, estarás aquí cuando haya dejado este mundo. A veces me viene a la memoria otra canción y me transporta a la ciudad de mi hija. En el magnetofón, Barbara canta que está lloviendo en Nantes. Recuerda a su padre, del que no ha podido despedirse antes de su último viaje. «Dame la mano —dice—, el cielo de Nantes me duele en el alma.» También a mí. ¡Si supieseis cuántas cosas me duelen en el alma! Pero no hay lugar para ellas en este relato.

* * *

ERA LA PRIMERA VEZ que venía a Estambul, pero no era mi primer viaje en tren. Cuando tenía tres años, salimos de la aldea que me vio nacer para establecernos en aquella ciudad de provincias a orillas de un lago donde

empecé a ir a la escuela, donde, el día que aprendí a leer, enterraron a mi madre y donde prometí todas las mañanas dar mi vida «por la patria y la nación». Íbamos en un vagón de tercera lleno de aldeanos apretujados en bancos de madera. Yo iba al lado de mi padre y de mi madre, todavía no estaba indefenso como un gato callejero. Tras instalar a mi abuela en un asiento verde de segunda clase, nos habíamos apretado en un banco y, después de un viaje durante el cual estaba prohibido moverse e incluso mirar por la ventana, nos apeamos en una estación oscura y fría.

Pero allí, en el tren negro que me llevaba a Estambul, era distinto. Ya era mayor. No necesitaba a Elif para bañarme. Ni para comprobar mi masculinidad. Pero estaba solo. No estaba a bordo de un barco que «ponía rumbo a lo desconocido», como en el poema que recitaba el Jirafa en voz baja. Viajaba en tercera clase y yo también ponía rumbo a lo desconocido. Mi padre me había acompañado hasta el andén, pero cuando el tren se puso en marcha no hubo ninguna mano ni pañuelo agitándose. Nadie lloraba. Nadie había vertido detrás de mí un vaso de agua para conjurar la mala suerte. Habíamos tomado una vieja tartana para ir a la estación. Debía de ser la más vieja de la ciudad. Las ruedas rechinaban y los caballos presentaban una estampa tristísima. Eran grises, pero no tenían nada en común con Kirat, el caballo gris de la leyenda de Köroğlu. El carruaje era descubierto. No hacía frío, empezaba el otoño. Con mi maleta en el regazo, sentado en el pescante de madera, estaba lejos de imaginar que me iba para siempre.

Mi padre vestía de civil. Llevaba su sombrero de fieltro y una chaqueta ligera y estaba sentado frente a mí como una estatua, cómodamente instalado en el viejo escaño. Con el ceño fruncido, mostraba un semblante serio, el de un hombre capaz de «gestionar la situación». No era fácil, su único hijo, el huerfanito que nunca lo abandonaba, ni siquiera cuando bebía en la taberna, partía rumbo a lo desconocido. Las circunstancias lo requerían, mi padre gestionaba la situación como un buen militar. Por ahora, su deber era llevar a su hijo no a Estambul, sino a la estación. Nadie sabía lo que sucedería a continuación. Había que negociar el presente, el resto seguiría su curso. Además, su hijo ya no era un niño. Si fuese necesario, él mismo sabría manejar la situación, eso es todo.

A veces, cuando mi padre volvía del cuartel, lo acompañaba a Casa

Muhtar y en las noches de invierno solía irme a la cama sin hacer los deberes, pero aun así era un buen estudiante. Según mi abuela, no es que fuese más trabajador que mis compañeros de clase, es que era mucho más inteligente. Elif, que en el baño no dejaba de manosear mi pistolita, me cogía en brazos y me besaba en las mejillas. Como mi abuela, Elif me encomendaba constantemente a Alá. Inteligente y pillo a la vez, para ella era tan valioso como un tejido hindú. Salí de la escuela primaria con el primer puesto y obtuve una beca para continuar gratuitamente mis estudios como interno en uno de los liceos más prestigiosos de Estambul. En lugar del mandilón negro con cuello blanco, de ahora en adelante vestiría chaqueta azul marino y pantalón gris. Elif afirmaba que me quedaría en Estambul y me olvidaría de todo el mundo.

Cruzaba el umbral de una nueva vida. Iba a conocer nuevas emociones. Mi padre estaba un poco tenso. Por primera vez, me di cuenta ese día de que su frente tenía arrugas. Su rostro era el de un hombre prematuramente envejecido y parecía deprimido. Para mí, sin embargo, comenzaba todo. Hasta que llegamos a la estación, no abrió la boca, no dejó de mirarme ni un segundo. Parecía resentido conmigo por irme y dejarlo en aquel agujero rodeado de montañas peladas. El cochero, en silencio también, aspiraba profundas caladas del cigarrillo pegado a la comisura de sus labios. Cuando la chiquillería trataba de colgarse del carruaje, hacía restallar su látigo hacia atrás y luego, en descargo de conciencia, rozaba sin convicción las ancas de los caballos. Los equinos, que avanzaban al paso, aumentaban el ritmo y se ponían al trote. Después de haber rodeado la estatua ecuestre de Atatürk, tomamos la calle de la estación. Los plátanos aún no habían perdido sus hojas. Durante el trayecto, los hoteles sucedían a las casas inclinadas. Viéndolos, sentí una especie de angustia. Me eché a llorar, como si hubiera comprendido que estaba condenado a pasar la mayor parte de mi vida en habitaciones de hotel, a dejar Estambul para vagar de ciudad en ciudad sin echar el ancla en ninguna parte, recorriendo el mundo como un barco sin rumbo que hubiese roto sus amarras. Luego me eché a reír, sin duda una risa forzada, pero no quería darle a mi padre la ocasión de decirme: «Deja de gimotear como una niña, los hombres no lloran».

Como si tuviera prisa por librarse de una pesada carga, me hizo subir

precipitadamente al tren y se alejó sin agitar la mano siquiera. Me quedé solo con mi maleta de madera en el banco de tercera clase. Había que «economizar», y solo mi abuela tenía el privilegio de viajar en los asientos verdes de segunda clase. Supongo que me arrepentí enseguida, pero en aquel momento odié a mi padre.

Estaba solo en el vagón. Me senté cerca de la ventanilla y coloqué mi maleta en el portaequipaje. No contenía más que algo de ropa interior, algunas prendas de calle y el volumen X de *La vuelta al mundo de dos pilletes*. Al final de curso escolar, una vez obtenida mi beca, me había pasado el verano leyendo las aventuras de Yannick y Jeannot. Partí con ellos de Francia, recorriendo el mundo, viviendo en mi imaginación todo lo que les ocurría. Enfrentándome a las tempestades en los mares, a los animales salvajes, a la selva virgen y a los glaciares, había escapado del aburrimiento de las ciudades provincianas. Tras devorar los primeros nueve volúmenes, había iniciado el tomo X, ávido por conocer el destino de los dos amigos. Pero no lo abrí ni una sola vez durante el viaje. ¡A mi alrededor reclamaban mi atención tantas cosas! Para empezar, el paisaje que desfilaba por la ventanilla, antes monótono, había cambiado súbitamente. Sin contar con los viajeros que subían en cada estación, solos o en parejas, y luego los buhoneros, los vendedores de lotería... La estepa lancinante, los montes desnudos que percibía cuando iba a ver a mi padre al cuartel y a tomar el té a la sombra del cenador habían dado paso a una llanura que se extendía hasta el infinito bajo un cielo sin nubes; a la inmensidad de una naturaleza desolada; árboles tristes y solitarios, casas de adobe y rebaños de cabras, montañas azuladas en lontananza y campos hasta perderse de vista, un minarete enrojeciendo en el ocaso, entre las chimeneas de una fábrica. Estaban también los aldeanos que llenaban el vagón de tercera de aquel tren que me llevaba a Estambul, la ciudad de mis sueños infantiles, los puentes de acero que cruzábamos a toda velocidad y los ríos cenagosos. Era tan emocionante que tenía la impresión de dar mi propia vuelta al mundo. Cada viajero tenía una anécdota que contar. Todos parecían sometidos al destino, resignados de antemano a su vida miserable.

Tal vez cuente algún día las historias que escuché durante el viaje, pero a lo que ahora me enfrento es a mi propia historia, a mi infancia, a mi destino.

En las estaciones, cuando el tren se detenía, subía la gente cargando toda clase de cosas. Mujeres gordísimas con pantalones bombachos, hombres tocados con gorra, calzados con toscos zapatos o con sandalias de cuero rústicas, procedentes en su mayoría de las aldeas vecinas. Yo viajaba en compañía de los soldados rasos, rudos campesinos, no con los oficiales, como mi padre y sus compañeros de armas. No podría contaros todos los detalles de aquel largo viaje, pero puedo deciros que aquel tren negro selló mi destino: para mí, el periplo iniciado ese día nunca se ha acabado. Ahora, con un pie en el estribo, viajo al pasado, pero estoy solo en el vagón. El tren entrará pronto en un túnel del que no saldrá, la oscuridad no dejará paso a la luz y desapareceré. Mi abuela vivió más que su hijo, pero yo no sobreviviré a mi hija. Sin embargo, aunque a partir de ahora frecuente más a los muertos que a los vivos, no quiero prejuzgar los designios divinos.

¡Vaya, hombre! Ya estoy filosofando de nuevo. En lugar de perderme en la metafísica, os contaré una anécdota para relajar el ambiente y escapar de la obsesión por la muerte y las trampas de la filosofía. Mientras que por primera vez en mi vida charlaba con gente que no era de mi condición, los campesinos en este caso, cayó la noche. Por la ventanilla del tren no se veían ya ni ciudades ni pueblos. Las paradas en las estaciones eran muy breves. Hacía más frío y el persistente olor a sudor que impregnaba el vagón se había atenuado un poco. Tal vez porque me recordaba el olor que Ahmet, el ordenanza de mi padre, dejaba en la bodega, me vino a la memoria esta historia que los adultos contaban a menudo en Casa Muhtar.

Había un joven oficial homosexual, un chico muy guapo, y su ordenanza Memet, hombre muy viril que, como nuestro Memet, se alojaba en el sótano. Cuando el deseo lo acuciaba, el joven bajaba a llamar a Memet: «¡Venga, sube a follarme!». El aludido no se hacía de rogar. Un día, otro ordenanza fue testigo de la escena. Muy excitado, se cargó a su colega con una piedra y, por la noche, ocupó su lugar en la invitación. Cuando se acercaba por detrás al apuesto oficial, este se volvió diciendo: «Memet, siempre eres tú el que metes, date la vuelta, esta vez seré yo quien te la hingue».

La primera vez que oí esta historia, aunque no comprendí gran cosa, me puse colorado. Hoy no me avergüenzo de contarla, todo el mundo la conoce y suele salir a colación en charlas de amigos. Como nadie se atreve a escribirla,

me doy el gustazo de contárosla en toda su crudeza. Recuerdo que al final de la historia el Jirafa decía riéndose: «Es mucho mejor eso que “abofetear al sargento”, ¿verdad, capitán?». Si a mi padre se le hubiera ocurrido abofetear a un sargento en el cuartel, ¿habrían hablado de ello en la mesa? Lo imaginaba desde lo alto de su baja estatura, dándole un sopapo a un gallardo suboficial. A mí jamás me puso la mano encima. Por supuesto, el infeliz del sargento no habría replicado, no era raro ver a un oficial pegar a un soldado, y yo mismo lo presencié años más tarde, cuando cumplía el servicio militar. Pero no entendía la expresión utilizada por el Jirafa. Ahora sé que en el argot del cuartel como en el estudiantil, «abofetear al sargento» significa «masturbarse». Y esto me lleva a pensar de nuevo en Firlama, que, en el hammam, siempre ganaba la apuesta a ver quién era el primero que abofeteaba al sargento.

Yo, desde luego, no me he pasado la vida abofeteando al sargento. He conocido otros placeres menos solitarios. En cuanto a Firlama, que abofeteaba al sargento no solo en el hammam sino también todas las noches en el dormitorio, acabó pegándole una bofetada al vigilante que cuidaba el estudio. Hay que decir que el tipo tenía madera de dictador. Por el simple placer de fastidiarnos a todos y afirmar su autoridad, no dejaba a nadie ir al retrete. Era un auténtico mastodonte, y tratar de darle coba, una pérdida de tiempo. Pero Firlama, con fama de tipo duro, tenía una reputación que defender, y sobre todo una necesidad apremiante que no podía reprimir. No quería correr el riesgo de ser humillado delante de toda la clase y que le dijese: «¡Para qué te sirve semejante rabo si no puedes aguantar las ganas de mear!». El vigilante se llamaba Recep, como nuestro primer ministro. Lo sacábamos de sus casillas canturreando durante el estudio: «A bordo de los paquebotes hacen la instrucción / Mi novio es matalote». La canción continuaba: «¿Y mi Recep dónde se metería? / Preguntaré en comisaría», y evocaba las monedas de oro del Imperio Otomano. Por la noche, en la oscuridad, la cantábamos a grito pelado, cosa que exasperaba a Recep, que nos lo hacía pagar con creces. Nos odiaba, pero a Firlama, sobre todo, lo tenía entre ceja y ceja. No me gusta demasiado esta expresión, digamos más bien que nos vigilaba como un perro en celo. Sea como fuere, cuando se dirigía a él, se alzaba sobre sus talones como un gallo de pelea y se mostraba

absolutamente intratable. En ocasiones le soltábamos: «Fatma la tiñosa es un bravucón / Su madre es hermosa, y él un zancajón». Sin embargo, hay que hacerle justicia: a pesar de su carácter «tiñoso», era muy guapo, con el pelo engominado peinado hacia atrás, la piel tersa, los ojos negros y brillantes, la nariz ligeramente aguileña que se ensanchaba hacia el bigote, la boca sensual y los dientes como perlas... Era tremendamente viril, pero cuando abría la boca, parecía una vagina que se hubiese puesto a hablar.

Firlama le suplicó en vano. Recep se mostró inflexible: «¡No vas!». Y añadió: «¡Ni Firlama ni el sursuncorda!, más vale que os vayáis acostumbrando, porque conmigo nadie va a ir al baño». Sorprendentemente, Firlama pareció conformarse. Volvió a sentarse, con la cabeza baja, esperando el timbre. Pero tardaba en sonar. Las campanas de la iglesia de San Antonio repicaron, se oyó a lo lejos el chirriar de los tranvías, pero seguían sin llamar al recreo. El pobre Firlama se removi6 en su asiento, se puso lívido, su rostro redondo despedía rayos.

Desde la tarima, Recep lo observaba con satisfacción. Su boca obscena mostraba sus dientes deslumbrantes.

—¿Aún no te has meado en los calzones? —se regodeó.

Firlama no rechistó. Sin poder aguantarme, lo increpé:

—¡Recep *abi**, déjalo salir!

Le sentó como un tiro.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? ¡Métete en tus asuntos!

Firlama salió de su letargo. Esbozó una sonrisa y, a continuación, le soltó como si expresase un juramento:

—¡A él, nadie, pero a mí, sí!

Luego se levantó y se dirigió a la puerta. Recep lo siguió. Se puso delante de él y le cerró el paso.

—Déjame pasar —dijo Firlama.

Al ver que Recep no cejaba en su empeño, le pegó una bofetada. Se enzarzaron en una corta pelea, pero Firlama se llevó el gato al agua. Abrió la puerta y corrió al baño. Por supuesto, el asunto llegó hasta el jefe de estudios, al subdirector y al mismísimo director. Se reunió el consejo de disciplina y, a la espera de recibir un castigo, Firlama fue expulsado durante una semana. Probablemente estaréis pensando que el pobre se había metido en un buen lío.

No llegó la sangre al río. Firlama cumplió su castigo y se dio carpetazo al asunto. Entretanto se habían producido graves acontecimientos, la situación era tensa y Firlama nunca fue llevado ante el consejo de disciplina. Recep se quedó con su bofetada. Firlama fanfarroneaba: «Le he partido la cara a ese cerdo; igualito que en el hammam: le doy bofetadas al sargento». Y aun añadía: «Le he hecho morder el polvo a ese maricón», pero nadie estaba dispuesto a creer que una simple bofetada pudiera tirar al suelo a un grandullón del tamaño de Recep.

La clase se quedó muy impresionada con el incidente y ninguno pensaba olvidarlo. Alguien propuso incluso cambiarle a Firlama su alias «el Luchador», por el de «el Boxeador». Pero nadie le hizo caso. Ni siquiera el propio Firlama, que decía: «Hay una tasca con ese nombre. No pienso llevar un mote como ese».

Cuando evoco a Recep encajando aquella bofetada, la escena me hace pensar en la bofetada que me había propinado el Jirafa. Y entonces me entran unas ganas tremendas de partirle la cara al otro Recep que se exhibe en la televisión durante todo el día. Él también, para mostrar su fuerza, está siempre prohibiendo algo. A este ritmo, acabará prohibiéndonos ir al baño.

No querría resultar pesado con ese tipo de anécdotas consideradas picantes que voy entreverando en mi historia, pero es superior a mí, no puedo dejar de contároslas. Os ruego que me disculpéis y me permitáis añadir una de las que escuché en la mesa de mi padre y de sus compañeros de borracheras.

En el cuartel, la vida era dura y los días parecían eternos. Por la noche, en los barracones, exhaustos por la instrucción, los soldados, en su mayoría de unos veinte años de edad, dormían profundamente. Pero no era el caso de todo el mundo, porque estaban también los «enchufados». Por la mañana, en lugar de entrenarse en el manejo de las armas cantando *¡Yaylalar, Yaylalar!*, se daban de baja o se iban a tomar el té al cenador con el comandante. Al fin y al cabo, tenían buenas razones para tomarse esas confianzas. Pero las noches eran largas, sobre todo en invierno, y la vida de soltero muy jodida, que diría Firlama. Con la complicidad de los centinelas, metían perros en el cuartel atrayéndolos con comida. Los perros parecían disfrutar, había cada vez más, por la noche, delante de las alambradas. Un día, un propietario se quejó de que su linda perrita, que se había escapado, había sido víctima de

una violación colectiva. El escándalo fue morrocotudo. El código penal turco no contempla la violación de un perro —la zoofilia, si lo preferís— como un delito.

Pero el honor del ejército estaba en juego. Y el fiscal militar castigó severamente a nuestros amantes de los chuchos por el motivo siguiente: «La penicilina es más eficaz que la violación de perros en el tratamiento de la gonorrea y las existencias de que dispone nuestra enfermería no se han agotado todavía».

* * *

YA HE DICHO QUE mi maleta no contenía más que alguna ropa interior y unas cuantas prendas de calle. Aparte de *La vuelta al mundo de dos pilletes* y de un par de zapatos, no había llevado ni libro, ni cuaderno, ni objetos de higiene personal, toalla o cepillo de dientes. Se suponía que mi cotutor en Estambul me procuraría lo necesario. Las clases no empezaban hasta la semana siguiente y mientras tanto me alojaría en su casa. Mi padre había designado como responsable a un pariente lejano, un empleado de banca jubilado cuyo nombre he olvidado —o más bien no quiero recordar—. Durante el curso escolar, podría venir a buscarme al liceo el fin de semana, llevarme al cine y, después de invitarme a un helado o a cualquier otra golosina, devolverme a la escuela. No estaba obligado a pasar los dos días en su casa, ya que, gracias a mi beca, era un interno que no pagaba.

Nada ocurrió como estaba previsto. Mi cotutor vino a buscarme dos veces, luego no oí hablar de él nunca más. Me abandonó a mi triste suerte, dejándome a merced de los internos mayores que yo. Durante varios años nadie se preocupó por mí, hasta que la madre de Metin, uno de mis compañeros de clase, tomó cartas en el asunto. Las vacaciones de verano las pasaba con mi padre en el Kakaka (KKK es el acrónimo que designaba el campamento del ejército de tierra instalado en Erdek, en la playa de Çura, y albergaba a las familias de los oficiales). Mi padre reservaba una plaza para el verano, y acudía allí con mi abuela, desde alguno de los acuartelamientos de Anatolia donde continuaba su carrera. Yo llegaba de Estambul en el vapor de Bandirma. Nos reuníamos en el campamento y disfrutábamos juntos del sol y

el mar. Al final de las vacaciones, nos despedíamos de nuestros amores platónicos de verano y de nuestros vecinos y regresábamos a nuestras casas diciendo «El nabab vuelve a su hogar, el aldeano a su aldea y el pobre a su ratonera», con la esperanza de volver a reunirnos el verano siguiente. Mi padre y mi abuela tenían un hogar, aunque fuese un simple acuartelamiento; en cuanto a mí, a falta de una ratonera, regresaba al internado durante todo el invierno.

Pasé mis primeros años de liceo en soledad, sin otro amigo que Metin. Luego las cosas cambiaron y me encontré entre los mayores. Pero antes de llegar a eso, las pasé moradas. Llovían los golpes si no cedías a los caprichos de los mayores. Y siempre pedían lo imposible. Por ejemplo, si eras buen alumno, te exigían que les hicieses los deberes, y en mi caso tuve que escribir cientos de redacciones. Me echaban del campo de fútbol, donde me había costado dios y ayuda encontrar sitio saliendo de clase antes de que sonase el timbre. En el comedor me cogían mi *börek*-cigarrillo*, en el dormitorio me birlaban las zapatillas. Me robaban el dinero que ahorraba para comprar alguna golosina en la cantina. De hecho, eran sobre todo los vigilantes de internado quienes me birlaban el dinero, pero los encargados del estudio no les iban a la zaga. Reprimían cualquier intento de romper el silencio, aunque hablásemos en voz baja, como si se tratase de un acto de rebelión. Estaba prohibido tener otras lecturas que no fuesen los libros de texto. Por lo tanto, mi primera providencia fue comprar una linterna con el dinero que mi padre me enviaba. Por la noche, en el dormitorio, cuando cortaban la corriente y todos dormían, leía a la luz del foco. Y de día, durante el recreo, trataba de dormir, tumbado en un banco. Eso me valió el apodo de «Jean Valjean». Cuando me dormía, arropado en mi abrigo de segunda mano, parecía un vagabundo de París y me llamaban «El miserable». A veces también me llamaban «El hijo del capitán».

¡Vaya por Dios! ¡Y dale con los años de liceo! Estoy obsesionado con mi adolescencia. Un día tal vez hable de los libros que leía en el dormitorio bajo las sábanas, pero ese momento no ha llegado. Todavía estoy en mi vagón de tercera clase, frente a mi maleta y a mis sueños. Una vez más, me he anticipado a los acontecimientos, empiezo a perder la noción del tiempo. Como decía, nunca había visto Estambul, pero lo había soñado a menudo.

Como París. Ambas ciudades me eran familiares por mi colección de sellos. Pero, de momento, estoy sentado cerca de la ventanilla en el expreso de Anatolia que me lleva a la ciudad de mis sueños infantiles. Se ha hecho de noche y no se ve nada fuera. El tren avanza jadeando en las tinieblas. A la luz de la bombilla desnuda, las cabezas de los campesinos dormidos se balancean de un lado a otro como derviches giróvagos. Salgo al pasillo y abro la ventana. Mis ojos se llenan enseguida de carbonilla. La enorme locomotora escupe por su chimenea un espeso humo negro, los vagones se zarandean y hago esfuerzos para mantenerme de pie. Mientras las ruedas de acero giran por debajo de mí, la oscuridad, por la ventana abierta, me atrae irresistiblemente. Me tambaleo y quedo medio dormido. Finalmente amanece.

AQUELLA MAÑANA, TRAS una noche de insomnio agotadora, mientras el sol de septiembre comenzaba a brillar, en cuanto puse el pie en el andén y bajé la escalera de la estación Haydar pachá, me enamoré de Estambul. Lo primero que vi fue el mar, luego las gaviotas. La ciudad tenía los colores azul y blanco de las alfombras de las tribus nómadas. En la claridad de la mañana parecía un espejismo, un sueño borroso. Aquellos lugares, cuyos nombres entonces no conocía, quedaron grabados para siempre en mi memoria: Sarayburnu (el Cabo del Serrallo), la cúpula de Santa Sofía, los minaretes de la mezquita del sultán Ahmet, las cúpulas de otros alminares surgiendo de la niebla junto al Cuerno de Oro. La torre de Gálata, a la que todavía no le habían puesto su casco de plomo, se alzaba en el corazón de la ciudad, sin parecer, como hoy, un falo circuncidado. En medio de las siluetas borrosas de otros edificios de piedra, parecía venir de otro planeta. Las gaviotas lanzaban sus graznidos por encima del mar, los viajeros que desembarcaban de los vapores de pasaje que iban y venían entre ambas orillas corrían en todos los sentidos como hormigas a las que les hubiesen devastado su hormiguero. Había buques fondeados mar adentro, solitarios, cargados de esperanza. Sus tripulaciones habían desembarcado y se habían dispersado por el centro de la ciudad. Amarillas, rojas, verde mohoso, las lanchas de los tratantes de fruta entraban en el puerto en medio de los grandes navíos. Distinguía a lo lejos los grandes cruceros de un blanco brillante amarrados en el puerto, los edificios amontonados unos contra otros y la muchedumbre del puente de Gálata. Percibí un sonido que me era desconocido: un rugido que parecía salir de las entrañas de la tierra se mezclaba con las sirenas de los barcos. Sentí que todo mi ser se llenaba de ese rugido y que en adelante por todas partes, donde quiera que fuese, en cualquier puerto en el que echase el ancla, me acompañaría aquella ciudad que se desplegaba ante mí como una bobina de tela.

Quizá os parezca que mi descripción recuerda una postal, que este cuadro tan manido es un cliché. Es cierto, pero es perfectamente fiel y no encuentro otras palabras para evocarlo. ¡El puerto estaba tan animado, tan lleno de gente, tan vivo! Antes de mezclarme con la multitud, me quedé allí un rato, con mi maleta, que contenía la ropa y los zapatos nuevos que debía llevar en Estambul. Respiré el aire del mar con olor a algas. Me colmaba del cielo de otoño. De repente tuve la sensación de ser un extranjero. Cuando me subí al tren, nadie había agitado la mano, pero había alguien para despedirme. Aquí, en este extraordinario lugar, nadie había venido a recibirme. Siguiendo las instrucciones de mi padre, fui en barco hasta Karaköy, donde tomé el tranvía de Aksaray. Cruzando el puente, me quedé estupefacto por el bullicio que reinaba en las dos orillas y el vaivén de las gabarras mezcladas con los barcos de vapor. En Eminönü, en medio de las palomas, el tranvía emprendió la subida de una cuesta. En ocasiones pasaba por entre la muchedumbre de transeúntes, y avanzaba a sacudidas por las estrechas calles. Descendiendo de Laleli a Aksaray, volamos literalmente. Muerto de miedo, en algún momento pensé que iba a descarrilar. Cuando me apeé delante de la mezquita Yeni Valide, el corazón se me salía del pecho. Puede pareceros algo de lo más normal, pero si fueseis un adolescente recién llegado de provincias y os subieseis a un tranvía por primera vez y cruzaseis el viejo Estambul, y al descender las escaleras de la estación Haydarpasa os encontraseis de repente rodeados de barcos y gaviotas, vuestro corazón también latiría acelerado. Y Estambul correría por vuestras venas.

Hice a pie el camino de Aksaray a Yenikapi parándome en cada tienda. Pasé delante de hoteles, cafeterías, restaurantes y, rodeando el parque de atracciones, alcancé finalmente mi objetivo. Me esperaba una decepción. El recibimiento que me dispensaron los parientes que iba a visitar desde tan lejos fue como una ducha de agua fría. Su casa se encontraba en un callejón que iba a dar al mar, pero privado de la luz del sol. Era una vieja construcción de madera con una planta que remataba en voladizo. El tubo de una estufa salía por la ventana delantera, y amenazaba con desplomarse al menor soplo de viento. No había ninguna habitación para mí y, a despecho de los cautelosos consejos de mi abuela, las sábanas se encontraban en un estado de limpieza más que dudoso. Tendría que dormir en la sala de estar entre la

estufa de leña y la mesa. El responsable de velar por mí partió por la mañana temprano y me abandonó a mi suerte. Su esposa, apenas más considerada, me plantó delante un plato de comida y me dio la llave de la casa. Me sugirió que fuese a dar un paseo y almorzase un sándwich. No tenían hijos y, por tanto, disponía de todo el espacio para mí. Podría ir a su casa los fines de semana. Eran dos seres extraños. Distantes no solo conmigo, sino con todo el mundo. Vivían en su pequeño universo, tal vez el del país que se habían visto obligados a abandonar. Me recibieron como a un extraño, como si no fuese de los suyos. Yo no esperaba que me estrechasen entre sus brazos, aunque podrían haber mostrado un poquito de interés, manifestar una pizca de ternura. Su única preocupación, rayana en la obsesión, era la «expropiación». Nunca había oído esa palabra, y recuerdo que la confundí con la palabra «explosión», que mi padre repetía hasta la saciedad. En una ocasión, debido a una falsa maniobra, había estallado un obús en el cuartel, hiriendo levemente a dos hombres, y la responsabilidad de la explosión había recaído sobre mi padre. ¿Quién sería el responsable de la dichosa expropiación? ¡Por supuesto, Adnan Menderes, el primer ministro! ¿Quién si no? Estaban abriendo dos avenidas extramuros, una partía de la puerta de Topkapi y la otra de Edirnekopi; habían empezado a demoler y, en consecuencia, a expropiar. Era, de hecho, una especie de explosión: las viejas casas eran destruidas, no una a una, sino todas a la vez, y al gobierno le importaban un bledo las lágrimas derramadas por la gente. Los especuladores hacían su agosto comprando los terrenos a bajo precio. Se estaba vendiendo la vieja Estambul, y en su lugar se construían grandes edificios, como en Ankara. Se les pagaba a los pobres una indemnización irrisoria y se les ponía de patitas en la calle.

Mis huéspedes maldecían a Menderes de la mañana a la noche, convencidos, erróneamente, de que la «expropiación» llegaría a Yenikapi. Después de abrir las avenidas de la Patria y de la Nación, el tráfico se hizo más fluido, imponentes coches americanos comenzaron a circular por las grandes arterias. Pero el barrio de mis cotutores se mantuvo como era. No se tocaron sus fangosas callejuelas. Recuerdo con tristeza y una pizca de ira el callejón con sus casas de madera que nunca veían el sol, y desde el cual se percibían las ruinas de las murallas de Bizancio, la vía del tren y un trocito del mar de Mármara. Los fines de semana, cuando me hartaba de dar vueltas

por Beyoğlu o de recorrer arriba y abajo la calle İstiklal, a veces —muy raramente de hecho— me daba por ir a pasear a Yenikapi o a tomar algo con los compañeros de clase en una tasca del muelle observando los barcos anclados mar adentro y la isla Yassiada, o por alquilar un barco para ir a pescar. Pero jamás volví a poner un pie en casa de mis tutores ni en el barrio de aquellos dos viejos egoístas, y, si no fuera por el respeto que debo a mi abuela, me gustaría decir: «Cerdo emigrado / tienes el culo pelado». Su casa, salvada de la expropiación, habrá caído bajo la piqueta hace tiempo y probablemente, sustituido por un feo edificio con mosaicos. Y este, a su vez, lo habrán demolido con ocasión de las excavaciones arqueológicas del barrio. El lugar en el que se hallaba la primera casa de Estambul que visité, si no está completamente desierto, está probablemente agujereado por las excavadoras o sembrado de grúas. Veo en la televisión que una gran parte de la zona ha sido cerrada. Esta vez es para conectar el Cabo del Serrallo con Üsküdar mediante un túnel subterráneo, y las excavadoras han transformado el suelo en una topinera. Al excavar, ha salido a la luz un antiguo puerto que se remonta a Bizancio y el gobierno ha intervenido. Algunos aprovecharon la oportunidad para poner en la picota al primer ministro, pero este, imperturbable, como antaño Menderes, prosigue su camino diciendo: «Al que no quiera *pilav*, que se le rompa la cuchara». No le gusta ser criticado, pero al mismo tiempo hace caso omiso de las advertencias. Es, como Alá, omnipresente y omnisciente. Y eso, os lo aseguro, no funciona.

Os estoy oyendo protestar contra estas digresiones: «Vete al grano, cuenta tu historia». Lo haré, un poco de paciencia. Pero antes, dejad que me desahogue y les diga cuatro frescas a los que han dejado Estambul hecho unos zorros. Supongo que objetaréis: «Puedes darte el gusto de criticar al primer ministro y la acción del poder, pero no sirve de nada, tienes un pie en la tumba y pronto vas a morir». Precisamente. Como me voy a morir pronto, no estoy en condiciones de hacer daño a nadie. Además, antes o después a todo el mundo le llega su hora. Incluso Solimán el Magnífico tuvo que dejar este mundo. Se puede morir con las botas puestas o ahorcado como Menderes. Pero no vayáis a pensar que porque tenga un pie en la tumba me voy a quedar aquí parado en silencio, con aire contrito, la cabeza baja y el rabo entre las piernas, como decía Firlama. Yo, que soy duro de mollera y no

soporto lo que está sucediendo, desapruero la evolución de mi país. Mi padre, Hasan Pies planos, tampoco estaba satisfecho. Se trasladó a Ankara, no cejó en su empeño y, no contento con revolucionar una gran nación, se ganó el apodo de Hasan el Verdugo tras colgar de un nudo corredizo a tres hombres de Estado, uno de ellos primer ministro. Ya ni siquiera tengo fuerzas para levantarme e ir a hacerme una taza de café. Así que, por favor, dejadme hablar. Las palabras nunca han matado a nadie, y si hago daño a alguien es a mí mismo. Dicen que el vinagre corroe el recipiente que lo contiene, y es verdad. No me queda mucho tiempo, así que dejad que me ocupe un poco de este primer ministro, en vista de que todo el mundo se calla como los ruseñores atiborrados de moras. Es el rey de las excavaciones, un as de la piqueta y la mangoleta. No soy su única víctima, afecta a todos los ciudadanos, pero me irrita, es superior a mí. Todo me molesta en él, empezando por sus modales, su «lenguaje corporal», como se dice ahora. Y a vosotros, ¿no os pone de los nervios? Con sus aires de sabelotodo, su arrogancia, esa confianza en sí mismo tan fuera de lugar; ese modo de fingir que improvisa sus discursos en la televisión mientras lee un texto que se desplaza lentamente delante de sus ojos; esos aires de ir sobrado como si todas esas grandes palabras fuesen de su cosecha, y esas expresiones tan cargantes al principio y en medio de sus frases, como «no sé a qué nivel» o «el proceso está en marcha». Sí, todo eso me cabrea. ¿A vosotros no? Pero bueno, dejémoslo estar, o acabaré por perder el hilo de mi historia. Por supuesto, no es el hilo al extremo del cual se balanceó Menderes, ni la cuerda de Alá en la cual, según otro primer ministro, «todos debemos enrollarnos». Se trata, claro, del hilo de mi historia, que se ata y se desata. Me expreso no como alguien que se ha librado de la soga y de la picota, sino como periodista y viejo ciudadano. A pesar de lo que digáis, este hilo parece el hilo de Ariadna. Y no se os ocurra decirme: «¿Quién es esa?».

No tenéis más que buscarla. Con Ariadna, no sé, pero estoy seguro de que el final de mi historia está relacionado con este hilo.

Así que sed comprensivos y, en bien de todos —¡uf!, ya se me ha pegado el estilo del primer ministro—, dejad que os diga esto: tan pronto como un político empieza a ser autoritario, cae en el absolutismo. Quiere ser el perejil de todas las salsas, estar en todas partes, mostrarse a todos, meterse en todo.

Y, por supuesto, enterarse de todo. He constatado que nuestro primer ministro está imponiendo esto en nuestro país, en nuestra «paradisíaca patria», como decía mi padre. Como antiguo periodista, observo que la primera noticia de los informativos da cuenta de su último discurso; la segunda, informa a la opinión pública, es decir, a todos nosotros, de lo que piensa sobre tal o cual tema, y es él, siempre él, el objeto de la tercera información. Este hombre lo sabe todo, decreta, por ejemplo, que tal estatua es bella, que tal otra es horrenda y debe ser destruida. Aconseja sobre lo que debemos comer y beber y hasta nos prescribe no comer pan blanco, porque el pan integral es mejor para la salud. Y va más lejos. Resentido por no haber estudiado, se venga humillando a los intelectuales. En las mesas redondas a las que asistí en calidad de periodista, hacía su propio panegírico y menospreciaba a los diplomáticos, que es gente mucho más culta que él, dirigiéndose a ellos con un condescendiente «querido». Cree tener la competencia necesaria para criticar desde las obras de teatro hasta la política internacional. Y nos impone su opinión sobre el aborto y la ruptura del ayuno.

Un poeta cuyo nombre he olvidado —¡ah!, olvido cada vez más el nombre de la gente, ¿va a seguir siendo así hasta que me muera?—, hablando de Stalin, escribió que tenían su bigote hasta en la sopa. Todos los santos días, el bigote de almendra y las palabras de nuestro primer ministro ocupan nuestras pantallas de televisión. Pero como no es suficiente para él, ahora la ha tomado con las mujeres. Pretende tener derecho sobre sus cuerpos. Se arroga el derecho de decidir sobre la interrupción del embarazo. Pone en solfa los derechos adquiridos. No es la mujer quien ha de disponer de su cuerpo, es un asunto de la autoridad política, y es a esta a quien corresponde toda decisión.

Después del golpe de Estado del 12 de septiembre de 1980, los cinco miembros del Consejo Nacional de Seguridad decidieron recorrer las ciudades y pueblos de nuestro país, y el general Evren adquirió el hábito de pronunciar sus discursos desde lo alto del balcón del gobierno civil, como quien hace su gimnasia diaria. Dado que aquellos cinco siempre aparecían juntos, el pueblo los apodó «los cinco inseparables». Ellos, por lo menos, trabajaban en equipo, pero ¿qué decir de nuestro primer ministro? Hemos entrado en la era del «omnipresente» en la que el conservadurismo se

considera una virtud, mientras que el pensamiento crítico se menosprecia, cuando no se prohíbe. Confiemos en que los comentarios que me permito verter aquí no sean, un día, prohibidos a su vez. Me diréis que se trata de una simple grabación, pero nada impide que llegue a ser un libro. El 28 de abril de 1960 recorrimos las calles recitando: «¿Cómo es posible? / ¿Hermano contra hermano? / ¡Malditos seáis, dictadores! / ¡El mundo nunca será vuestro!». El 28 de abril, antes del golpe de Estado, en la Plaza Beyazit, rendimos homenaje a los héroes de nuestra primera revolución. Bueno, por fin, después de tanta digresión he llegado al meollo de la cuestión. Los días de mayo de ese mismo año, cuando mi padre tomó el poder, forman parte de mi historia. Os lo contaré enseguida, pero ahora acabo de desembarcar en Estambul, el estado de sitio y el golpe de Estado aún están lejos; de momento, solo es cuestión de expropiaciones. Antes de ir a encerrarme entre las paredes del liceo, me empapo de Estambul, recorro la ciudad en todas las direcciones.

Antes de ser enclaustrado un año entero, a semejanza de las excavadoras que ponen Yenikapi patas arriba, exploré todos los rincones de Estambul. Quería verlo todo. Yo no era como aquel poeta obeso que termina sus días en el Hotel del Parque, en una habitación próxima a la *suite* de Menderes, desde donde se domina la ciudad. Quería descubrirlo por mí mismo, atesorar en mí todo lo que ahora comparto con vosotros.

Tenía en el bolsillo la lista de lugares para visitar, que mi padre había elaborado para mí. Siguiendo sus recomendaciones, pasé bajo el acueducto de Bozdoğan y sobre el puente de Gálata. Como es de rigor, di de comer a las palomas de Eminönü y limosna a los mendigos de Eyüp Sultán. Subí a la cima de la torre de Gálata para contemplar el panorama que se extendía a mis pies. Luego visité la torre de Leandro. Fui en el funicular de Karaköy a Beyoğlu. En Cihangir, sin ayuda de nadie encontré la calle Sormagir, la calle «Entra sin preguntar». Pero evité la calle Abanoz. Por primera vez en mi vida, bebí *boza** en Vefa y tamarindo en Taksim. Comí un yogur en Kanlica, un helado en Hacibekir y un arroz con leche en El Tabernero de Palacio. En la lista de cosas que no me podía perder, también había salchichas y sándwiches. Cumplí al pie de la letra todas las instrucciones que mi padre me había prescrito con un guiño travieso antes de soltar su estruendosa carcajada.

Podría haber objetado con el famoso chiste del lobo al que se le pregunta por qué su pelo es tan espeso. Cuando te imaginas que va a responder con una frase banal como «porque me lo arreglo yo mismo», responde «porque nadie puede tomarle el pelo impunemente a la bestia». Preferí no objetar nada. Cumplí todas las instrucciones, desde pelar la salchicha hasta comer el sándwich de salchichón sin calentarlo. No me arriesgué a olvidarlas. Tenía la sensación de cumplir un rito sagrado. Estaba obligado a visitar Estambul según rígidos principios, como un subordinado que obedece órdenes superiores. Sin embargo, desobedecí ciertas órdenes. Volví sobre mis pasos al entrar en la calle Abanoz. Después de haber saboreado una cerveza argentina en el pasaje de las Flores y dado una generosa propina al camarero, fui a la mezquita de Hüseyin Aga a rezar una oración por el alma de mi madre. Mi dinero se acabó rápidamente. Mi pretendido cotutor, no contento con el mal recibimiento, no me dio un céntimo. Por fin, llegado el día señalado, me puse la chaqueta, el pantalón, la corbata, los zapatos de charol y un pañuelo blanco en el bolsillo y, con mi maleta de madera en la mano, me fui por mi cuenta al liceo como si fuese a ingresar en el cuartel.

EN EL CENTRO del barrio que lleva su nombre, el liceo de Galatasaray ocupaba un amplio espacio, con su enorme portalón siempre cerrado y los bustos, los pequeños estanques y los plátanos de su jardín rodeados de una verja verde. Estaba situado en la diagonal de la calle Istiklal y la Embajada de Gran Bretaña, justo frente a los bares del pasaje que lleva la inscripción «Ciudad de Péra» y Correos. Su fundación data de más de un siglo; si hubiera sido más reciente, no habría sido construido en el corazón de Beyoğlu, sino lejos del centro de la ciudad, en una colina con vistas al Bósforo. Se le dio el nombre del barrio, pero como sus alumnos eran los hijos varones de las elites otomanas, incluidas las minorías, se le llamaba también «Escuela del Sultán». Era un gran edificio de dos pisos pintado de amarillo, dotado de tres alas. Cuando se entraba en el jardín por la puerta lateral, se veía, detrás de la cancha de voleibol, el Castillo, que albergaba las aulas de comercio. La denominación de «el Castillo» debería haberse reservado para el edificio principal, pero al final se le había dado a este edificio antiestético en cuyo bajo se hallaba la enfermería, donde Saban el Oso, con la levedad de una mariposa, administraba inyecciones, tan espantosas como su gigantesco cuerpo, a todo individuo, enfermo o sano, que cayese en sus manos. Este castillo no era tan inaccesible como el de Kafka. Servía de refugio a los alumnos menos dotados o a los que tenían la vocación del comercio. Las aulas estaban depauperadas, y los pupitres, desvencijados. El cierre de esta sección había sido decretado tiempo atrás, pero estaban a la espera de que cinco o seis estudiantes de último curso se graduasen. Estos repetidores empedernidos, vástagos de familias notables de Anatolia, habían alcanzado una edad respetable. Se tumbaban a la bartola en su Castillo y lo que menos les preocupaba era aprobar los exámenes. Tenían todos algún chanchullo en la ciudad, explotando una tienda o un café. Con el dinero que ganaban en el juego, compraban boletos de las apuestas deportivas y, cuando acumulaban

pérdidas, sus familias se encargaban de sacarlos de apuros. Apenas se interesaban por los estudios, pero no les faltaba de nada. Disfrutaban del estatus de internos y, con el dinero que les enviaban de casa y el que ganaban en la ciudad, la «vida de castillo» les venía como anillo al dedo. De vez en cuando asistían a clase, pero su verdadero campo de actividad estaba en otra parte. Por ejemplo, el chantaje a los estudiantes más jóvenes. Su cabecilla era Ihsan el Oso.

Ihsan era sobrino de uno de aquellos bandoleros, cada vez menos numerosos, que asaltaban los caminos del este del país. Se decía que siempre llevaba un revólver al cinto. Nunca vi el famoso revólver, pero vi a menudo a Ihsan armado con un cuchillo de grandes dimensiones robado en la cocina, pelando una manzana en el dormitorio o patatas cocidas en el comedor. Estaba en el último curso de comercio, pero no se comportaba como un estudiante. Era un hombre de pelo en pecho, un gigantón moreno y bigotudo. Todos le teníamos miedo y cumplíamos sus órdenes sin rechistar. Por la noche, a los buenos estudiantes nos sometía a todo tipo de crujiás, como hacerle los deberes, darle un cigarrillo o lustrar sus zapatos. A menudo recurría a los servicios de un muchacho nacido en Çarşamba, cuyo apodo, Seyhan, evocaba un río que desemboca en el mar Mediterráneo. Le pedía que imitase a nuestros profesores y a nuestros políticos. Estoy convencido de que, no contento con extorsionar a los estudiantes, desplumaba al personal. Todo el mundo temía a aquel «veterano» que aterrorizaba incluso a sus compañeros. Se alojaba en el Castillo, donde compartía la guarida de otro oso, el enfermero Saban. Muy metido en su papel de bravucón, se vestía con mucha elegancia y calzaba, tanto en verano como en invierno, zapatos de charol con taloneras. Llevaba chaleco sobre su camisa blanca almidonada, pantalón a rayas de color oscuro con pliegue impecable y chaqueta a juego, y nunca faltaba un pañuelo rojo en su bolsillo superior. Dicho aditamento casi causa su perdición. Su aspecto y su porte llamaban la atención, y lo tomaron por un comunista. Fue expulsado temporalmente del liceo. A su regreso, ya no era el mismo. El antiguo Ihsan había desaparecido y el nuevo era cortés con todo el mundo, amable con los pequeños y respetuoso con los mayores. No entendíamos tan misterioso cambio, y todavía hoy sigo preguntándomelo sin encontrar respuesta. Ni que decir tiene que volví a ver a Ihsan el Oso. Si

no hubiera sido así, no ocuparía tanto espacio en mi historia. Volveremos a ello, pero de momento no he terminado con el Castillo.

A su costado, por encima de los altos muros se veían los horribles edificios alineados en la calle que lleva al hammam de Galatasaray. Algunos eran burdeles, y por la noche las chicas increpaban a los estudiantes desde las ventanas. Según procediesen de la Anatolia profunda o de una gran ciudad, les respondían «Apóyate en la ventana / ¡Ya verás cómo cede!» o «¿A qué hora abris?». Justo enfrente del Castillo se alzaba el muro del patio grande, donde solo los estudiantes de último curso estaban autorizados a fumar. Este espacio, con sus postes hinchados por la lluvia, servía de campo de fútbol. En el patio pequeño, delimitado por el edificio principal, estaban colgados los tableros de baloncesto con las redes rotas y la pintura desconchada. Detrás había un jardín escondido, un auténtico jardín de palacio. En tiempos de Bayaceto II, el legendario derviche Gül babá, retirado allí, había plantado rosas amarillas y rojas. Su monumento de mármol blanco tenía un estanque donde nuestra sorpresa era mayúscula al descubrir una sirena. Nenúfares, flores, árboles y pájaros, concertados en tierna sinfonía, parecían declarar su amor a la coqueta Estambul, que se desplegaba desde las olas azules del Bósforo hasta las cúpulas de plomo de la Mezquita de Solimán. Solo los profesores y los estudiantes de último curso podían ir allí. El edificio del personal se ubicaba detrás del destinado a las cocinas. Desde la calle, no había acceso al jardín trasero, porque al otro lado de las rejas se abría un auténtico abismo. El dédalo de estrechas callejuelas que descendían hacia Tophane se desplegaba abajo, donde se podían ver los tejados de ladrillo rojo, las terrazas y las casas inclinadas. El jardín y los patios laterales también estaban rodeados de altos muros. La Escuela del Sultán era un auténtico cuartel. Por cierto, cuando el sultán Abdülaziz, después de su viaje a Francia, decidió su construcción, los periódicos habían escrito: «Si se edificó en el corazón de Beyoğlu, es decir, en el mismísimo nido de las diversiones y la prostitución, es aparentemente para que los jóvenes acepten mortificarse y privarse de las alegrías y los placeres de la ciudad».

El primer día, nos reunieron en el jardín delantero y cantamos la *Marcha de la Independencia* a la espera del discurso del director. Era un hombrecillo afable que hizo un discurso agrio, donde las palabras «disciplina», «moral» y

«trabajo» se repetían machaconamente. En consecuencia, llegamos a nuestras aulas llorando. Yo entraba en la clase denominada «Preparatoria», donde se enseñaba una lengua extranjera, francés en este caso. El director terminó su discurso con estas palabras: «Oh pueblo, enjuga tus lágrimas / Hemos logrado nuestro objetivo». La mayoría de mis compañeros lloraban, pero yo me contuve, porque «los hombres no lloran». Yo tenía la condición de «becario». Había unos cuantos pelagatos condenados a pasar los fines de semana en la escuela. Eran ellos, sobre todo, los que lloraban sin consuelo. Pero yo me tragué mis lágrimas. Y además ¿por qué iba a llorar? Mi madre estaba muerta y a mi padre que le diesen. Ambos se hallaban muy lejos. Mi madre, tal vez, un poco más cerca, porque la llevaba en mi corazón. Aunque fuesen internos, la mayoría de mis compañeros de clase tenían cotutores o parientes cercanos. Yo no tenía a nadie. Pensé un momento en Elif, luego me perdí entre la multitud de estudiantes.

* * *

ME VEO DE NUEVO durante la primera clase, repitiendo mi primera palabra en francés, «le livre», una palabra fácil de pronunciar. Sin embargo, la pronunciación no coincidía con lo que estaba escrito en la pizarra. Pasaba lo mismo con «la table». Además, una de esas palabras era masculina y la otra femenina. Nosotros no tenemos este género absurdo en nuestra hermosa lengua turca, que no adjudica sexo a los objetos. Luego, la cosa se complicaba. Se escribía «l'eau» en la pizarra, pero se pronunciaba «lo», como la palabra que se escribía «lot». Y el profesor de francés, con su perilla y sus ojos azules, no parecía dispuesto a resolver este rompecabezas. Siguió escribiendo: «Qu'est-ce que c'est?». Había un abismo entre la forma de escribir las palabras y su pronunciación. Yo me desesperaba. El Sr. Topaze preguntó a cada alumno: «Keskesé?». El alumno interrogado respondía «lelivr» o «latabl», lo felicitaba y se sentaba de nuevo. Cuando llegó mi turno y el profesor me preguntó «¿Keskesé?», mi compañero de pupitre me sopló «Seulmonculesé». Confundido y sin saber qué decir, me reí sin querer y me pusieron un cero. Así es como conocí a Metin.

No sé qué habrá sido del Sr. Topaze. Como el personaje de Pagnol, era un

profesor ingenuo y amable. Durante un año, concienzudamente, sin brusquedad, nos inició en la lengua francesa. Nunca he vuelto a verlo. No pronunciaba la ese del plural, como el personaje de Pagnol, cuando nos dictaba, pero era muy riguroso con las reglas de la gramática. Por desgracia, en francés, las reglas siempre tienen excepciones. Sudaba tinta china para recordarlas. Pero gracias a la paciencia de Mr. Topaze me encantaba la lengua francesa, y esto me resultó muy útil más tarde, no solo durante mi estancia en París, sino también en mis viajes por el mundo como reportero.

Nuestra aula, como los comedores, estaba en la planta baja. En la primera se hallaban las clases de los mayores, los laboratorios, los despachos del director y sus ayudantes y una sala de conferencias siempre cerrada. Los dormitorios se situaban en la segunda. Durante los ocho años que pasé en el liceo, no crucé el umbral de la sala de conferencias. No pude entrar en ella hasta muchos años más tarde, en compañía del general de Gaulle, llegado en visita oficial con motivo del centenario de la fundación de la Escuela del Sultán. Yo había acompañado desde París a la delegación francesa para presentar en la televisión la visita a Turquía del presidente de la República. La Unión Europea no existía aún; la Comunidad Económica Europea, que tenía solo seis miembros, estaba constituyéndose. Aquella visita venía a reforzar el amor de Turquía por Europa y, bajo el liderazgo de De Gaulle, empezamos a considerarnos europeos. Este amor ha seguido vivo, pero me da la impresión de que, después de una interminable candidatura, hemos dado carpetazo. Siempre tenemos un ministro responsable de la Unión Europea, pero no sirve para gran cosa. Habiendo entendido ya en aquel entonces que nunca seríamos miembro de pleno derecho, publiqué esta información medio en serio medio en broma: «Con ocasión de su visita a la Escuela del Sultán, que enseña francés desde hace cien años, el presidente de la República ha enviado un mensaje muy importante. A pesar de que Turquía aún no ha entrado en la Comunidad Europea, la escuela ya forma parte de ella». ¡Hay que ver qué visión de futuro la mía dando mi punto de vista personal sobre un tema tan candente! Estos días, uno de nuestros políticos, cualquiera, qué más da, acaba de declarar: «¿Por qué íbamos a integrarnos en Europa? Se trata más bien de que Europa se integre en Turquía».

Los dos enormes batientes de hierro de la puerta principal de la escuela se

abrieron por primera vez en honor al general de Gaulle, que llegó en un coche oficial descubierto en compañía de Ihsan Sabri Çağlayangil, nuestro ministro de Asuntos Exteriores. Yo estaba junto al general cuando recorrió el largo y oscuro pasillo que lleva a la sala de conferencias. De repente se detuvo y su comitiva hizo lo mismo. Inclinando su alta figura, miró por el ventanal de una clase. Yo miré también. En la pizarra, alguien había escrito «Ibne de Gaulle», «De Gaulle, maricón». Todavía me pregunto qué colegial malhablado había tenido el atrevimiento de escribir aquello. El general preguntó al intérprete qué significaba. El otro, desconcertado, finalmente dijo que significaba «Viva de Gaulle», convencido de haber salido del paso. Pero, después de una alocución interrumpida por varias salvas de aplausos, De Gaulle, que solía cerrar sus discursos en el extranjero con una o dos frases en el idioma local, terminó con estas palabras: *Ibne Galatasaray*, «Galatasaray, maricón». La concurrencia se quedó atónita. No me queda más que decir «Viva Galatasaray» y volver a mi primer día de clase.

La primera noche ordenamos cuadernos, libros, lápices y gomas de borrar en el cajón de nuestros pupitres; luego subimos al dormitorio. Una vez que hube apilado en una taquilla con candado mi ropa interior, la de calle y mis objetos de higiene personal, me atenazaron de nuevo la angustia y el desamparo que había sentido una semana antes en la escalera de la estación de Haydarpachá. Tenía ganas de llorar, pero, una vez más, me tragué mis lágrimas. Por la ventana se podía ver el estanque y los plátanos del jardín trasero. Al igual que los nenúfares que cubrían por completo el estanque, los pechos de la sirena parecían inaccesibles. Más allá de las rejas del jardín parpadeaban las luces de Estambul. A la entrada del Bósforo descollaba la torre de Leandro. Con todas las luces encendidas, un buque enorme como una ciudad salía a alta mar. Al otro lado del Cuerno de Oro, el palacio de Topkapi surgía de las tinieblas con sus torreones y cúpulas. De repente me sentí muy triste por estar condenado a ver de lejos todas aquellas maravillas sin poder acercarme a ellas. En el dormitorio, cada uno se encontró consigo mismo. Cuando el vigilante se retiró a su cuartucho y apagó la luz, no nos quedamos a oscuras. La luz azulada de un piloto en forma de sandía se derramaba desde lo alto del techo sobre las camas y daba a los estudiantes que trataban de dormir la apariencia de cadáveres envueltos en mortajas. Enterré la cabeza

bajo la manta, me acurruqué y di rienda suelta a mis sollozos. Pero no pude impedir que mi vecino —cuyo apodo de Firlama «el Luchador» y sus bromas absurdas nunca olvidaré— se dirigiese a mí. Se levantó, se acercó a mi cama y me dio una palmada en el hombro diciendo: «¿Qué pasa, hombre? ¿Tus barcos se han hundido en el mar Negro?». Ya os he hablado de Firlama. Por una vez, se abstuvo de lanzar su andanada de exabruptos y se limitó a mostrar compasión.

* * *

LOS ESTUDIOS EN Galatasaray duraban ocho años. De los cuarenta estudiantes que ingresaron conmigo en la Preparatoria, solo tres accedieron sin tropiezos al último curso. Los demás repitieron o continuaron sus estudios en otros centros. O dejaron el liceo durante el curso académico. Esto significa que la Escuela del Sultán no era fácil. Sin embargo, a veces nos divertíamos. Tan pronto como el vigilante se daba la vuelta, empezaban, en clase, los lanzamientos de cojines; en el dormitorio, las batallas de almohadas; en el baño, los azotes en el culo, y en el patio de los mayores, los concursos de pedos, los cigarrillos, las retahílas de tacos y las historias morbosas. Fui uno de los tres estudiantes que llegaron sin tropiezos al curso superior. Los otros dos eran Metin, mi compañero de pupitre, y Teşrifatçı, «el Jefe de Protocolo», que más tarde se mostró digno de su apodo haciendo una carrera diplomática: representó a nuestro país en diversas instituciones internacionales. Le pusimos ese apodo porque caminaba por el pasillo al encuentro del profesor, al que acompañaba luego deshaciéndose en halagos hasta la puerta de clase.

Fui amigo de Metin desde el primer día; hacíamos buenas migas. El Omnisciente, nuestro profesor de historia, dijo que éramos «como Solimán e Ibrahim»; el vigilante del internado, que estudiaba biología en la Universidad de Estambul, tal vez por deformación profesional, prefería decir que éramos «como uña y carne».

No fue el Omnisciente quien me enseñó que la amistad entre el sultán Solimán el Magnífico e Ibrahim Pachá terminó como el rosario de la aurora. Lo sé porque, como todo el mundo, he visto la serie de televisión *El siglo del*

Magnífico. Antes de convertirse en «El Magnífico», como se dice en Francia, o «El Legislador», como lo llamamos los turcos, el joven heredero al trono tenía un amigo de origen griego procedente del *devsirme*, el famoso «impuesto de sangre». Se volvieron inseparables. Si uno sufría de dolor de muelas, el otro guardaba cama. Comían juntos, en ocasiones dormían en la misma cama, tenían los mismos problemas, las mismas pasiones, las mismas opiniones y a veces compartían las mismas mujeres. Como si eso no fuera suficiente, se convirtieron en suegro y yerno. Pero un día una joven esclava que Ibrahim había presentado a Solimán se interpuso entre ellos y arruinó todo con sus intrigas. Se llamaba Hürrem, tenía el pelo rojo, la mirada asesina y era tremendamente atractiva. Cameló al sultán, luego se metió en su cama y allí se quedó. Se decía que había hechizado al gran Solimán. Tuvo con él dos hijos e hizo estrangular a los que el sultán había tenido con las otras esposas. A continuación fue el turno de Ibrahim. Ocurrió algo parecido a lo de la mujer que se introdujo entre Metin y yo, esa mujer de pelo corto, tez dorada y labios carnosos cuyo recuerdo me atormenta todavía. Por orden de Solimán, su mejor amigo, su protector, Ibrahim pachá, abandonando este mundo, se convirtió en Ibrahim «el Asesinado». No es bueno cambiar de alias, trae mala suerte. Y este fue el caso de Ibrahim.

«No dramaticemos, muchachos, decía el Omnisciente. Solo depende de un punto de más o de menos. Sí, habéis oído bien, todo depende de un punto o de una palabra, como en la tragedia de Shakespeare: *to be or not to be*». Por mucho que sacase a Shakespeare a la palestra, nosotros no entendíamos ni jota. Firlama intervino y, mientras el alma de Ibrahim volaba, hizo a quemarropa la pregunta clave: «Entonces ¿cuál es ese punto, señor? ¿Qué quiere usted decir?». El Omnisciente, que parecía esperar esta pregunta, respondió seguro de sí, con aires de suficiencia: «Vosotros no podéis entenderlo, como es lógico. No conocéis el antiguo alfabeto. No es culpa vuestra que haya desaparecido del programa».

El dichoso punto fue un misterio durante mucho tiempo, pero tengo que admitir que no hice grandes esfuerzos por aclararlo. Ibrahim estaba muerto, Hürrem se había hecho dueña y señora del lugar, el resto me importaba un bledo. Pero el caso es que nuestro primer ministro, que con sus aires de superioridad me recuerda al Omnisciente, termina sus frases diciendo: «Ese

punto, ese punto está por dilucidar, no sé hasta qué punto». Siembra la confusión, y no pude aguantarlo más. Como el Omnisciente llevaba mucho tiempo muerto, decidí consultar a otro especialista. Y así fue como aprendí que en el antiguo alfabeto la letra *b* se representa por medio de un trazo horizontal con un punto debajo, mientras que la letra *t* es como la anterior, pero con dos puntos encima. Por lo tanto, Ibrahim pasó del estatus de protegido, *makbul*, al de asesinado, *maktul*.

Metin y yo éramos casi como hermanos y, además, nos complementábamos: él descendía de los tártaros de Crimea mientras que yo procedía de Rumelia. Sus ojos eran rasgados; los míos, de color gris azulado. Él se parecía a su padre, yo a los parientes de mi madre. Él era bueno en ciencias, yo en lengua. Por desgracia, nuestra armonía fue rota por una mujer que se deslizó entre nosotros como Hürrem entre Ibrahim y Solimán. Sé que os estáis preguntando quién era esa mujer. Tranquilos. Os responderé, por supuesto, pues no tengo ninguna intención de poner a prueba vuestra paciencia y hacer que os muráis de curiosidad como el pachá que hizo estallar una piedra cagándole encima. Confiad en mí, pero no hay prisa, tenemos tiempo, aún no estoy muerto. Y como nuestro primer ministro repite todos los días en todos los canales de televisión: «¡No hay que pararse, hay que avanzar!».

Al igual que casi todos los alumnos, Metin tenía un apodo: le llamábamos Cimbiz, es decir, «Pinza de depilar». Pero en el último curso cambió su alias, como Ibrahim, y no volvió a ser el mismo. Se le veía pálido y enfermizo. Todo en él era menudo y un poco torcido: las manos, los brazos, las piernas, arqueadas como las de nuestros antepasados, que se pasaban la vida a caballo, las cejas, todo. Daba la impresión de que si le soplábamos encima se echaría a volar, de que se rompería al menor contacto. Pero bajo su aspecto frágil se ocultaba una auténtica fortaleza y voluntad de hierro. Era un tragaldabas, el más glotón de todos nosotros. Pese a ser hijo único de padres ricos, no tenía nada de niño mimado. Engullía casi sin respirar las alubias y el *pilav*, y después de tragar hasta la última cucharada de su compota, se iba a la cantina a zamparse dos rebanadas de pan con queso y un *ayran**. Todo ello sin engordar un gramo. Siempre llevaba en el bolsillo chocolate y barquillos. Cuando llegamos al último curso, ocurrió algo inesperado: un gato negro se

deslizó entre la Pinza de depilar y yo. Fue en la época en que cambió de alias. Sabiendo que después del golpe de Estado su padre había sido encarcelado en Yassiada, un día, presa de una desafortunada inspiración, el Omnisciente le espetó: «¡Sé valiente, mi pequeño Metin! El Señor te devolverá pronto a tu padre». Como *metin* en turco significa «valiente», la clase, en lugar de compadecerse de su desgracia, fue implacable y lo bautizó con un nuevo apodo, «Metin Metin». Y Metin el Valiente le quedó.

Me parece estar viéndolo, menudo, vestido, como de costumbre, con elegancia. Lleva un pantalón negro acampanado «a la española», que planchaba por la noche colocándolo bajo del colchón, y una chaqueta verde pistacho. En el bolsillo superior de su chaqueta se abre, como una blanca flor de nenúfar, el pañuelo que su madre le había dado para enjugar el sudor de las manos o la cara si fuera necesario. Los cabellos peinados hacia atrás con brillantina. Con sus finas cejas, sus ojos almendrados, su boca entreabierta y su barbilla puntiaguda, se parece a los dignatarios representados en las miniaturas otomanas. No vayáis a pensar nada raro. Éramos amigos, casi como hermanos, cuando su madre nos tomó a los dos bajo su manto, pero no había nada más. Respecto a Solimán e Ibrahim, soy incapaz de deciros hasta dónde había llegado su relación. El Omnisciente sin duda lo sabía, pero yo nunca se lo pregunté. Aclarado esto, cuando pienso en Metin, no lo veo solamente como un dandi. Todavía oigo cómo me sopla su respuesta traidora a la pregunta «Keskesé» del Sr. Topaze: «Seulmonculesé». También lo veo en el dormitorio, comisqueando sus chocolatinas antes de dormir, o conversando en el recreo, discutiendo sus notas con los profesores. Incluso jugando al baloncesto: hace girar el balón entre sus manos como una peonza, da un salto y lanza a canasta en suspensión. A veces, durante el estudio de la tarde, escribía una carta a su padre encarcelado en Yassiada. Y por supuesto, muy a mi pesar, vuelvo a ver a su madre. Abraza a su único hijo como si quisiera ahogarlo; luego, proyectando una sombra sobre mi relación con Metin, me toma también en sus brazos, me arranca del sillón de terciopelo del salón y me arrastra a su dormitorio. Yo estaba incómodo, pero feliz. Mi lengua se une a la suya entre sus labios carnosos y pierdo la cabeza, embriagado por su perfume. ¿Quién sabe si su marido volvería de Yassiada, si alguna vez harían de nuevo el amor? ¿Es esa angustia, esa desesperación,

lo que la empuja a abrazarme con tanta fuerza susurrándome al oído: «¡Quédate en mí!»? Su voz se parece a la de Metin, salvo el tono bromista. Yo no entiendo lo que quiere decir «¡Quédate en mí!». ¿Teme que la deje, o quiere únicamente que me quede dentro de ella, sin desfallecer, sin parar nunca? Ya os lo había dicho, comparto mi vida con los muertos, oigo voces, murmullos, quejas. ¿Es un hombre que exhala su último suspiro, colgado del extremo de una cuerda, o una mujer que, debajo de mí, gime de placer?

La primera vez que vi a la madre de Metin, estábamos en sexto de Preparatoria. Las clases habían empezado hacía menos de una semana. Fue durante el estudio. Metin se enfrascó en la conjugación de los verbos franceses y yo en las reglas de la gramática. Al levantar la cabeza, vi en la ventana la cabeza de una mujer rubia. Llevaba el pelo a lo *garçon*, que era la última moda. Yo veía desde mi asiento el centelleo de sus finos pendientes. Nuestras miradas se cruzaron. Sus ojos azules brillaban, y entre sus labios rojos y sensuales se veían sus dientes de un blanco resplandeciente. Su frente era amplia; su nariz, larga y fina, ligeramente aguileña. Me hizo un gesto de silencio y miró un momento a Metin. Luego se dirigió a la puerta de clase, llamó, entró y dijo al vigilante que quería ver a su hijo. Metin seguía enfrascado en sus conjugaciones. Le di un codazo y le dije que su madre estaba allí. Más sorprendido que contento, dio un respingo en su asiento diciendo «¿En serio?». Luego, después de pedir permiso al vigilante, se alejó por el pasillo con su madre. Justo antes de que sonase el timbre, regresó a su asiento y retomó las conjugaciones donde las había dejado.

—¡Bendito sea Dios! —exclamé—. Estarás deseando que vuelva.

—No te preocupes, que volverá —respondió—. No puede evitarlo.

—¡Ojalá viniese mi madre!

—Tranquilo, vendrá a verte tu padre.

—Me extrañaría. Y, además, no me apetece.

—No es normal que mi madre venga a cada rato. Me da vergüenza.

—¿Te preocupa parecer el niño bonito de mamá?

—Sí.

—Da igual lo que piensen los demás. Lo eres.

—¿Quieres que te dé un puñetazo? —me soltó, furioso de repente.

¡Un puñetazo de Metin! Le contesté tronchándome de risa: «¡Bueno,

hombre, cálmate!». Esa fue nuestra primera pelea. Cuando sonó el timbre, bajamos al comedor. «Venga, ¿hacemos las paces?» —dijo mientras se acercaba. Sacó de su bolsillo una chocolatina y me la dio—: Me la ha traído mi madre, ¿la compartimos?». A partir de ese momento lo compartimos todo, incluidas las chocolatinas.

* * *

CASI TODOS TENÍAMOS un alias, pero creo que durante los ocho años que pasé en la Escuela del Sultán, al Pinza de depilar fue al único al que se lo cambiaron. Y su nuevo apodo duró tanto como el primero. Algunos mote — como «el Miserable» — que me dieron durante un tiempo caían rápidamente en el olvido, pero otros quedaban grabados para siempre en el recuerdo. Por ejemplo, Kemal el Servilleta o Celal el Impetuoso, Culo y barriga, Selim el Imbécil, Kerim el Espabilado, el Gruñón, el Kurdo, el Fugitivo, etcétera. Kemal se convirtió en el Servilleta porque un día, antes de empezar la clase, mientras acordábamos la fecha de los exámenes, dijo, para poner de acuerdo a todo el mundo: «¡Señores, mezclemos los trapos con las servilletas!». Celal se convirtió en el Impetuoso porque un lunes por la mañana, mientras el profesor de música marcaba el compás desde lo alto de su cátedra y cantábamos la *Marcha de la Independencia*, comenzó a berrear con voz estentórea el estribillo «¡Clemencia, orgullo creciente, no arrugues la frente! / Sonríe a tu gloriosa nación». Selim el Imbécil y Kerim el Espabilado debían sus alias el uno a su inteligencia, y el otro a su astucia. En cuanto a Abdullah, afirmaba ser turco por los cuatro costados, pero, como venía del este, le llamábamos «el Kurdo». Ignoro por qué Demir se había convertido en «el Gruñón», pero recuerdo perfectamente que el Fugitivo, cuyo verdadero nombre he olvidado, se había ganado su apelativo por una fuga. Memet el Nenaza tal vez fuese un tanto afeminado, pero los que lo conocían bien sabían que no había duda de su virilidad. Algunos debían el apodo a su físico: el Colita era pequeño, el Cisne tenía un cuello largo y el Patán tenía la cabeza hundida entre los hombros. Naci el Vaca se levantaba antes de que sonase el timbre, bajaba a la sala de estudio y aprendía de memoria todo lo que caía en sus manos, incluido el reglamento de la escuela, y no fuimos nosotros, sino

Manitú, el subdirector, quien le puso el apodo. En cuanto a Mustafá Voz Fúnebre, no solo su voz era lúgubre, sino que se pasaba la mitad del tiempo lamentándose.

Por supuesto, nuestros profesores también tenían sobrenombres, desde el Omnisciente hasta el Simplón, de Tesoro de Mierda a Dirección a La Meca, desde el Tembleque hasta Kenan el Máquina, todos tenían peculiaridades y tics capaces de disuadir al mejor mimo. Huelga decir que Dirección a La Meca era responsable de las clases de religión; el Tembleque, profesor de educación física, era tan viejo que le temblaba todo el cuerpo. También le llamábamos Parkinson. A veces nos pasábamos de la raya: no dudando en poner en entredicho la virtud de una persona desconocida, decíamos que su esposa era la única que sacaba provecho de la situación. Me sorprendió enterarme un día de que la susodicha se llamada Iffet, es decir, Castidad. So pretexto de que hacía mal tiempo, el Tembleque nos obligaba a permanecer en el interior y hacer ejercicios con los aparatos. Kenan el Máquina caminaba y hablaba a toda velocidad. No entendíamos nada de lo que decía. Era nuestro profesor de geografía. En cuanto a Tesoro de Mierda, enseñaba manualidades, convencido de que esta disciplina un día sería tan útil como las matemáticas. Osman el Autobús era muy severo y el número de alumnos a los que había cateado podría llenar un autobús. A Hamdi el Pedo le parecía grosera la palabra «pedo» y sugería reemplazarla por «viento», pero nadie le hacía caso y, en el dormitorio, Hergele prendía fuego a sus pedos con una cerilla a la salud del profesor Hamdi.

La casualidad quiso que el capitán Alí, nuestro profesor de instrucción militar, hubiese estudiado en Kuleli en la misma clase que mi padre. Habían salido juntos de la escuela militar y sus caminos se habían separado. Me preguntaba a cada rato: «¿Cómo está tu padre?». Yo no sabía qué responder. Mi padre y yo rara vez nos escribíamos, y en sus cartas, similares a las circulares enviadas «por conducto reglamentario», enumeraba la lista de lo que debía hacer. La única diferencia era que llegaban por correo en vez de ser transmitidas por radio.

Un día, el capitán Alí me preguntó:

—Yo soy capitán, ¿y tu padre?

En lugar de responder «no sé», le dije que era coronel. Pareció

sorprendido:

—¿Pero ¿cuándo?, ¿cómo es posible?

—No sé, estará enchufado.

Casi se cae de espaldas:

—Yo también. Yo estoy enchufado, ¡y por el Estado Mayor!

—Él debe de ser por Bayar.

—No, el presidente de la República no interviene en este tipo de cosas.

Y aún siguió jugando a ver quién meaba más lejos. «Era bajito», continuó, y, mirándome, añadió a modo de conclusión:

—Pero tú no te pareces a él; gracias a Dios, eres más alto.

Al principio lo habíamos apodado «el Soldado». Estaba gordo y caminaba por el medio del pasillo con aire cansado. Sabiendo que la artillería se divide en tres categorías —ligera, semipesada y pesada—, propuse llamarle «Semipesado». Mi propuesta fue aceptada inmediatamente y le quedó el apodo. Estaba menos empollado que nosotros en física, y, cuando trató de hablarnos acerca de la bomba atómica, al cabo de dos frases lo pillamos en un renuncio y concluyó: «No sé cuál es su potencia en megavatios, pero quema y destruye todo». Evocaba Hiroshima y Nagasaki, ciudades remotas que nosotros tomamos por balnearios. Un día, tratando de explicar la teoría de la relatividad, escribió en la pizarra la famosa fórmula de Einstein y luego, falto de argumentos, concluyó: «Solo tenéis que encontrar por vosotros mismos la solución». Decía que el oficio de las armas era toda una ciencia, pero ni una palabra de los soldados que montaban guardia para impedir el acceso a los aseos o lo que sucedía por la noche en las habitaciones, cuando todo el mundo estaba dormido. Fue preciso que yo mismo pasase la penosa experiencia para comprender que el oficio de las armas no es una ciencia, sino un auténtico calvario.

El servicio militar era una prueba de fuego. Si no estabas enchufado, no había ninguna oportunidad de escapar de la instrucción. Ni que decir tiene que yo era un enchufado. Después de todo, era el hijo de Asan el Verdugo, miembro del Comité de Unidad Nacional. Y como había hecho mis estudios en la Escuela del Sultán, en cierto modo se podía considerar que había cumplido mis deberes militares. El bueno de Semipesado incluso me había enseñado el arte de la artillería.

Antes de cerrar el capítulo de los apodos, no puedo sino recordar al Berenjena, que, como habréis adivinado, debía el alias a su nariz. Era profesor de comercio, pero, mientras nosotros planteábamos diversas teorías y comparaciones —desde el punto de vista de la biología estructural— entre su nariz y su miembro viril, él, en lugar de hablarnos de comercio, abordaba temas edificantes, verbigracia, la Ablución Mayor, asunto este, como es natural, competencia de Dirección a La Meca, que nos acusaba de hallarnos todos en estado de impureza. Esta expresión, «como es natural», estaba muy de moda en ese momento, pero hoy nadie la usa. Ni siquiera nuestro primer ministro.

Si la memoria no me engaña, aparte de Madmazel, nuestros profesores de francés no tenían apodo. Madmazel nos enseñaba literatura francesa. Ya no era joven, y seguía soltera. Todos estábamos enamorados de ella, pero Firlama fue el único que se atrevió a sostener un espejo bajo su falda. A pesar de nuestros ruegos y amenazas, se negó a satisfacer nuestra curiosidad. Saber cuál era el color de las bragas de Madmazel o, en su defecto, si era velluda o no, era para nosotros más importante que enterarnos de que George Sand y Musset se habían amado apasionadamente en Venecia, habían roto y se habían enamorado de nuevo en París. Debo confesar que de todos los profesores de los que os he hablado bromeando —que conste que les profesó un gran afecto—, es Sabahat Bonito Culo quien más me influyó y se ocupó de mí. Estaba soltera, como Madmazel, pero no era tan guapa. Recuerdo que era rellenita. Todavía escucho a Firlama protestar: «¡Pero tío, no está rellenita, es simplemente gorda!». El apodo que le habían endilgado podría sugerir que tenía razón, pero a mis ojos era la dulzura personificada. Recitaba los versos de Nedim, el poeta de el Período de los Tulipanes, con una gracia digna de dicha flor; conocía a todos los escritores del grupo Tesoro de las Ciencias, así como a todos nuestros autores, empezando por Tevfik Fikret, antiguo alumno del liceo y verdadero patrimonio nacional, pero no conocía gran cosa de la llamada «literatura innovadora» particularmente de la nueva poesía. Nada que objetar. Todas las corrientes poéticas se reclaman innovadoras. Pero de innovación en innovación pasan de moda o se quedan anticuadas. ¿Quiénes permanecen? Nâzim Hikmet, el traidor, el comunista. Nuestra poesía le debe todo. Pero estaba prohibido pronunciar su nombre. No

había manera de leer sus poemas o citar sus versos. Sabahat Bonito Culo me hizo una faena en el último curso al ponerme un trabajo sobre *Un amor prohibido* de Halit Ziya. Pero en este caso solo tenía que rendirme cuentas a mí mismo. En cambio, si me hubiese mandado hacer un trabajo sobre Nâzim, habría tenido que vérmelas con la dirección del centro y me habría causado serios problemas. Afortunadamente, no ocurrió nada de eso.

Lástima, ¿dónde están ahora aquellos profesores, aquellos amigos y aquellos cuidados? Todo ello pertenece al pasado. Éramos jóvenes rebosantes de alegría y entusiasmo. Y luego nos hicimos mayores. Y, como nuestros profesores, estamos muertos. Gracias a Dios, yo todavía estoy vivo, pero en nuestra clase la caída de las hojas comenzó pronto. ¡Ah, Sabahat, querida profesora! ¡Eras tan amable, tan indiferente a la política! ¿Cómo olvidarte? Pero ¿dónde están las nieves de antaño? ¡Si pudiéramos subir a escena a todos juntos y comenzar con un desfile en la sala de conferencias del liceo de Galatasaray donde el general De Gaulle dijo no sé qué! El Tembleque temblaría, Dirección a La Meca daría las gracias, Bonito Culo suspiraría, Madmazel haría carantoñas, y juntos bailaríamos una ronda frenética. Al son de «El novio llega / las consuegras entran en danza», dirigidos por Firlama, nosotros, los alumnos, nos uniríamos a vosotros, llevados por nuestro impulso. ¡Cogidos del brazo, hombro con hombro, bailaríamos en círculo proclamando al mundo nuestra alegría! ¿Dónde están aquellas gentes de bien, los viejos amigos?, ¿dónde estáis, nieves de antaño? ¿Qué fue de las pasiones secretas, de los amores de infancia? ¡Alto!, la ronda se interrumpe.

* * *

SI ME LEVANTASE con diligencia, si sacase del armario la chaqueta azul marino con el escudo del liceo Galatasaray que el sastre me acaba de hacer y la camisa blanca almidonada, si anudase mi corbata amarilla y roja y pusiese los pantalones gris oscuro y mis botines de charol, no sería a la Escuela del Sultán a donde iría en primer lugar. Saliendo de la avenida principal de nuestro barrio, alcanzaría rápidamente las callejuelas de Beyoğlu, pasaría delante de los cafés llenos de humo de Yeşilçam donde los extras juegan al chanquete con los jubilados, ante los afiches de las películas del

«Cinemascope turco en color» que muestran a legendarios actores muertos hace mucho tiempo, delante de edificios tambaleantes apretujados unos sobre otros, tiendas y restaurantes diminutos, y me perdería entre la multitud de la calle Istiklal. Los viejos autobuses rezongones y los tranvías con ventanillas azuladas de mi adolescencia no circularían por la calle. Después de degustar una sopa de pollo y un estofado en El Tabernero de Palacio, haría un alto en el pasaje de las Flores. Como solía hacer con Firlama, me sentaría en un taburete ante uno de los barriles que hacen las veces de mesa y pediría una cerveza argentina rogándole al camarero que no escatimase en vodka. Y solo cuando estuviese achispado y mi excitación calmada, iría a llamar a la puerta del liceo. Pero ¿por qué llamar? Entraría discretamente, como un interno retrasado o como un espectro. Pasaría bajo los plátanos sin correr, a paso lento, cruzaría la puerta de columnas y subiría la escalera que lleva al museo. Esperaría un rato sin moverme, escuchando los latidos de mi corazón. El imponente empleado, mayor que yo, apodado «No mataría una hormiga», que ha dedicado su vida a este museo y que pone en orden, en verano como en invierno, los archivos escolares, vendría a abrirme la puerta. Finalmente encontraría mi nombre en los registros de matrícula apilados en los polvorientos estantes, justo enfrente de mi número de inscripción: 1133. Y la foto de carné vestido con mi chaqueta azul marino y mi corbata amarilla y roja. Todos mis compañeros, reducidos como yo a un número, un nombre y una fotografía descolorida, se pondrían a bailar la ronda en mi cabeza. El museo pronto se llenaría con sus gritos. «¡Ah!, suspirarían, ¡quién pudiera dar marcha atrás en el tiempo!». Darían vueltas y vueltas diciendo: «Nosotros también hemos pasado por esta escuela. Hemos comido en su comedor y aliviado nuestros ardores en sus dormitorios. Hemos llenado sus aulas y patios de recreo, languidecido en sus jardines y franqueado sus rejas». Después iría al jardín trasero para contemplar Estambul. Y, por una vez, saborearía no el gusto de la libertad, sino el de la reclusión.

HOY EL TIEMPO es tan puro, tan soleado, ¡amo la vida! Si no fuese por los dichosos achaques de reuma, me pondría a bailar. Estambul se despliega a mis pies y unas nubecillas redondeadas surcan el cielo. Tengo el vértigo del infinito. Los días de verano nubes como estas pasaban sobre el cuartel de mi padre y se alejaban hacia las grises y áridas colinas. Detrás de aquellas colinas estaban las montañas, y detrás de estas, el Mediterráneo. Nunca iba a verlo, solo años después pude visitar todos sus puertos y tumbarme en las playas de este *mare nostrum*, que nunca pertenecieron al niño que fui. Las nubes recorrían su camino y las cigüeñas llegaban en apretados bandos. Soñaba que después de haber cruzado las montañas y haberse detenido en los cañaverales, harían sus nidos en los tejados de tejas rojas. Pero se limitaban a volar muy alto y se alejaban batiendo sus alas, manchando el cielo azul de negro y blanco. ¿Eran pájaros o nubes? Amo la vida, pero incluso cuando el cielo está despejado y el mundo tan increíblemente vivo, siento mi cuerpo debilitarse día a día. Las nubes, como las cigüeñas de mi infancia, ¿emigrarán hacia tierras más cálidas o ennegrecerán, disipadas por el viento, y caerán como lluvia al suelo? Kenan el Máquina, nuestro profesor de geografía, sin duda tenía la respuesta, pero no entendíamos nada de lo que decía. Además, dejó este mundo, no está aquí para comentar el destino de las nubes, para decir, con su habitual gesto pensativo: «Muchachos, en días como este el mundo parece una naranja azul». Quién sabe, tal vez la poesía me haya ganado porque estoy dispuesto a jurar que esta mañana el mundo, aunque parezca imposible, es una naranja azul y que Estambul es la parte mohosa. El moho ataca la fruta como la herrumbre corroe el hierro, todo se va, quedan solo los recuerdos. Y estos también se irán un día, si no han sido grabados, si no se descargan en tromba sobre la memoria. El cielo está soleado, pero mi memoria está bajo el aguacero, va y viene del presente al pasado, vuela a los años de mi infancia y de mi adolescencia. Me costó trabajo dominarla para

poner en orden mi historia. Como hacían los narradores tradicionales.

Antiguamente había gente cuyo oficio era recorrer los cafés de Estambul y los pueblos de Anatolia contando historias. Si se terciaba, hacían imitaciones y no dudaban, si lo exigía el guion, en ponerse a rebuznar. Vestidos de *cevgan*, capa roja sobre los hombros y bengala en la mano, se encaramaban a una silla y daban comienzo a su historia. No se cansaba uno de escucharlos. La narración podía durar horas. La historia de mi vida va a trancas y barrancas y nadie excepto yo la escucha. Me hablo a mí mismo en mi rincón. Cuando digo rincón, por supuesto, es una forma de hablar. A mi esposa y a mí nos costó lo indecible encontrar este apartamento en este enorme edificio, con este amplio salón y esta vista excepcional, pero esa es otra historia. Cuando se busca un apartamento, uno se encuentra como el ciego al que se pide que describa un paisaje. De hecho, no tengo una historia, tengo varias; hasta podría venderlas si quisiese. El comprador vendrá de Bagdad, si tu colmena está llena de miel, o, lo que es lo mismo, el buen paño en el arca se vende.

No serviría de nada que, a semejanza de Kiz Ahmet, que fue el más solicitado de los cafés de Estambul donde hacía reír y llorar, sacase de mi bolsa un turbante de mulá para imitar al Omnisciente, o un sombrero de fieltro para remedar a Kenan el Máquina, o que me encasquetase el colbac de las milicias populares que nos liberaron y me pusiese a imitar los agudos trinos del ruiseñor. No cuento mi historia a los parroquianos que fuman su narguilé, sino a mi magnetófono. Todas las mañanas al rayar el alba, o como se dice vulgarmente en nuestra lengua, antes de que el cuervo se haya jalado su mierda, me siento frente a mi viejo Grundig y me pongo a hablar. Mis palabras no se elevan como las aladas palabras del bardo ciego de Esmirna narrando los hechos heroicos de la guerra de Troya, pero sé que un día atraerán la atención de alguien. Por esta razón, a veces me meto con nuestro primer ministro. Los viejos profesores reprobaban las palabras irónicas o hirientes. Que les aproveche. Es superior a mí, y además estoy convencido de que es mi deber cívico gritar e insultar. Es como la sal en la sopa: ni demasiada, ni demasiado poca. Se trata de encontrar la dosis correcta. Si no, ¡ay de ti! Te arrastrarán ante los tribunales, te arrojarán en prisión, listo para los porrazos. Sí, es como la sal en la sopa: ni demasiado, ni demasiado poca.

¿Demasiado de qué? Las palabras, por supuesto, no son porrazos. Y además el bigote de almendra de nuestro primer ministro ¿acaso no lo tenemos hasta en la sopa todo el santo día? Es la sal de nuestra sopa, el azúcar de nuestro té, la espuma de nuestro café. Evidentemente, nos quiere con locura, y si nos castiga, es por nuestro bien. Se lo debemos todo, es nuestro padre. PAPÁ, ¡CÓMPRAME UN BALÓN! TOMA, ¡AQUÍ TIENES TU BALÓN! ¡VIVA PAPÁ! Ah, sí, entonces, viva mi papá Hasan el Calvo, hace mucho tiempo que está a seis metros bajo tierra, pero yo sigo viéndolo en Casa Muhtar. Como veo constantemente en la televisión las poses de nuestro primer ministro. Ya os estoy oyendo decir: «Bueno, ya basta, te vas a meter en un lío». Estoy de acuerdo y, como decimos aquí: «¡Al *padisah* legislar, nosotros a las montañas!». Vale. Al fin y al cabo, a mí me la trae floja, salad la sopa cuanto os dé la gana.

* * *

SI NO ME EQUIVOCO, estábamos en cuarto. Bonito Culo nos había pedido que aprendiésemos un texto de memoria. Cada uno tenía que salir a la palestra a recitar su poema. El Pinzas de depilar había elegido «Treinta y cinco años» de Cahit Sitki, al que llamábamos Sikti el Pelmazo porque sus poemas pseudobaudelerianos eran para morir de aburrimiento. Yo había optado por «El barco silencioso» de Yahya Kemal. El poema de mi compañero era un poco largo, pero el mío era demasiado corto. La profesora me pidió que recitase otro. Dudé entre «Niebla» y «Voz». Decidí echarlo a suertes. Fue «Voz» el que salió. Subí a la tarima y empecé a declamar con aire misterioso: «Por la noche una voz me despierta / angustiosamente, preguntándome, ¿dónde estás?». Sin darme tiempo a atacar el tercer verso, Firlama soltó de repente: «Estoy aquí, y tú, ¿dónde estás tú?». La clase estalló en carcajadas. Me quedé mudo, totalmente desconcertado. Era peor que las salidas del Pinzas de depilar en clase de lengua, porque todo el mundo me miraba desternillándose de risa. Me quedé con tres palmos de narices. Bonito Culo, incapaz de contenerse, también se echó a reír. Después trató de consolarme: «Anda, rey mío, no hagas un drama». Debo decir que yo era su ojito derecho. Y luego le echó un rapapolvo a Firlama: «¡Y a ti te voy a decir yo dónde

tienes que estar!».

A veces, por la noche, me despierta una voz: «¿Dónde estás?». No sé qué responder. Quiero decirle: «Aquí, simplemente, ¿dónde quieres que esté?». Pero la lengua se me pega al paladar, soy incapaz de articular un sonido. Incluso ahora, mientras estoy hablándole al magnetófono, una voz me interrumpe. Es mi voz cascada de viejo. No, no pregunta dónde estoy, se queja: «Por mucho que gritase, ¿quién me iba a oír allá arriba, en el nivel de los jueces?». Sí, os habéis fijado en que no he dicho «en el nivel de las mujeres», sino «en el nivel de los jueces». Les diría «Miradme a los ojos y comprenderéis», pero no se mira a los ojos de una voz.

AUNQUE GRITASE, SERÍA EL único en oírme. Acabo de darme cuenta de que la vida es un largo monólogo solitario, y si no hubiesen llamado a mi puerta nunca habría sabido que alguien más me oía. Como desgraciadamente sucedió. El otro día, como de costumbre, me había levantado temprano. No «miré al cielo llorando», como dice el poeta, sino que saludé a las nubes en un arrebato de alegría. Acababa de instalarme ante el magnetofón cuando llamaron a mi puerta. No podía ser mi hija, porque ella siempre me anuncia su visita. Y aparte del cartero, a nadie se le ocurriría venir tan pronto. Así que pensé que era él y me apresuré a abrir la puerta. ¿Y qué veo? Una mujer, un vejstorio toda emperifollada, apestando a lavanda, delante de mí. Inmediatamente me di cuenta de que venía a darme la lata, pero mantuve la calma.

—¿Qué desea?

—Espero no molestarlo.

No podía decir: «Pues sí, me molesta». Venía de visita, así que tenía para rato. Entró sin que la invitara. Fue al salón y se dejó caer en un sofá.

—¡Tiene una hermosa vista!

Iba a preguntarle «¿A quién tengo el honor?», pero ella se adelantó:

—Soy su vecina Nigâr. El otro día, al pasar delante de su puerta, oí una voz. Creí que charlaba con alguien. Pero encadenaba las palabras sin ninguna pausa. Preocupada, puse la antena. Espero que no se enfade conmigo. Comprendí que hablaba solo. Y luego me di cuenta de que estaba contando algo. ¿Pero a quién? A nadie, probablemente. Entonces decidí hacerle una

visita. Así que, a falta de algo mejor, puede confiar en mí.

No dije nada. El magnetófono giraba sin interrupción sobre la mesa, grabando tal vez las palabras de Nigâr *hanim**. A pesar de mi silencio, siguió dale que te pego, sin dejar de inspeccionarlo todo con curiosidad. En mala hora, sugerí:

—¿Le apetece un té?

—¡Oh, sí, encantada!

Se apoltronó en el sofá. Es una vieja obesa. A riesgo de provocar la ira de las feministas, creo necesario precisar que es una mujer decrepita. Había abierto por completo el cuello de su blusa negra con lunares blancos para ofrecerme una panorámica del canalillo entre sus enormes pechos, y una especie de pantalones bombachos ocultaban sus gruesos muslos. Calzaba unos flamantes zapatos de tacón alto y de sus orejas colgaban unos pendientes de plata. Sus pestañas estaban impregnadas de rímel pegajoso, las cejas depiladas y el pelo teñido. Su cara era un auténtico bote de pintura, tenía las mejillas redondas y lisas de una muñeca rusa. Era tan vieja como yo, si no más.

Fui a la cocina y regresé con un vaso de té. Lo posé ante ella, diciendo:

—Perdone, es todo lo que puedo ofrecerle.

—No se preocupe, estoy a dieta.

—Es que yo no tomo nada por la mañana.

—Y yo no almuerzo al mediodía.

Me dieron ganas de decirle: «Entonces, ¿de dónde vienen todos esos kilos?».

Me quedé en silencio. Las nubes redondas surcaban el cielo. Me miró, luego miró las nubes. Dejó la marca del carmín en el cristal. Si lo viera, mi hija se haría una idea equivocada. Y a la mujer de la limpieza que venía por la mañana le faltaría tiempo para contarle a todo el mundo que había hecho venir a una *call-girl*. Esperaba que terminase su té y se largase, pero no hacía más que remolonear fingiendo que bebía. Finalmente, terminó su té.

—¿Puedo tomar otro vaso?

No aguanté más. Le dije que tenía que hacer un recado. Parecía molesta.

—Bueno, entonces me voy.

Todavía se quedó un rato, probablemente esperaba que le dijese «¡Pero

qué prisa tiene, mujer, no se vaya aún!», y luego salió sonriendo. Por supuesto, yo hice otro tanto, di un paseo y volví a casa. Cuando me senté frente al magnetófono, había perdido el buen humor.

Volviendo a los narradores tradicionales, añadiré lo siguiente: sus historias eran cortas, pero producían un efecto duradero en el público. Yo tengo una historia que contar, pero no tengo su talento, no hago imitaciones, ni remedo voces. Sin embargo, tengo una cosa en común con los narradores populares: no invento nada, lo que digo es cierto, aunque a veces os dé la impresión de que fantaseo. No intento hacer teatro como los narradores, soy absolutamente incapaz. Pero os aseguro que, viendo este cielo límpido y estas nubes algodonosas, me entran ganas de bailar.

M E PRECIO DE tener una vena contemplativa. Este aspecto de mi carácter se debe probablemente a mis años de internado, al hecho de haber sido privado, en el mismo corazón de Beyoğlu, de los placeres y las vistas que ofrece la ciudad. Imaginad que vivís en Estambul, en esta ciudad de patrimonio inigualable, en esta península donde confluyen dos mares, en este lugar único, pero estáis confinados entre altos muros. Desde el jardín delantero solo se puede ver el campanario de la iglesia de San Antonio; entre las verjas de hierro pintadas de verde que rodean la entrada principal y dan a la gran avenida se entrevé la puerta del liceo de Galatasaray. Se oye el chirrido lejano de los tranvías que cambian de dirección en el cruce. Está prohibido ir al jardín trasero y al patio grande. Habrá que esperar, para acceder allí, a llegar al último curso. Pero eso no cambiará gran cosa. Los edificios inclinados que se ven si alzas la cabeza por encima de los muros son burdeles con las cortinas echadas. Puedes imaginar lo que pasa allí, pero esas mujeres pintarrajeadas son inaccesibles, y estás condenado a reprimir mal que bien tus apetitos frustrados. El jardín trasero es un verdadero paraíso, pero lo poco que alcanzas a ver no hace más que aumentar tu nostalgia de Estambul. No puedes llegar al puerto a través de las estrechas calles de Çukurcuma que descienden hasta Tophane, ni cruzar el puente de Gálata para dar de comer a las palomas de la Mezquita Nueva. No puedes contemplar las idas y venidas de los vapores, callejear por sus viejas calles, bajar a los subterráneos y cisternas de Bizancio, a las criptas de Santa Sofía, húmedas y misteriosas como un vientre de ballena. Prisionero de la escuela, no puedes hacer otra cosa que esperar con impaciencia los fines de semana.

Durante ocho años viví en el centro de Beyoğlu, en la nostalgia de Beyoğlu y de Estambul. Después, «fui arrastrado por el viento del destino», como la canción de Zeki Müren que tantas veces he oído y que tanto me gusta. Encontré refugio en París. Sólo ahora puedo curar mi nostalgia,

contemplar a placer el Cuerno de Oro, las cúpulas y los alminares, el límpido mar al otro lado de las murallas, los buques de carga y los petroleros surcando las olas. ¿Adónde van esos barcos lentos y silenciosos? «¿Al lugar de donde nunca se vuelve», como dijo el poeta? No, no quiero ser cenizo. Escuchemos mejor al otro, al que dice «si después de tantos años ninguno ha venido / bien están donde están los que se han ido».

Debido a mi profesión, he viajado por todo el mundo. Me he bebido la vida a tragos. He contemplado la puesta de sol en el Mediterráneo, los caudalosos ríos de Europa central, las montañas nevadas y los valles desiertos. He surcado los mares, me he perdido en las medinas de blancas ciudades. He cruzado puentes y he dormido bajo ellos en noches de escasez. He contemplado el mundo desde lo alto de torres, de habitaciones de hotel, de balcones, de pueblos encaramados sobre picos rocosos. Pero ningún paisaje, ni siquiera los vislumbrados desde la cubierta de los barcos, quedó grabado en mi memoria como la vista de Estambul. Y, por fin, he vuelto de nuevo a esta ciudad que me ha seguido por todas partes. Y la saludo con los versos del poeta: «¡Te vi, ayer, desde lo alto de una colina, querida Estambul!».

ERA MUY AGRADABLE DESCUBRIR países lejanos, ciudades nuevas, otras caras, mares de aguas cada vez más profundas, pero llegó a cansarme. Si viajé por el mundo, no fue por placer, sino por necesidades de mi profesión. No he recorrido los cinco continentes —como los jóvenes héroes de *La vuelta al mundo de dos pilletes*— viviendo en cada momento aventuras maravillosas. El mundo había cambiado desde los tiempos en que leí ese libro; la selva virgen y los monos de culo rosa que saltaban de rama en rama comenzaban a escasear. Los gorilas que se golpean el pecho y las tortugas gigantes que cruzan los océanos estaban en peligro de extinción. En lugar de explorar la naturaleza, perseguía guerras, masacres y devastaciones. Iba de un continente a otro, no para vivir aventuras extraordinarias, sino en busca de niños hambrientos y gentes golpeadas por la desgracia. A menudo, en el torbellino de los acontecimientos que sacudían el mundo, cuando mi cámara no admitía ni una imagen más de infortunios, volvía al hotel, borracho, agotado, desesperado, sin el menor deseo de tener a mi lado una mujer que me consolase y confortase mi cuerpo maltrecho. Me resigné a estar lejos de mi

esposa y de mi hija. Sabía que me esperaban, que las vería pronto, que volvería a un país libre de guerras.

Había conocido el exilio, en mis años jóvenes. No tenía ninguna intención de destruir mi hogar. Pero como el derviche del cuento, buscaba una ciudad a mi medida, en consonancia con mi carácter, donde pudiese dormir tranquilo antes de plegarla, guardarla en el bolsillo y emprender el camino.

Una ciudad que habría llevado conmigo para, en cualquier momento, sacarla del bolsillo como un pañuelo, desplegarla a la orilla del mar o en la ladera del monte y tenderme cómodamente en ella. Una ciudad en cuyas calles pudiese caminar a placer; una ciudad pulquérrima, luminosa, con amplias avenidas, que contrastase con el liceo donde pasé varios años encerrado entre cuatro paredes, con los pasillos oscuros por los que caminaba en mi adolescencia, con su patio grande sembrado de cigarrillos que yo arrojaba después de la primera calada. Una cama donde, arrebujado entre las sábanas, pudiese dormir un sueño profundo. Una amante fiel que me habría seguido a todas partes, adondequiera que fuese, en todos los puertos donde echase el ancla. La sombra de mi sombra.

Ahora sé que esa ciudad nunca tendrá un lugar en mi vida. Terminaré mis días aquí. Y esa ciudad quedará relegada a la historia del derviche que atraviesa siete países. Nunca encontraré ni otro mar, ni otra ciudad.

Cuando era pequeño, en la vivienda del cuartel de aquella ciudad de provincias, me encaramaba en el sofá que mi mamaíta querida había dejado desierto. Veía por la ventana las áridas colinas y las nubes que pasaban sobre el cuartel. De noche, la luz de la luna rielaba en el lago. Por la tarde, las aguas se oscurecían como en el poema de Hasim: «La tarde, de nuevo la tarde / ¿Por qué no puedo estar en este instante, como el junco al borde del lago?». Yo era inocente todavía, viviendo bajo el manto protector de mi padre y de mi abuela. La única mujer con la que soñaba era mi madre. En lo tocante a abrazos y caricias (¡dulcísimas caricias!), solo conocía las de Elif. Pero, como ya he dicho, todavía era inocente, ignoraba el dolor y el látigo del deseo. Cazibe no me obsesionaba. Podía contemplar el mismo paisaje durante horas sin aburrirme.

En Erdek, en el Kakaka (os acordáis, ¿verdad?, el campamento de las fuerzas armadas turcas donde pasaba las vacaciones con mi padre y mi

abuela), cuando estaba hasta las narices de los oficiales que se bronceaban en la playa, de sus esposas y de sus retoños, subía a la cima de la colina Seyit Battal Gazi a contemplar el paisaje, sin aburrirme, hasta la puesta de sol. Oculto entre los olivos, el pueblo se recostaba en el monte Kapıdağ. Una nubecilla blanca, solitaria, descendía por la ladera. En el puerto se divisaban algunos barcos de pesca, azules, rojos y amarillos. Justo enfrente, Zeytinli Ada, la isla de los Olivos, surgía entre las olas. Se columbraba Tavşanlı Ada, la isla de los Conejos. Me sentaba al pie del monumento funerario, con la espalda apoyada contra el muro en ruinas. Mientras el viento agitaba los jirones votivos, me imaginaba los combates de Battal Gazi⁹, lo veía pasar a cuchillo a los griegos que, al igual que muchos otros infieles, habitaban Anatolia desde tiempo inmemorial. Si hacemos caso de la leyenda, Battal Gazi no se parecía en absoluto a mi padre. Era un gigante, un cortador de cabezas, un auténtico valiente. Era fuerte como Hamza, imponente como Alí, bello como un icono. No en vano los griegos, en la iglesia, han puesto su imagen entre las figuras de los santos. Triunfó sobre el ejército bizantino en menos que canta un gallo. En *La gesta de Battal Gazi*, de la que no me despegué en todo el verano, mi frase favorita era «las tropas infieles devoradas por el acerado color del cielo». No contento con descabezar infieles, se había casado —de acuerdo con su amada esposa Zeynep Banu— con la hija del emperador bizantino. Al fin y al cabo, según la leyenda descendía de nuestro amadísimo Profeta. Cual lobo hambriento que salta sobre un cordero, había vuelto loca a la hija del emperador, le había robado el corazón y la había hecho su esclava.

Antes de morir como un héroe en aquella colina, Battal Gazi había convertido al islam a todos los griegos de la región. Mi padre, bajito y calvo, ni siquiera había estado en Corea, ni tampoco —en virtud del adagio «es bueno oler una rosa después de otra»— había tomado una segunda esposa. Pero estaba claro que tramaba algo. Bebía menos y por la tarde, mientras se rascaba, parecía perderse en pensamientos profundos. A veces iba con él a Casa Apóstol, en la ladera del monte Kapıdağ. Después de la segunda copa, ni una más, me decía: «¡Ya verás! ¡Un día, estarás orgulloso de tu padre!». No le hacía ningún caso. Me repetía a mí mismo los versos del poeta que había frecuentado aquella taberna y cuyos poemas han acompañado mis

peores días: «Una nube en mi copa / El cielo en mi plato / Apóstol, ¡menuda taberna!». Intento comprender cómo mi padre se embarcó en empresas más grandes que él, pero no estoy orgulloso de él. Y no fue gracias a Sabahat Bonito Culo —nuestra profesora de literatura en el liceo— sino interesándome por la historia de Bizancio como aprendí que, contrariamente a lo que creen los habitantes de Erdek, Battal Gazi no pereció en este espléndido paraje, sino en el negro castillo de Afyon.

[9](#) Battal Gazi: jefe militar omeya del siglo VII, figura santa del islam.

NO SÉ SI estaba en tercero o en cuarto. Esos días han quedado muy lejos, perdidos en la niebla del invierno o en las brumas matinales. El lobo ama el tiempo brumoso, se va de caza en la anochecida. Yo, como un lobo, voy en busca de mis recuerdos. Todas las mañanas tengo la impresión de despertarme en aquel dormitorio helado e incluso, aunque sea primavera o verano, abro los ojos a una mañana de invierno. Temblando bajo las sábanas, lucho desde ayer por la tarde contra mi deseo de ir a lavarme. Si no hago mis abluciones, seré condenado al infierno. Mi entrega al placer me condena a los demonios. Por la noche, sueño que me acuesto con huríes. En su infinita misericordia, Dios absuelve todos los pecados, pero yo seré castigado por mi polución nocturna, seré arrojado a los infiernos. Cuando cruce el puente Sirat¹⁰, estaré solo con Firlama.

Mis años en el liceo han quedado muy lejos. Sin embargo, todas las noches, la misma pesadilla turba mis sueños: nunca consigo entrar en el último curso. Tengo un título universitario, me he doctorado, he recorrido el mundo como periodista, me he jubilado, mi mujer me ha dejado y vivo en Estambul, con un pie en la tumba. Pero no he podido entrar en el último curso y una voz me susurra: «Has realizado todos tus proyectos, has vivido la vida, pero eso no te exime de realizar el último curso; definitivamente, debes ser admitido en esa clase». Para colmo, he olvidado todas las ecuaciones de álgebra y las fórmulas químicas, no tengo la menor idea de los principios de la física. Y pese a todas mis lecturas, confundo el *Servet-i Fünun* («Riqueza de la ciencia») y el movimiento reformista del *Tanzimat* («Reorganización»). ¿Por dónde empezar? Me despierto bañado en sudor. ¡Pero qué alegría cuando recuerdo que aprobé el examen de reválida! Porque preferiría la muerte antes que repetir.

Aquel año, mientras yo me apuntaba a voleibol, Metin la Pinza de depilar empezó a jugar al baloncesto. Con sus *shorts* azules hasta las rodillas, su

camiseta amarilla y roja —encargada por su madre a uno de los sastres más reputados de Estambul— y sus deportivas blancas, era un joven atleta muy prometedor. Por falta de espacio, había que disputar los partidos con una sola meta. Al fútbol jugábamos en el jardín delantero, con una pelota de tenis y una sola portería, al baloncesto con una sola canasta y al voleibol sin red. Había también, en el patio interior, una mesa de pimpón con la red deshilachada y la pintura desconchada, pero no tenía ningún éxito. Algunos alumnos de mi clase, más adelante, fueron seleccionados para jugar en el equipo nacional, pero yo me contentaba con pasar la pelota. Ni siquiera fui seleccionado para la calle Abanoz. Os preguntaréis qué pinta aquí la calle Abanoz. Os lo explicaré. Cuando uno de nosotros perdía su inocencia, decíamos que había sido «seleccionado». Este eufemismo seguramente no tendrá ningún sentido para las generaciones jóvenes, pero la mía creció entre tabúes sexuales, luchamos contra los principios, y jamás logramos superar nuestras frustraciones. Sin embargo, no desespero de ser «seleccionado» algún día. Para la calle Abanoz, puede decirse que ya no hay remedio. Pero no descarto que las palabras que estoy grabando sean publicadas un día y quién sabe si no acabaré siendo un escritor famoso. Podéis objetar que tenemos ya un escritor «seleccionado», que ha recibido el premio Nobel. Podría responderos que no juega en el equipo nacional, pero prefiero callarme. No deseo abrir ningún debate ni provocar ninguna controversia. Todo lo que os ofrezco son confidencias. O quizás chorradas de viejo chocho. ¡Qué más da! Un día, la Pinza de depilar y los otros jugadores de baloncesto disputaban un partido en torno a la única canasta. Yo miraba, sentado en un banco al fondo de la cancha. Esto ocurría durante el largo recreo entre la última clase y el primer estudio. Aquel recreo parecía interminable. —Ahora, en cambio, los días, las semanas, los meses pasan en un abrir y cerrar de ojos. Cae la noche, luego viene la pesadilla recurrente del último curso y ya es por la mañana. Te crees todavía en el dormitorio, pero de hecho estás en una cama bien caliente, ya no tienes poluciones nocturnas, pero has hecho tus abluciones, incluso sin darte cuenta, y de todas formas ¡a Alá le importa un bleo!—. Firlama estaba sentado a mi lado. No sé por qué, estaba picado con la Pinza de depilar. Estábamos muy metidos en el partido. Los jugadores también, en efecto, se pasaban la pelota cada vez con más entusiasmo, les

aplaudíamos cada vez que la red deshilachada se balanceaba. Se trataba sobre todo de marcar, no importaba quién fuera el ganador. Cada vez que la pelota atravesaba el aro, Firlama daba una fuerte palmada con su mano derecha sobre la palma de su mano izquierda gritando: «¡Bravo, está en el bote!». A veces, cuando el tiro se quedaba corto y la pelota botaba en medio de la cancha, agitaba los brazos chillando: «¡Pifiado!». Estaba en el sumun de la excitación. Igual que los dos equipos.

De repente, en el momento más crítico, la Pinza de depilar, que se preparaba para tirar a canasta, se detuvo y salió corriendo de la cancha. Me di cuenta en seguida de que su madre había venido a verlo, pero Firlama, que no se había enterado, gritó: «¡Chulo, métete el tiro en el culo!». «¿Con qué bola? —preguntó entonces uno de los jugadores—, ¿con la de tenis o con nuestro balón?» Fue suficiente para calmar a Firlama, que se jactaba de cazarlas al vuelo y matarlas en el aire. Respondió burlándose: «¡con mi cañón de ruedas, gilipollas!». En ese momento pensé en el miembro erecto de Firlama. La primera vez que lo vi fue en el hammam, bajo la toalla de baño, mientras se lavaba. Conviene aclarar que los internos nos lavábamos en el hammam envueltos en toallas tan raídas como nuestra ropa. A veces, en un rincón, nos masturbábamos bajo la toalla. Era una especie de concurso. El ganador era el primero que se corría y le aplaudíamos. Firlama no era mejor que yo en una cancha, pero en el hammam era el campeón. Y sus atributos se parecían realmente a esos cañones con ruedas rescatados de la guerra de la Independencia. Supongo que, como aquellos, están oxidándose en un rincón.

Mientras la Pinza de depilar corría hacia su madre, ella avanzaba, entre las dos hileras de plátanos, sobre el pavimento de la entrada principal. ¡Qué donaire! Sus zapatos negros de tacón alto, su ajustado vestido negro de lunares blancos, su pelo rubio recién cortado en la peluquería y su cintura de avispa le daban el aspecto de una dama distinguida, pero su forma de caminar recordaba el contoneo de las cortesanas regresando del trabajo. Llevaba en una mano un bolso de cocodrilo y en la otra un paquete con regalos para su hijo. Inconscientemente, me puse a trotar en su dirección. Firlama, no queriendo quedar a la zaga, acompasó su paso al mío. Ella venía a ver a su hijo único, no tenía nada de sorprendente. Pero a nosotros, ¿qué mosca nos había picado?, ¿cuál era nuestro problema? Nuestro problema era que

estábamos solos, huérfanos, librados a nuestros instintos y privados, de forma desastrosa, de todo contacto femenino.

Cazibe abrazó a su hijo, le entregó los regalos, luego se quedaron un momento sentados, haciéndose carantoñas, en el banco que acabábamos de dejar libre. A continuación, la Pinza de depilar regresó a su puesto en el equipo y Cazibe *hanim* se fue como había venido. Firlama suspiró:

—¡Joder! ¡Eso sí que es una mujer! ¡Nada que ver con las putas de Abanoz!

—¡Cállate! —le dije amenazador.

Pero él siguió:

—Lo que le habrá costado echar al mundo al Pinza de depilar, y aún está estrecha. Debe de ser calentorra...

—¡Para ya con tus gilipolleces!

—Oye ¿qué mosca te ha picado? ¿Estás enamorado o qué? ¡A ti qué coño te importa lo que yo diga o deje de decir!

—¿A ti te gustaría que hablase así de tu madre?

—¡Por mí! No tengo madre.

—Yo tampoco, pero Metin, sí. Y ella es su madre.

—Pues mira qué bien, ahora en el hammam ya sé quién me va a inspirar.

Fue superior a mí. Le di un puñetazo en la cara y nos enzarzamos en una pelea. Acabó ganándome. Y mientras yo trataba de detener la hemorragia de la nariz, él murmuraba: «¡Serás hijo de puta! No es ni tu madre ni tu mujer, ¿por qué coño te metes?». Faltaba poco para que empezase el estudio. Metin seguía jugando sin enterarse de nada. Ignoraba que yo acababa de pelearme con Firlama por los hermosos ojos de su madre y saltaba sobre sus piernas delgadas, desafiado la gravedad con sus deportivas blancas y, en cada lanzamiento, metía la pelota en la red.

* * *

COMO LA MAYOR PARTE de los alumnos, yo daba la réplica a las muchachas pintarrajeadas que, desde las ventanas de los burdeles de la calle del hammam de Galatasaray, nos lanzaban pullas. Pero el fin de semana, cuando salía, no tenía el coraje de cruzar la puerta de aquellas casas torcidas. Sin embargo, yo

había crecido y ya no era un niño. Pero en mi fuero interno, todavía no era un hombre. Un día, después de emborracharme con Firlama en el pasaje de las Flores, lo acompañé a la calle Abanoz, pero al llegar a la bocacalle, me acobardé. Firlama entró en el primer burdel y por la noche, en el dormitorio, como de costumbre, nos contó con todo lujo de detalles cómo se «había tirado a una puta». Ante la desnuda evidencia, la chica había dicho: «¿Qué diablos es eso? ¿Eres un caballo o un mulo?». Y él, ni corto ni perezoso, le contestó: «¡Ni lo uno ni lo otro, preciosa, yo soy un hijo de Adán y de la madre que me parió!». La chica había sonreído: «Bueno, entonces, métela con cuidado. Si no, no me acuesto contigo.» Tal vez fuese la palabra «tirar», las alusiones sórdidas, los términos ordinarios, lo que me disuadía de ir a los burdeles. Un lenguaje, sin embargo, harto expresivo. Fanfarroneábamos porque éramos tímidos, estábamos desamparados y, no obstante, libres de actuar a nuestro antojo. De hecho, no éramos más que adolescentes asustados y frágiles. Más tarde, frecuentaría los burdeles, pero jamás puse los pies en la calle Abanoz.

Mi pistolita se accionaba todas las noches, yo levantaba mi tienda y disparaba. Me gustaba sostener en la mano mi virilidad dura como el hierro, ávida y exigente. El amor no está en el acto, está en el sueño. Es lo que nos impulsa a fundar una familia y a tener hijos —en realidad, ¿es tan necesario?—. Para saciar nuestros apetitos sexuales, había otras mujeres, las que nos provocaban desde lo alto de sus ventanas, que esperaban medio desnudas en la calle Abanoz, unas criaturas desdichadas que los turcos llamamos *hayat kadinlari*, «mujeres de la vida». No me atreví a preguntarle a nadie por qué se les llamaba así. Consulté distintos diccionarios sin hallar respuesta. Me imagino que será porque son dulces como los caramelos *hayat*. Me apetecía coleccionarlas también, pero mi resolución se derretía antes de alcanzar la calle Abanoz. Con el corazón al galope, regresaba al liceo para aliviarme en el aseo. Y por la noche levantaba mi tienda de campaña. Pero estaba inquieto, porque era pecado. Después de los tormentos de la tumba, sería arrojado al infierno, en donde me esperaba un fuego siete veces más ardiente que el de la tierra y calderos llenos de agua hirviendo, serpientes, escolopendras y escorpiones. Sería pasto de las aves de rapiña y los demonios. Debía purificarme totalmente haciendo mis abluciones. El dormitorio se había

sumido en un sueño profundo, los vigilantes habían acabado su ronda. Entonces me levantaba e iba al aseo. Llenaba con agua del grifo la jarra que había birlado en el comedor y guardaba escondida en un rincón. Vertiendo agua sobre mí, realizaba la ablución completa. No escaparía al infierno, pero al menos estaba limpio de mi impureza. Y ahora, recordando aquella agua fría que por la noche caía sobre mi cuerpo desnudo, pienso en Heráclito. No es la misma agua la que fluye sobre mi cuerpo, pero obviamente me baño siempre en el mismo río.

Había empezado a interesarme por la madre de Metin. Con la esperanza de atraer su atención, cuidaba mi aspecto. Llevaba en el bolsillo trasero del pantalón un espejito redondo decorado con un gallo y, en efecto, llamaba la atención. Mis compañeros, empezando por la Pinza de depilar, se daban cuenta de aquel cambio cuya causa ignoraban. Frecuentemente me miraba al espejo y retocaba mi atuendo, adoptaba poses, me perdía en mis pensamientos o al menos fingía hacerlo.

Cazibe *hanim* venía a menudo a visitar a su hijo, siempre con algún regalo. Metin solía compartirlo conmigo, pero no tenía ninguna intención de compartir a su madre. Que no se me malinterprete, lo que quiero decir es que no quería ver a nadie interponerse entre su madre y él. Le hablaba muy poco de mí. Aunque éramos amigos, casi como hermanos, aunque compartíamos pupitre, regla, compás, goma, lápices, libros y secretos, era tratado como un perfecto extraño. Eso duró unos años. En cada visita de su madre, se me rompía el corazón, ya fuese durante las clases de francés o durante las otras clases, sobre todo en las más aburridas, como álgebra y geometría. Cazibe — de nombre premonitorio, pues significa «seducción»— era una mujer extremadamente atractiva y con el correr de los años, sin darme cuenta, fascinado, me acerqué a Metin, que se había convertido en un hermano de sangre. Los fines de semana volvía a su casa y yo me quedaba solo con algunos internos, paseando arriba y abajo por las grandes aulas, los pasillos oscuros y los dormitorios silenciosos con las azuladas lamparillas nocturnas. Los pequeños no estábamos autorizados a salir a no ser que un tutor responsable viniese a buscarnos. Los mayores, más afortunados, tenían derecho a salir unas horas. Cuando alcancé la edad requerida, empecé a pasar los fines de semana en casa de la Pinza de depilar.

A falta de tutor, me procuré una nueva familia. La villa que tenían en Bebek los padres de mi amigo se convirtió en mi segunda casa. No se parecía ni remotamente al internado o a las viviendas del cuartel de las ciudades de provincias. Eran el día y la noche. Levantada a orillas del Bósforo, era muy diferente de los *yalis** de la época otomana. Era un coqueto chalé de dos plantas, con balcones y amplios ventanales, conforme en todo a los cánones de la más moderna arquitectura. Solíamos entrar por el jardín trasero, desde donde se accedía a la cocina, se cruzaba el salón donde había un piano y se subía a la planta superior por una ancha escalera. El ambiente recordaba las películas de Hollywood que veíamos habitualmente, y todos los muebles, incluidas las cortinas, eran de importación. El jardín delantero era mucho mayor y más cuidado que el de atrás. Rosas, madreselvas, flores de alheña se extendían por todas partes; una escalera bajaba al mar. Había ciruelos, higueras e incluso un magnolio. Al pie de una morera, un balancín pintado de rojo esperaba a que alguien se interesase por él. Los días soleados, los reflejos de las aguas del Bósforo bailaban en el techo de todas las habitaciones que daban al mar. Mi dormitorio y el de Metin se encontraban en el lado opuesto. Pero pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo en la biblioteca contigua a la alcoba de sus padres, que estaba tapizada de espejos y daba al Bósforo. No estábamos interesados en los libros de derecho encuadernados en piel, pero habíamos encontrado en un cajón varios números de *Playboy*. Era en esta pieza donde hacíamos los deberes. El padre de mi amigo venía muy raras veces a Estambul. Cuando no estaba en Ankara o en Anatolia, viajaba con el primer ministro. Desde que era ministro, Halim Kurban bey apenas pisaba aquella casa. Se murmuraba que tenía una amante en la capital. El pequeño velero que tanto le gustaba estaba fondeado frente al chalé y su perro Alicenap, al que también quería mucho, lo esperaba acostado en su caseta, en el jardín trasero.

Me llevaba a las mil maravillas con Alicenap. No era el típico mastín hosco que ladra a los transeúntes, como se ve frecuentemente en ese tipo de chalés. Era un chucho viejo y minúsculo. Ya no me acuerdo de si era macho o hembra, pero tenía un pelo largo y blanco y unos ojos azules que, como los de su dueña, te traspasaban despidiendo chispas azuladas. Se pasaba la mayor parte del tiempo en su caseta y, por la noche, dormía en brazos de Cazibe. Era

un perro aristócrata. Tenía la gracia, el encanto y la elegancia de su dueña. Si hubiera crecido bajo el yugo de Halim bey, probablemente no habría sido tan cariñoso, tan dócil y tan familiar. Evidentemente, estaba mejor alimentado que yo y rodeado de más afecto. A su lado yo parecía un vagabundo. Yo era un interno y, encima, adolescente. Él había vivido su vida, pasaba sus últimos días solo en la caseta. Por un capricho del destino, sobrevivió a Cazibe. La vida de un hombre es más larga que la de un perro, pero, no sé si lo sabéis, mucho más corta que la de un cuervo. En cuanto a Halim bey, después de haber sido condenado a muerte, sobrevivió a su perro gracias a mí y a su mujer.

* * *

HALIM AGA ERA ORIUNDO de Akhisar. En Estambul era bey, pero en su país, a orillas del mar Egeo, llevaba todavía el título de agá. Era el hijo único de una familia de terratenientes llegados de Crimea, que poseían viñedos, plantaciones de tabaco y olivares. Había pasado su infancia a orillas del Gediz y, antes de ir a estudiar al liceo de Izmir, había crecido como un niño mimado en la hacienda paterna, bajo las faldas de una madre autoritaria. Pese a su nombre, que significa «pacífico», Halim era violento y sensual. Perdonadme por anticiparme a los acontecimientos; de hecho, no me enteré de nada de esto hasta mucho más tarde. Mencionaré solamente que era uno de los ministros más tiránicos de Menderes. Había estudiado derecho en Estambul y, antes de lanzarse a la política como miembro del partido demócrata, se había casado con una de las chicas, si no la más rica, al menos la más llamativa de la ciudad. No tenía mucho en común con su esposa, aunque, de pelea en reconciliación, se amaban a su manera. No dormirían en el mismo colchón, pero eran de la misma opinión. Había que verlos besarse cuando se encontraban. Y también discutir. Durante el tiempo que pasé en su casa, ocasionalmente fui testigo de sus amores y de sus peleas. Sin duda por eso había decidido no casarme nunca y, si vivía con una mujer, no tener hijos. Por desgracia, acabé cometiendo las dos estupideces. Para desgracia de mi mujer y de mi hija, claro. Se distanciaron las dos, pero tengo la impresión de que mi mujer está cerca de mí. Pienso en ella todos los días. ¡Qué hermosa

era, qué pura y graciosa! Mi hija se le parece, aunque ha heredado mi carácter. Diría que incluso es desabrida, pero no quiero criticarla. Viene de vez en cuando a poner la mesa para su anciano padre. Me gustaría que lo hiciese más a menudo, pero por lo visto tiene un rollete —como dicen los jóvenes de hoy— y está loca por él.

No creáis que me arrepiento. En absoluto. ¿Quién no ha experimentado alguna vez resentimiento con respecto a su propia descendencia? No me gusta mucho la palabra *zürriyet*¹¹, prefiero *hürriyet*, que se le parece engañosamente¹². Y ¿hay algo mejor que la libertad? ¿La ciencia? De ninguna manera. La guía que nos muestra el camino no es la ciencia, no, esa guía es la libertad. Mi padre, Hasan el Calvo, devolvió a mi país la libertad que Halim agá le había arrebatado. Pero dejemos a mi padre en paz, es hora de avanzar, de ir al grano. Decía que Halim bey y Cazibe *hanim* se querían a su manera. En realidad, Cazibe amaba a su hijo más que a su marido y sin duda por eso sentía hacia mí cierta ternura. Aparte de su nombre, nada en ella recordaba a Anatolia, mientras que Halim bey, con su rudeza, su pelo negro, sus ojos rasgados, sus pómulos salientes y sus pestañas de un negro azabache, amén de sus modales, olía a terruño por los cuatro costados. Se había licenciado en derecho, pero no había querido ser abogado, ni fiscal, ni juez, optando por quedarse como Halim aga. Veía en el campesinado una reserva de votos; en período electoral se ocupaba exclusivamente de sus problemas y repartía dinero a manos llenas. Carecía por completo de la dulzura que su nombre sugería y, si no hubiese sido diputado, habría significado para Metin una verdadera calamidad. Finalmente fue él el golpeado por la calamidad, cuando mi padre Hasan el Calvo y un puñado de oficiales tomaron el poder, pusieron todo patas arriba y devolvieron la dignidad a un país esclavizado.

Cazibe jamás puso los pies en las tierras de su marido, nunca había visitado a su familia política, que seguía viviendo en el pueblo. Sus suegros se instalaron en la casa que su hijo tenía en Estambul, pero no aguantaron mucho tiempo. De su familia, a ella no le quedaba más que su anciano padre, que vivía en el extranjero. Solo tenía a su hijo. También tenía un marido, pero se había dejado arrastrar por la vorágine de la política, y ni siquiera los días festivos ni con la ayuda de una linterna lo encontraríais. Para esta joven madre, que en ausencia de su marido se consagraba por entero a su hijo, yo

era un interno becado, un provinciano tímido e insignificante. No tenía nada digno de mención, solo era un compañero de clase de Metin. Para Cazibe, la vida de provincias y el mundo de los oficiales que pasaban su existencia en un cuartel eran fenómenos de otro planeta. A veces me hacía preguntas embarazosas: ¿qué clase de hombre era mi padre?, ¿qué le había ocurrido a mi abuela?, ¿realmente había perdido a su familia en la guerra de los Balcanes o exageraba sus infortunios, como todos los desplazados? ¿Cómo vivíamos en provincias? ¿Qué comíamos, qué bebíamos, con quién salíamos? En cambio, tal vez por no apenarme, no me hablaba nunca de mi madre. Solo una vez me preguntó si tenía su foto y, tras obtener una respuesta negativa, nunca más abordó el tema. Se interesaba mucho por la vida privada de mi padre. ¿Por qué no se había vuelto a casar?, ¿había una mujer en su vida o se consagraba en cuerpo y alma al servicio de la patria? ¿Qué pensaba hacer después de su retiro? ¿Seguiría cazando? Aunque yo respondía invariablemente que no sabía, ella no se cansaba de repetir las mismas preguntas que me incomodaban. Un día explotó: «Mi padre está casado con la bebida, no desea otra mujer». Ya solo me quedaba contarle las noches de borrachera en Casa Muhtar, las conversaciones de la mesa e incluso los interludios de los músicos masacrando a Mozart. Escuchó con interés y a modo de conclusión dijo: «Espero conocer algún día a tu padre.»

Para Cazibe *hanim* yo no era solamente un compañero de su hijo, un interno becado secuestrado entre cuatro paredes en la ciudad más bella del mundo. Era «el hijo del capitán». ¡Qué lástima no haber sido «la hija del capitán» de la célebre novela de Pushkin y haber experimentado las mismas aventuras! Yo también había crecido en una ciudad provinciana y mi padre tenía por misión esperar al enemigo y preparar los planes de defensa. Solo que no había enemigo a la vista amenazando con asaltar la ciudadela y aterrorizar la región. Ni muerte ni violencia, únicamente montañas nevadas, reclutas haciendo instrucción, una aldea remota lejos de la capital y cañones herrumbrosos. Al menos hasta ese momento. Fue después de que ahorcasen a los ministros cuando la violencia irrumpió en mi vida, mejor dicho, en nuestra vida. Los insurrectos no propagaban el terror como en *La hija del capitán* de Pushkin, los oficiales heroicos no derramaban su sangre por la patria. Pero, al cabo de unos pocos años, acabaron combatiendo al enemigo

interior. Mi padre y mi madre no fueron, como los de Macha, masacrados por los insurrectos; aunque mi abuela, al igual que Vasilisa Yegórovna, ejercía sobre su hijo una férrea tutela. Yo, viniendo a Estambul e ingresando en la escuela, me había garantizado mi seguridad. Había tenido mucha suerte, y, como decía Cazibe, ¡Dios sabe lo que habría sido de mí y dónde habría acabado si no hubiese obtenido mi beca!

Cuando Metin le contó a Cazibe que mi padre era oficial, no había omitido especificar que había perdido a mi madre a temprana edad y Cazibe había comenzado a tratarme como si fuera su segundo hijo, sin escatimar comprensión y afecto. Pero las cosas cambiaron cuando llegué al último curso. Ya no era un adolescente, era un hombre hecho y derecho. Me daba cuenta de este cambio, tenía mayor confianza en mí mismo, me iba librando poco a poco de mi timidez. Cuando Cazibe volvía hacia mí la mirada profunda de sus ojos azul noche o cuando sonreía dejando ver sus dientes de una blancura deslumbrante, que brillaban —no voy a decir «como perlas» aunque, como repetía constantemente Bonito Culo, «comparación no es falta»— entre sus labios carnosos, yo sentía una llama azul recorriendo todo mi cuerpo. Cuando llevaba sus preciosos dedos hacia la cabeza para retocar sus cabellos, me preguntaba cómo no me estallaba el corazón en el pecho. Estaba bajo su hechizo desde hacía tiempo, pero, cuando me hallaba a su lado, ya no bajaba la cabeza como antes. Y cuando decía «¡Eres un encanto!», ya no me ponía colorado. Recuerdo como si fuera ayer la primera vez que nos tocamos. Sí, lo sé, es una expresión muy plana, nada gráfica. Podría decir, inspirándome en el lenguaje de Firlama, «la primera vez que se me tiró». No guardo el recuerdo de los manoseos y abrazos de otras mujeres, pero no olvidaré nunca el instante en que Cazibe me tomó en sus brazos no como una madre, sino como una amante.

Estoy sentado en la planta baja del chalé de Bebek, en uno de los sillones de cuero orientados hacia el mar, pero no me interesa el paisaje. Hojeo un número de la revista *Hayat*. Me entero de un montón de cosas: la actriz Muhterem Nur ha tenido otra aventura; Ayhan Isik tiene un papel en una nueva película; el cantante Zeki Müren se reunió con sus fans en Taksim y el té de las cinco en el Hilton se ha convertido en un rito obligado para la alta sociedad de Estambul. Hay también algunas noticias serias: la agitación de

las universidades, el hervidero político, las protestas de los jóvenes y, en una esquina, las promesas de los líderes antes de las elecciones. Pero nada de eso me interesa y miro a Cazibe por el rabillo del ojo. Más bella y atractiva que nunca, contempla el paisaje. Metin se ha ido a entrenar. Su padre estaba en Ankara o una vez más de viaje con el primer ministro. La revista se me cae de las manos. Mi mirada va de Cazibe al paisaje. El mar arde en el crepúsculo, pero las gaviotas no han perdido su blancura. Una de ellas, posada en una boya cubierta de algas, parece observarnos. Como los yates anclados en la ensenada de Bebek. Las velas del barco de Halim bey han sido amainadas. Un barco pasa a lo lejos. La voz del muecín se escapa del pequeño minarete de la mezquita del parque. Cazibe se levanta y pone un disco de 45 revoluciones en el *pick-up*. La voz grave de Édith Piaf ahoga la del almuédano:

*Non, rien de rien,
Non, je ne regrette rien
Ni le bien qu'on m'a fait
Ni le mal, tout ça m'est bien égal...*

Durante un momento, escuchamos la canción. Piaf nos traslada lejos, quizás a París, en una tarde lluviosa, o al gusto áspero de un vaso de vino saboreado en un café lleno de humo. Cazibe ha estado en París, yo me contento con soñar. Sin embargo, soy yo quien sabe francés. Sin que me lo pida, me pongo a traducir las palabras de la canción, me las sé de memoria, suelo canturrearlas muy bajito, para mí mismo, durante el recreo. «Otra vez, por favor» dice Cazibe. Yo obedezco.

Se queda un rato frente al ventanal que da a la terraza. Mira el Bósforo, cuyas olas se ensombrecen poco a poco en la oscuridad. Un vapor se aproxima al embarcadero de Kandilli. La resaca golpea el *yali* de los chipriotas, las tinieblas se ciernen sobre Göksu. Parpadean las luces de los barcos que zarpan a la pesca del pejerrey. Desde donde estoy, no veo a los viajeros que a lo lejos descienden de los barcos, pero no pierdo un detalle de la silueta de Cazibe. No lleva sus zapatos de tacón, sino unas zapatillas. Esto la acorta sin despojarla de su gracia. Me da la espalda. Viste una falda blanca muy corta algo pasada de moda y se ha echado un chal azul marino por

encima de los hombros. Cuando se vuelve hacia mí, solo veo sus pechos. En la penumbra, da la impresión de que se hubiesen salido fuera del sujetador. Sus piernas son largas, sus muslos algo más cortos, sus caderas estrechas. Sus cabellos caen un poco sobre su nuca, lleva el collar azul que se pone a menudo cuando se queda en casa. Se decide de repente, llega con paso rápido y se deja caer a mi lado en el sillón. Oigo su corazón latir en mí. Me atrevería a decir que late como el corazón de una chica, pero nunca he oído ni sentido latir el corazón de una chica y no estoy seguro de cuál es la expresión adecuada. ¿Qué va a pasar ahora?, ¿por qué se ha sentado a mi lado?, ¿qué está pasando por su mente?, ¿hasta dónde quiere llegar? Mientras estas preguntas se agolpan en mi cabeza, ella acerca su mano y me acaricia el pelo. Supongo que por decir algo, comenta: «Tienes el pelo largo», luego me susurra al oído: «Más largo que el mío», y con su mano libre me toma por la espalda y me atrae hacia sí. Nuestros labios se juntan.

Si no os importa, vamos a hacer una breve pausa. E incluso, si me lo permitís, no voy a contaros lo que siguió. Ya estoy oyendo vuestras protestas, vuestras muestras de impaciencia: «¡Venga, hombre, sigue! A ver, ¿qué pasó? ¡Lo que nos interesa, precisamente, no es el comienzo, sino lo que sigue!». Comprendo. Pero debéis poner freno a vuestra curiosidad. No voy a contaros cómo Cazibe me llevó al primer piso, a su alcoba, cómo me quitó una a una las prendas de ropa y, cuando me quedé totalmente desnudo, cómo se echó sobre mí; cómo, para relajar mi cuerpo tenso, me acarició, suavemente primero, luego cada vez con más intensidad; cómo despertó mi sexo entre sus manos y se puso a besarlo con sus labios voluptuosos y a morderlo con sus finos dientes, y luego, introducido en su boca, cómo creció en aquel nido ardiente; cómo pensé en el sexo de Firlama emergiendo de su toalla deshilachada, preocupado porque no se me irguiese como a él; cómo, uniéndome al cuerpo dorado de Cazibe, entrando en él, ya solo fui uno con ella, me sentí una parte de ella, y cómo la primera mujer de mi vida (aparte de Elif) abrió en mi sensibilidad de muchacho una herida incurable. No, no voy a contároslo. Pero os diré una cosa: a partir de ese día el liceo se convirtió para mí en un infierno y los fines de semana en los que esperaba hacer el amor fueron los más hermosos de mi vida.

[10](#) En la religión musulmana, puente que se cierra sobre el infierno.

[11](#) *Zürriyet* significa «descendencia».

[12](#) *Hürriyet* significa «libertad».

LA JORNADA, DIVIDIDA en tramos horarios, llevaba su ritmo en el mismo orden que en el cuartel, pero con menos disciplina. Nos despertaban a las seis y media a golpe de timbre. Por lo visto, había reemplazado al tambor, del que no tengo experiencia personal, y sobre el que los mayores hablaban a menudo. Además, llamaban *El Tambor* al periódico del liceo para el que llegué a escribir algunos artículos, así como algunos versos evocando mi amor secreto por Cazibe. Quienes leyeron mis poemas les dispensaron buena acogida, y Bonito Culo, nuestra profesora de literatura, me felicitó; pero, aparte de eso, mis poemas pasaron sin pena ni gloria. Firlama provocó un escándalo publicando una serie, escrita con un estilo muy particular, relatando sus aventuras en Abanoz. Como era evidente que yo estaba en el ajo, ambos pasamos por el consejo de disciplina y decidimos no volver a publicar en *El Tambor*, lo que no nos impidió seguir contándonos nuestras experiencias amorosas. En mi caso, se trataba de un amor prohibido, y hacía creer a Firlama que era fruto de mi imaginación. Hablaba de ello también con otros, incluso con Metin. De hecho, sobre todo con Metin.

Cuando he dicho que nos despertaban a las seis y media, era una manera de hablar. En invierno, la calefacción estaba apagada desde hacía horas, suponiendo que la hubiesen encendido, y remoloneábamos en la cama hasta que llegaba el vigilante a arrancarnos las sábanas. Luego, hacíamos cola en los aseos; los espejos de los lavabos, cuando los había, estaban rotos. Ha pasado el tiempo y tal vez esté soñando, pero todavía veo mi rostro en el espejo de madrugada. La imagen que me devuelve no se parece en nada a un rostro adolescente. Es una máscara blanca, una faz como se ve en las historias de bandidos o en los cuentos de *Las mil y una noches*. Todavía llevo esa máscara, aunque la mayoría de la gente no se dé cuenta de ello. No es para mezclarme con la multitud del carnaval o para ir a un baile de máscaras, sino porque no me he liberado aún de esas impresiones matutinas. ¿Quién era yo,

entonces, en el dormitorio al despertar: un *djinn* o un derviche saliendo de una larga mortificación? ¿Quién era yo, con aquellos ojos hundidos y facciones demacradas, con aquella cara abotargada por el insomnio? Mi barba no era blanca como hoy, pero estaba enmarañada y, a pesar de las constantes reprimendas del vigilante de internado, larga y sucia como mis cabellos. En la escuela, se calentaba el agua del baño una vez por semana. Más adelante, en el chالé de Metin, empecé a afeitarme, pero entonces estaba tan ocupado en hacer burbujas en el agua espumosa del baño que no encontraba tiempo para lavarme el pelo. A veces, como antaño Elif, Cazibe se empeñaba en bañarme, pero siempre acabábamos en la cama.

El estudio de la mañana empezaba a las siete. Los repetidores más recalcitrantes espiaban el momento de bajar al jardín delantero para ponerse de palique con el albanés que vendía *böreks*, cuando llegaba con su triciclo de reparto. Se informaban de los últimos cotilleos de las *boîtes*. No es que el albanés se pasase las noches en los clubes nocturnos, pero observaba la idas y venidas de las chicas y sabía quién había ido con quién. A veces los alumnos hacían novillos durante el estudio e iban a comprarle un periódico. Si estabas bien despierto y en paz contigo mismo y con lo que te rodeaba, las horas de la mañana eran las más propicias para el trabajo intelectual. Habréis observado que no he dicho «en paz con el mundo». Es porque el mundo, para nosotros, era otro planeta. Fuera de la vida del internado, de las aulas y de los pupitres, de las paredes y de las pizarras, de los pasillos oscuros y de los fríos dormitorios, de los comedores donde nos apiñábamos y de las rejas pintadas de verde, todo era un sueño lejano e inaccesible.

Durante el estudio matinal, memorizando poesía y prosa, aprendía enseguida mis lecciones. Pero, en el desayuno, me olvidaba de todo. Bajábamos al comedor a las ocho y media. El desayuno consistía en un té tibio servido en una taza desportillada y una tostada con mantequilla, jalea o mermelada. Habitualmente, los repetidores, que pasaban antes que nosotros, arramplaban con estas golosinas y yo me quedaba con hambre. Sí, pasé hambre cuando estuve interno. Y también conocí la injusticia y la tiranía. Pero al internado le debo también mi obstinación, mi resistencia y la saludable costumbre de levantarme temprano. Y también mi imaginación y las perlas que pueda dejar en esta grabación. Bonito Culo me enseñó muchas

cosas, haciendo especial hincapié en las reglas de la composición literaria. No soy malo en retórica, aunque en mi profesión, informando a los miles de oyentes de radio sobre lo que pasaba en el mundo, haya tenido que enfrentarme más a menudo con imágenes que con palabras. Confieso que también debo al internado mi hipersensibilidad y el hecho de que deteste, casi tanto como la soledad, estar constantemente rodeado de gente. ¡Bah!, no me hagáis caso, la soledad tiene su lado bueno. Por lo menos al principio, porque a la larga corroe como la humedad y acabas siendo arrastrado por el viento, sin encontrar una rama a la que agarrarte. No teniendo a tu lado, en el alba indecisa, a nadie a quien confiarte.

Antes del almuerzo teníamos cuatro horas de clase, el primer recreo duraba cinco minutos, el segundo veinte; he olvidado cuánto duraba el tercero, pero no importa. Si carece de importancia, me diréis, ¿por qué he hecho hincapié en la duración de los otros recreos? Bueno, es porque el tiempo en la escuela era diferente del tiempo en el exterior. Yo vivía a dos ritmos distintos: los fines de semana, el tiempo pasaba en un soplo, pero los días de clase no se acababan nunca. Durante los recreos, arrebuñado en mi pelliza de piel vuelta, trataba de dormir en un rincón del aula o inclinado sobre un pupitre, lo que, como ya he comentado, me valió durante cierto tiempo el apodo de «Jean Valjean» o «el Miserable». Me llamaban también «El hijo del capitán», pero este sobrenombre fue efímero. Firlama, que como yo tiene un pie en la tumba, pero sigue en este mundo, está muy satisfecho de su sobrenombre, «el Luchador». Metin, la «Pinza de depilar», también. Nos reunimos a veces para almorzar, se acuerdan perfectamente de sus apodos respectivos, pero han olvidado el mío. Menos mal. De otro modo, por si no me llegase con ser viejo, tendría que oír cómo me tildan de miserable. Y seguiría siendo el hijo de capitán, aunque mi padre hubiese acabado sus días con el grado de coronel. Si queréis que os diga mi opinión, el verdadero miserable es nuestro primer ministro. Aparece todos los días como un pincel en las pantallas de televisión, pero a mí no me la da: estoy seguro de que al llegar a casa se pone un gorro y unas pantuflas. Sus corbatas, que van del rojo oscuro al negro, son para la galería; en realidad le gustan las camisas de cuello mao y se las pone en cuanto tiene ocasión. Si eso no es política barata, decidme qué es. Pero bueno, volvamos a mi querida escuela. Ojalá me

equivoque, pero me da la impresión de que tiene los días contados. A la gente, aquí, le encanta asomarse al balcón. Hemos adoptado la cultura occidental, pero nuestras relaciones con Francia no son lo que eran. Estoy muy preocupado, corremos el peligro de ver el liceo de Galatasaray convertido, de la noche a la mañana, en un seminario para imanes. Nuestro primer ministro expresó un día su deseo de formar imanes bien educados, modernos, políglotas. No le arriando la ganancia. ¡Pero de ahí a hacer de nuestra escuela un semillero de imanes! Me encantaría poder decir «Que haga lo que le dé la gana y que se vaya al diablo», pero quiero mucho a nuestra escuela y me rompe el corazón. El que peor lo lleva es Firlama. «¡Menos mal que nosotros no lo veremos!», suspira. Y, a continuación, la toma con el padre de Metin. Según él, todo esto viene de atrás y es culpa del Partido Demócrata. No contento con hacer salmodiar en árabe la llamada a la oración, multiplicó en el país los seminarios de formación de imanes. El ahorcamiento de tres de sus miembros no cambió casi nada. Nadie aprendió la lección, sobre todo los capullos de nuestros políticos. Yo lo escucho abatido en mi rincón, en silencio. Bebo un vaso de raki tras otro, mascullando. Firlama es como yo, no se anda con chiquitas a la hora de decirle cuatro cosas al primer ministro. ¡Genio y figura! Sigue siendo un «luchador», hace honor a su apodo. No conoce el miedo. ¡Bravo! El decoro me prohíbe repetir aquí los insultos que profiere y no tengo ni ánimo ni tiempo para «gestionar la situación», como diría mi padre Hasan el Calvo.

Después de la cuarta hora de clase, bajábamos a almorzar. A la una teníamos la quinta clase y exactamente cuarenta y cinco minutos más tarde, la sexta y última. En el intervalo había otro recreo, pero no me preguntéis por su duración, no me acuerdo en absoluto. Cinco o diez minutos, quizás, pero sí recuerdo que entonces también me caía de sueño. Me quedaba dormido con la cabeza sobre un pupitre. Curiosamente, después de las clases, durante la pausa más larga, no tenía sueño, y no sabía qué hacer para matar el tiempo. Encendía un pitillo con otro en el patio grande o, ya en el último curso, paseaba arriba y abajo por el jardín trasero o por el corredor, o bien leía o escribía, pero no lograba ahuyentar mi aburrimiento. El último recreo era horriblemente pesado, como una enorme serpiente enroscada sobre mí o como una pesada carga. Después de mi aventura con Cazibe, se volvió

completamente insoportable. No hacía otra cosa que pensar en ella, me la imaginaba haciendo el amor en un sofá del salón, en el escritorio de Halim bey o incluso en un camarote de su yate que estaba atracado frente a la casa; rebosante de alegría o, de repente, abrumado por la vergüenza. Incluso durante las clases, pensaba constantemente en Cazibe. Ella era el resultado de las ecuaciones; en el laboratorio surgía en todos los experimentos de química; veía sus rasgos en cada una de las figuras de la clase de geometría, del triángulo al trapecio; las novelas de la clase de literatura y las gloriosas batallas de nuestra historia contadas por el Omnisciente no hablaban sino de ella, y en mi somnolencia durante los recreos, era su imagen la que se alzaba ante mí. Después de cenar, en el estudio vespertino, mientras hacía los deberes sentado en el mismo pupitre que Metin, ella ocupaba mi mente y, lleno de remordimientos, hacía todo lo posible para que mi compañero no sospechase. No sospechaba nada y se burlaba de mí. Nos peleábamos, a veces, pero el enfado no duraba. Y mientras él iba a entrenar al baloncesto y lanzaba diestramente el balón a canasta, yo me acostaba con su madre... No voy a entrar en detalles, o me colgaríais como a Menderes y su camarilla.

Esperad, no he terminado. Me pasaba los días y las noches soñando con Cazibe. Pensaba en ella incluso de madrugada, masturbándome y buscando un sueño tan inalcanzable como ella. A veces, me lanzaba en su persecución. Después de haber dado cuatro vueltas alrededor del salón y una o dos en torno al piano, ella corría hacia la escalera, instándome a que la siguiese. Conseguía agarrarla por los pies, pero ella se soltaba enérgicamente. Uno de sus zapatos de tacón alto, a veces también una media de seda, se me quedaba entre los dedos. Se encerraba en el despacho de Halim bey. Y luego —los sueños son absurdos— aparecía en el jardín delantero y la persecución se reanudaba a la sombra de los árboles. Era primavera, los árboles de Judea estaban en flor y el bosque de Bebek se teñía de un rosa resplandeciente. Sentada en el columpio, Cazibe subía y bajaba, y cada vez que tomaba altura yo sentía subir la savia a mis riñones. Cuando descendía, me gritaba «¡Venga! Hazme volar de nuevo!». Apoyándome en el suelo, la empujaba cada vez más alto. Con las piernas separadas se abandonaba a aquel juego vertiginoso. Yo me inclinaba y el columpio, como un caballo con el bocado en los dientes, nos acariciaba con su aliento. Entonces ella se bajaba, cruzaba

el jardín corriendo y se lanzaba al agua. Yo hacía lo mismo, pero no lograba alcanzarla. Hubiera querido que aquella persecución no se acabase nunca.

* * *

AUN DESPUÉS DE haber visto el verdadero rostro de la muerte, seguía obsesionado con la idea de suicidarme arrastrando conmigo a Cazibe a las tenebrosas aguas del Bósforo. En el entierro de mi madre, el imán, siguiendo el rito mortuorio, había dicho: «Como todo lo que vive, ella ha conocido la muerte». La gente decía que descansaba en la paz de Alá o, incluso, que se había librado de la tiranía de mi abuela, pero a mí se me había metido en la cabeza que había ido a dar una vuelta y que iba a volver. No había sido testigo de su muerte y jamás visitaba su tumba. Para qué, si ella iba a volver, quizás no hoy, tal vez mañana o pasado, ella volvería de todas formas, y a su vuelta, sus cosas lo festejarían, y entre el murmullo de los cipreses la luna se levantaría detrás de las áridas y grises colinas.

Fue el suicidio de Sofu el Devoto lo que me hizo mirar a la muerte de frente. Fue terrible, pero no lo suficiente, sin embargo, para quitarme el impulso de suicidarme. El Devoto, encerrado en sí mismo, era el alumno más taciturno de clase. Venía de Konya. Mientras nosotros leíamos a Baudelaire y escuchábamos a Édith Piaf, él aprendía de memoria los cuartetos de Mevlana y recitaba los poemas de Yunus. Practicante del Ramadán, ayunaba junto con una docena de alumnos. Incluso lo vi una noche arrodillarse cuando todo el dormitorio dormía. Tenía una alfombra de oración roja. Firlama, con mucha prosopopeya, le había regalado un rosario. Sin olvidar añadir: «Mientras nosotros nos la meneamos, tú ve dándole al rosario».

Creíamos que los fines de semana iba a casa de sus padres. En realidad, había entrado en una hermandad, bajo la dirección de Mustafá Paşa, un jeque del barrio de Koca. Mientras yo estaba en casa de Cazibe, él permanecía en casa del jeque, fascinado por él como una polilla revoloteando alrededor de la luz. Participaba en los hechizos y en la danza de los derviches. A veces incluso se pinchaba alfileres en las mejillas. Pero la relación entre maestro y discípulo escondía un amor desesperado. Eso se descubrió después del suicidio. El fiscal intervino y abrió una investigación. El jeque y sus

discípulos fueron detenidos y costó lo indecible encontrar a un imán que aceptase celebrar la ceremonia fúnebre. Firlama y yo acudimos a la mezquita de Sümbül Efendi para ver por última vez a nuestro compañero antes del entierro. Yacía, completamente desnudo, en la sala de abluciones. Su rostro estaba totalmente azul. Pude ver allí mi propia muerte. En ese momento, oí al imán que acababa de aparecer a mi lado declarar: «A los ojos del islam, el suicidio es el mayor de los pecados. Es Dios quien da la vida y solo Él tiene derecho a quitarla». ¿Y mi madre, entonces? Si se había suicidado, ¿estaba también en el infierno? Por eso no había vuelto. Me diréis que los demás tampoco, pero en este caso es muy distinto: después de haber pasado por los sufrimientos de la tumba, al suicida se le libra a los demonios y queda expuesto a los tormentos eternos. De todas formas, aquella visión no hizo tambalear mi resolución de tirarme al Bósforo abrazado a Cazibe. Sin embargo, acabé entrando en razón. Me repetí a mí mismo el consejo que el Omnisciente le daba a Metin («¡Sé valiente!») y afronté valientemente mi dolor. ¿Qué dolor? El de ser huérfano, por supuesto. Agravado, ahora, por el mal de amores. Me parecía estar oyendo a Cazibe, quien, al mismo tiempo que repetía su famoso «¡Ah, qué encanto!», jamás faltaba al té-baile del Hilton. Una vez allí, debía de deshacerse en excusas, *¡Aşk olsun! ¡Aşk olsun!*, es decir: «¡Discúlpenme, por favor!». De hecho, literalmente, esta expresión quería decir: «¡Que haya amor!». Sí, el amor, por supuesto, ¿qué otra cosa desear?

Ahora, pensando en Sofu, recuerdo el partido de fútbol que disputamos en el patio grande cuando estábamos en último curso. Yo era el portero de mi equipo, y Metin, el del equipo contrario. Le habíamos dado ese puesto porque, siendo jugador de baloncesto, era más diestro con las manos que con los pies. Mis razones eran otras. Mi padre defendía la patria, yo debía defender a mi equipo contra los ataques del equipo contrario. Pero cuando encajé el primer gol —entre las piernas, para colmo—, a pesar de mis protestas me cambiaron y se puso Firlama en mi lugar. El equipo contrario no volvió a marcar. Y aunque nuestro equipo marcó en el último minuto, el enfermero, Saban el Oso, que arbitraba el partido, anuló el gol so pretexto de que había fuera de juego y declaró ganadores a nuestros adversarios. Nuestros hinchas, indignados, a pesar de su elevada estatura le pusieron en la

cabeza la alfombra de oración de Sofu y lo rociaron con un cubo de agua sucia. Sofu chillaba histérico: «¡Vais a manchar mi alfombra, hatajo de cabrones!», corriendo hacia ellos con aire amenazador. Mientras lo sujetaban a duras penas, seguía gritando: «¡Iréis todos al infierno!». Todavía recuerdo la réplica de Firlama, que siempre tenía la respuesta a punto: «¡El infierno eres tú, cacho tarado!». A continuación los hinchas cogieron la alfombra de oración que adornaba la cabeza de Saban el Oso, la agitaron como una muleta y el fútbol dio paso a la corrida. Saban pasó encantado del papel de oso al de toro, y no faltaron toreros para la faena. Capoteaban por turno con la alfombra de oración, mientras Sofu lloraba en silencio en un rincón.

Y A OS HABÍA dicho que estaba en último curso cuando Bonito Culo me mandó hacer un trabajo sobre *Un amor prohibido*, la novela de Halit Ziya, pero no os he contado cuánto me acercó esta circunstancia a Firlama, del que hasta copié su forma de hablar. No os podéis imaginar el parecido entre el argumento de la novela y la aventura que vivía yo con Cazibe. Aún me sigo preguntando qué había impulsado a mi profesora de literatura a infligirme aquel suplicio.

—Esta vez, estás jodido —me dijo Firlama.

—¿Qué quieres decir?

—No eres digno de morder la manzana y ser expulsado del paraíso como nuestra madre Eva. *Un amor prohibido* es la manzana prohibida. Cómela y lo lamentarás.

Yo pensaba en Cazibe, en lo que hacíamos. Y lo que no habíamos hecho todavía, pero no dejaríamos de hacer, se desplegaba ante mí como un baño de espuma, un colchón mullido, una alfombra persa de seda. Sin embargo, una duda me corroía. ¿Sospechaba algo Firlama? Tal vez se oliese mi relación con Cazibe y la ridiculizaba, como todo lo demás. ¿Y Bonito Culo? ¿Por qué me hacía pasar por aquella prueba? ¿Intentaba ponerme en guardia, recomendándome una novela que hablaba de un amor prohibido? ¿Quería castigarme? Me había puesto la soga al cuello diciendo: «El diablo debe sufrir». O pasaba la prueba, o me colgaban. Y, en cualquiera de los casos, estaría expuesto a las burlas de Firlama, que no iba a desaprovechar una ocasión semejante.

—Esa historia de la manzana no tiene ni pies ni cabeza —decía—. El culpable no es el hombre, sino la mujer. Es la que se deja tentar por el demonio y la que está condenada a parir hijos. Nadie va a tragarse que sea realmente una manzana lo que cogió del árbol y mordió.

—¿Qué cogió, entonces?

—¡Pues qué va a ser! El rabo de Adán, por supuesto.

—No tienes ni idea. En la novela, el amor es una oleada de sentimientos.

—Tú ponte a leerla y luego hablamos. Y avísame cuando haya penetración.

Bonito Culo me mandó leer la obra en versión original, es decir, en la lengua otomana. Ahora bien, la lengua de Halit Ziya no es precisamente un regalo, sino un auténtico suplicio. ¡Y si solo fuese la lengua! Las prácticas culinarias y el vestuario de las heroínas, los detalles referentes a las tiendas donde hacían sus compras, los objetos amontonados en los *yalis* y los paisajes que llenan páginas y páginas de la novela agotan al más paciente de los lectores. Todos esos paseos, esas contemplaciones, esas interminables descripciones de paisajes en lengua otomana son para echarse a temblar. Manejando con una mano el diccionario otomano que había pedido prestado en la biblioteca y con la otra el lápiz, me atiborré de *takarrüp*, *tebeddül*, *teşeddüt*, *tetabuh*, *tenakuz*, de *ihтира*, *imtizaç*, *intişar*, *ikraz*. Estaba literalmente obsesionado por todas esas palabras que empezaban por *m*. Todos estos *müdevver*, *müsemnim*, *mülevves*, *muşevveş*, *müsteni*, *münteha*, *müteaccip*, *müstevi*, *müdekkik*, *mücasele*, *mücella*, *müşevvik*, perturbaban mi sueño, sobre todo cuando la *m* iba seguida de una *u*, como *muttarit*, *muavenet*, *muannit*, *mukaret*, *muavveç* y *muaheze*, o incluso *mudhike*, aunque me partía el culo de risa, como dicen los jóvenes ahora.

La novela tenía más de tragedia que de comedia. Juzgad por vosotros mismos: «La huerfanita Nihal creció en un *yali* a orillas del Bósforo, educada por institutrices francesas. Su madrastra engañaba a su marido con un sobrino calavera que vivía bajo el mismo techo. En el momento culminante de la relación, al sinvergüenza del amante se le mete en la cabeza casarse con la niña y pide su mano». Yo estaba empachado hasta la náusea de todos aquellos diálogos, de los intercambios de cumplidos y de tanto paseo en barco a Göksu, que solo lograba descifrar a golpe de diccionario. Y no olvidemos las idas y venidas a Péra, las bodas, los paseos por Heybeliada, a orillas del Bósforo. Los amores prohibidos entre Bihter, la madrastra, y Behlül, el sobrino calavera, con su plétora de deseos, pasiones, celos, engaños y traiciones, chocaban frontalmente con las reglas morales de la época. Los caracteres de Adnan bey, padre devoto y marido engañado, y de

su hija Nihal carecían de interés. La novela, sin embargo, se dejaba leer. A condición de soportar las interminables descripciones de trajes, objetos diversos y paisajes y de acostumbrarse a todas aquellas áridas palabras árabes. Excuso decir que Behlül se tomó su tiempo antes de comer la fruta prohibida.

En el estudio de la noche, Firlama, viéndome enfrascado en mi lectura, sudando tinta china para descifrar aquel galimatías, se acercaba frecuentemente para preguntarme: «¿Qué, todavía no ha habido penetración? ¡Menudo amor prohibido!». De hecho, la historia tomaba un sesgo desagradable. En el fondo, lo que deseaba Bihter era convertirse en propietaria del *yali* que Adnan bey poseía en Tarabya y hacerse una posición en la alta sociedad de Estambul como esposa del hombre al que su madre, Firdevs *hanım*, echaba tiernas miraditas. Ella había alcanzado su meta, pero había echado mal las cuentas. Porque no amaba a su marido. Y este, en lugar de honrar a su joven esposa (Firlama decía «rendir honores» o «hacer los honores con el rabo»), parecía más preocupado por dedicarse a Nihal, la hija que le había dado su primera esposa. El autor no hacía alusión alguna a la noche de bodas, y esto me irritaba tanto como a Firlama. Esperábamos impacientes el paso a la acción. O más bien era Firlama quien esperaba. Yo, a riesgo de perecer ahogado, intentaba abrirme paso a través del caudal léxico del movimiento literario *Fecr-i Ati* (El alba del futuro).

—¿Qué?, ¿por dónde vamos? ¿Hay o no hay penetración? —preguntaba Firlama.

Yo respondía invariablemente en los mismos términos:

—Paciencia, chaval, ni siquiera la ha besado como dios manda.

—Bueno, no te saltes ni una página, pon mucha atención, no vayas a pasar nada por alto. Y avísame cuando la cosa esté a punto de caramelo.

Sudé la gota gorda para llegar a la mitad de la novela, momento en que Bihter no cede a las insinuaciones de Behlül o, si lo preferís, Behlül no la posee, o no «se la tira», como decía Firlama. Asediado por todas partes por las palabras otomanas, me resigné a las sutilezas psicológicas que relataban los estados de ánimo de nuestros héroes y a las descripciones de la naturaleza que te abruman desde la primera frase. Nada, ni siquiera las veces en las que Behlül echaba una canita al aire con una cantante holandesa de *Beyoğlu*,

logró disipar mi aburrimiento. Un día, me topé con una expresión ambigua. Pregunté a Firlama, quien, jugando con las palabras, me dio una de esas respuestas de sal gruesa cuyo significado solo él conocía. Pero ni siquiera eso me hizo gracia. Y casi me sentí decepcionado al descubrir —gracias al diccionario— que la expresión significaba simplemente «miope».

Antes de llegar al capítulo donde se produce la penetración, tuve que sufrir de nuevo la descripción detallada de la gabarra en la que iban de paseo, de la cama donde, como Firlama decía, «el tío aún no había magreado a su santa esposa» y de todos aquellos candelabros, pesados cortinajes, sillas Luis XV de nogal tallado, lámparas de pomposas pantallas, mesas y bancos de caoba, espejos, armarios y palmatorias sostenidas con mano firme por Beşir, el criado egipcio; tuve que tragarme el color y la forma de los velos de muselina y de los abrigos, y aprender de memoria el nombre de todos los vestidos y perifollos de los personajes femeninos, de sus joyas y de sus guantes. Estaba completamente sobrepasado cuando finalmente llegué a la escena donde Bihter, en su alcoba que daba al Bósforo, se desnuda y se contempla en un espejo. Fue después de esta escena interminable, que, como escribí en mi trabajo, «entraña un profundo significado psicológico», cuando por fin se produjo la penetración, «de forma tan repentina», como dice el autor, que hasta Firlama se sorprendió.

A fin de cuentas, esta escena narcisista revela todos los fantasmas de una mujer insatisfecha. Pero el escritor se expresa con torpeza, se pierde en circunloquios y apela al paisaje. No obstante, de repente tuve el presentimiento de que llegábamos al quid de la cuestión. Estaba tan excitado que, al leer la frase reveladora, me levanté precipitadamente y le grité a Firlama:

—¡Ya está, la penetración es inminente!

Lo que me valió una buena reprimenda del vigilante del estudio.

Permitidme compartir con vosotros la frase: «Ella pensaba en abrazos que la harían estremecerse hasta lo más profundo de su ser, ardía en deseos de ser maltratada, aplastada, anhelaba un amor que la embriagase hasta desfallecer».

Os preguntaréis cómo he podido recordar esa frase y recitar estas palabras sin vacilar. La respuesta es simple: guardo en mi archivo personal mi trabajo sobre *Un amor prohibido*, que fue calificado con sobresaliente por Bonito

Culo. A lo largo de mi vida, he perdido muchas cosas, que me han sustraído o que yo mismo he regalado. Pero os aseguro que nunca daré este trabajo a nadie. No sé cómo explicároslo. Tiene que ver con mi amor secreto, mi primer amor, que sin embargo no fue el último; me recuerda a Cazibe, a la que no olvidaré jamás.

Acercándome a Firlama, coloqué la frase bajo sus ojos. La leyó atentamente.

—Bueno —dijo—, esto está claro. ¡Por fin!, Bihter va a entregarse a Behlül. Me pregunto cómo va a arreglarse el imbécil de Halit para explicarlo. Supongo que cuando Behlül se la hingue, gritará «¡Más, más! ¡Dame más!». Está escrito, ¿verdad, Mukadder?

Debo aclarar que teníamos un compañero, un chico taciturno, que se llamaba Mukadder, que significa «el destino». Dejó la escuela en el último curso por razones familiares, y me pregunto si todavía estará vivo. Pero volvamos a Bihter. Supongo que sentiréis tanta curiosidad como Firlama sobre la dichosa penetración.

Así que aquí tenéis el famoso pasaje: «Según su propia confesión, esta soberbia mujer no llegó a florecer en el placer amoroso; se tenía por tan poquita cosa, accedía con total sumisión a todos los deseos de Behlül que su complacencia, rayana en el sacrificio, socavaba su dignidad y la envilecía; se humillaba, se degradaba. No le negaba nada a Behlül, no rechazaba ninguno de sus caprichos; sintiéndose obligada a concederle todo lo que él exigía o pedía suplicante, no se concedía a sí misma ningún placer».

Al oír estas largas frases, Firlama dijo:

—¡Vaya! ¡Pues sí que lo despachó rápido! Hemos subestimado a ese idiota de Halit.

Cuando le revelé que Behlül, a comienzos del siglo xx, había conocido también los pupitres donde hincábamos los codos, los dormitorios donde nos masturbábamos, las aulas donde estrujábamos nuestras meninges o, dicho de otro modo, que él también había estudiado en la Escuela del Sultán, me soltó:

—No me extraña nada. Todos los mujeriegos empedernidos salen de Galatasaray.

Finalmente, Behlül había logrado hacer perder la cabeza a su tía, pues la hizo su esclava, pero tras saborear el fruto de aquel amor prohibido y escupir

la pepita, no contento con lanzarse a la vida de libertinaje de Estambul, puso los ojos en su prima Nihal de quince años de edad y se le metió en cabeza casarse con ella.

Cuando se lo conté a Firlama, tan indignado como yo, me preguntó parafraseando la novela:

—¡Cuenta, cuenta! Behlül, a semejanza de las nubes engañosas, ¿sedujo a la joven?

—Según el autor, son los horizontes los que son engañosos, no las nubes —le respondí—. Y eso no tiene nada que ver con el engaño en el que estás pensando.

—Bueno, entonces déjame en paz y no me des la tabarra con eso. La penetración se ha producido y el resto me la suda.

Bonito Culo no calificaba con sobresaliente a cualquiera. Pero hay que reconocer que *Un amor prohibido* me había hecho sudar la gota gorda con sus problemas léxicos. Tan en serio me lo había tomado que incluso llegué a comparar a Bihter con Emma Bovary. Las concomitancias eran obvias. Tenían más de un punto en común, particularmente el suicidio. La una echa mano de un revólver, la otra del veneno. Víctimas ambas de su imaginación, de sus sueños románticos, engañan a su marido antes de ser «cepilladas por su gigoló», como dijo Firlama. Fue esa comparación la que me valió la nota más alta. Me moría por contarle todo esto a Cazibe, pero nunca me atreví a hacerlo. De manera que sois vosotros los que tenéis la primicia.

LA PUERTA DE entrada de columnas del edificio principal estaba coronada por un balcón que se abría a la primera planta; el reloj presidía la segunda, bajo el gigantesco escudo del liceo de Galatasaray, cuyas letras *GS* en rojo y amarillo destacaban sobre fondo negro. Durante ocho años esperé en vano que uno de nuestros dirigentes viniese a hacer un discurso desde nuestro balcón. El propio general de Gaulle, sin duda por razones de seguridad, prefirió la sala de conferencias Tevfik Fikret y sus cortinones granates. Ignoro si Atatürk tomó la palabra en este balcón con motivo de una fiesta de la escuela, pero nuestro actual primer ministro, entusiasmado por su victoria en las elecciones, tiene predilección por los balcones para pronunciar sus discursos. De lejos, saluda con la mano a la multitud que abarrotaba el lugar. Igual que nosotros abarrotábamos el patio de la escuela los lunes por la mañana. Mientras se izaba la bandera, entonábamos la *Marcha de la Independencia*, que cantábamos también los viernes por la tarde cuando la arriaban. Ahora, es la voz del muecín la que se oye a cada rato. Amplificada por los enormes altavoces de las mezquitas, nos recuerda cinco veces al día que Dios es grande. Nunca lo hemos dudado. Cierto, Alá es grande y nada se le puede comparar. Pero, como dice el judío del chiste, el barco es muy pequeño. Bueno, no quiero agravar mi caso, vamos al grano. Mejor dicho, a los viejos tiempos.

Durante mi estancia en la escuela, nadie acudió a pronunciar un discurso desde lo alto del balcón, pero las agujas del reloj nunca han dejado de perseguirse. La pequeña y la grande iban en cabeza alternativamente. A veces se superponían en un breve acoplamiento, pero su unión jamás dio otro fruto que los minutos fugitivos. Han pasado, incontables, así como las horas, las semanas, los meses y los años. Llegado al último curso, yo ya no era un adolescente, pero ni Cazibe ni Estambul se percataban de ello. A fuerza de expropiaciones, para su desgracia, Estambul también había cambiado y yo sí

que lo había notado. Podía caminar por Bebek balanceando los brazos por el amplio sendero que corría a lo largo del Bósforo y, contemplando la orilla opuesta, musitar una breve oración por el alma de los *yalis* abandonados y caídos en la ruina. La «península histórica», como se la denomina ahora, también había cambiado, las avenidas de la Patria y de la Nación se transformaron para el tráfico urbano, para desgracia de la patria y de la nación. Solamente Beyoğlu permaneció igual.

Por aquel entonces, los tranvías circulaban incansables por la calle Istiklal, hacían su recorrido tocando la campana mientras sus ruedas de hierro arrojaban chispas. Los autobuses, sobre sus enormes neumáticos, se paraban entre ronquidos y zarandeaban de un lado a otro a los viajeros que iban de pie. A veces, un carro cargado de sandías tirado por un caballo se colaba en el tráfico. Para no ser aplastado, el carretero se veía obligado a azotar al pobre jamelgo hartado de la vida, escuálido y famélico. El gentío andaba por las aceras a empujones. Las calles transversales, sobre todo las empinadas, eran el feudo de los vendedores ambulantes que recorrían el barrio en todas las direcciones. El vendedor de *simit**, con su cesta en la cabeza; el de yogur, con sus dos barreños a cuestas, colgados de un balancín, o el vendedor de *pilav* de garbanzos con su motocarro no eran en absoluto del estilo de Beyoğlu, pero iban y venían, prueba palpable del éxodo rural. Aquí, un pope saliendo de una iglesia, allá un imán practicando sus abluciones en el patio de la mezquita Aga. Nosotros, los internos, encerrados toda la semana detrás de unas rejas, los fines de semana tomábamos por asalto el pasaje de las Flores y los cines.

Cines, teatros y tiendas estaban abarrotados, aunque por la noche las calles adyacentes quedaban desiertas. Las fachadas oscuras y apergaminadas de los edificios, aterradoras, emitían extraños ruidos. Los clubes nocturnos y los puestos de fruta, de pescado y las abacerías, que permanecían abiertos, arrojaban sobre la acera manchas de luz. Llovía sin parar. A veces caía una ventisca, pero nunca vi Beyoğlu en el calor estival. Lo que veía eran abrigo, impermeables y paraguas negros. En primavera, el sol asomaba a veces la punta de la nariz entre dos chaparrones, pero el invierno imperaba siempre. El viento hacía volar los sombreros, revolotear las faldas, acelerar los latidos del corazón.

En el internado se dormía mal. Los maullidos de los gatos en celo por los tejados eran casi tan exasperantes como los de las gaviotas, tan aburridos como la llovizna de Estambul. Masturbándome en el dormitorio, pensaba en las mujeres de la calle Abanoz penetradas por descomunales y húmedos falos. No solo no me había tirado a ninguna, sino que ni siquiera las había cogido de la mano. En mis fantasías, las mujeres de los burdeles siempre estaban medio desnudas, y los clientes, silenciosos y tímidos como ruiseñores atiborrados de moras.

Después de los acontecimientos del 6 y 7 de septiembre de 1955, las minorías, luego del saqueo de sus tiendas, se vieron forzadas a emigrar, y fueron los turcos bigotudos, vestidos como campesinos de Anatolia, los que tomaron su lugar. Beyoğlu, sin embargo, conservó su aspecto cosmopolita. Las iglesias estaban abiertas día y noche, así como los mesones y las fondas. No había, como hoy, mujeres con velo, golfillos que se drogan con trementina, *hodjas* de barba blanca. Tengo nostalgia del Estambul de mi adolescencia. Y me sorprende que Menderes, que, cuando venía aquí se alojaba en el Hotel del Parque, en una *suite* próxima a la habitación de Yahya Kemal, no hubiese echado el ojo a esta ciudad. Las lenguas afiladas dicen que no le dio tiempo. Es una lástima. La ciudad se habría parecido a Hanya y a Konya, habría sido el paraíso de los zuecos y habría merecido el nombre de «Nueva Konya».

El Estambul de mi adolescencia pervive en algunas fotos en blanco y negro descoloridas. A veces estas imágenes fijas se animan en mi mente. A veces incluso me mezclo con sus personajes. Deambulo con los jóvenes del barrio de Eminönü, que visten ropas raídas y llevan sombrero y pantalones estrechos; me uno a todos los desarrapados que dormitan en los rincones de los cafés. No hablamos. Están a mil leguas de mi universo, cansados y morosos como viejas gabarras varadas. Los pilluelos duermen acurrucados bajo el puente de Gálata. Creo ver los barcos que atracan en las maderas podridas de los muelles en ruinas de Unkapani, para depositar allí su flete. Un estibador, doblado bajo su carga, lleva a costas uno de esos gruesos toneles que en el pasaje de las Flores hacen las veces de mesas y sobre los que ponemos nuestros platos de *mezzes* y nuestras cervezas argentinas. En las inmediaciones del puente, cuyo acceso está prohibido a los barcos de vapor,

en cientos de barcos, los pescadores lanzan su sedal en las sucias aguas. En la escuela nunca nos dieron ni uno solo de aquellos jureles, caballas, salmonetes, bonitos y pejerreyes que se asaban en las brasas. Estaba privado de mujeres en esta ciudad repleta de ellas, privado de pescado en un Estambul rodeado de mar. Durante ocho años, comí judías y *pilav*. En casa de Cazibe, en cambio, se comía pescado, y del mejor, y fue allí donde probé por primera vez la piel de una mujer. Probablemente por eso amo a las mujeres y el pescado. Y, que me perdonen las feministas, confieso que me encantan las mujeres rellenas, «de carne de pescado», como decimos en nuestra lengua.

En el Estambul de mi juventud, la ciudad no sobrepasaba sus murallas. Al otro lado había campos. Uno de ellos estaba lleno de carrocerías de coches con la pintura desconchada, hechos trizas, privados de sus caballos, que habían sido depositados allí y abandonados. Sus ruedas no girarían más, no volverían a rodar por los caminos. Se pudrirían bajo un árbol. Más allá de los muros del recinto, la ciudad daba paso a los cementerios. Lápidas de mármol bajo las cuales no yace ninguno de mis parientes. Lápidas rematadas por un turbante de piedra. «Ayer te vi desde lo alto de una colina, mi querida Estambul.» Yo también la contemplé desde lo alto de una colina, pero en el exilio de lejanos países. ¡Cuánta nostalgia! En vano intenté olvidarla y no regresar.

Yahya Kemal, como diputado del partido único, decía que lo que más amaba de Ankara, la capital, era el regreso a Estambul. El primer ministro Menderes, hombre apegado al terruño, tal vez prefiriese Ankara. Pero cuando desde el Hotel del Parque echaba una mirada a la ciudad de Estambul, debía de soñar con nuevas «expropiaciones». La Estambul que yo veo en sueños es la de las fotografías de mi adolescencia. ¡Ojalá permaneciese siempre así! Hemos ido demasiado lejos. Primero se atacó Beyoğlu, so pretexto de que ese barrio no estaba vinculado a la identidad musulmana de la ciudad y quedaba esa plaza fuerte por conquistar. Estambul había sido conquistada hacía siglos, pero el viejo Péra resistía. Así que la rodearon, y la fueron cercando hasta derribarla, calle a calle, casa a casa. La calle Abanoz y los viejos cines desaparecieron. Las prostitutas que trabajaban en los palcos de aquellos cines hace tiempo que están purgando sus pecados. No conozco todos los libros de los nostálgicos de la vieja Estambul, pero he leído algunos con deleite.

Permitidme concluir este pasaje escabroso citando una frase de uno de esos nostálgicos cuyo nombre he olvidado: «No fue en 1453. Estambul ha caído hoy».

* * *

ALGUNAS NOCHES, EN EL duermevela, a la hora en la que la realidad emerge de los sueños, tengo la impresión de caer en un pozo sin fondo. Una fuerza de origen desconocido hace revolotear mi cuerpo en el aire como si fuese una hoja, el viento arrastra todo lo que se mueve y lo arroja en ese pozo tenebroso. Caigo y caigo sin parar. Y de repente oigo una voz. Pero en lugar de preguntarme: «¿Dónde estás?», me dice: «¡Te hundirás cada vez más!». Pero si yo estaba a punto de subir a Beyoğlu, a robarle una noche al destino. Digo «subir» como suele decirse, pero debería decir «bajar». Como todos los que viven a este lado del Cuerno de Oro, no tengo que atravesar el puente para ir a Beyoğlu. Estoy en el centro de los lugares de placer de la ciudad y de los tugurios de prostitutas. Estoy en la Escuela del Sultán, encerrado con cientos de internos. Nuestras prácticas nocturnas no hacen más que exacerbar nuestros apetitos. Así pues, me dirijo a Beyoğlu.

Y aquí estoy, frente al espejo del salón de un burdel. En la luz tamizada, estas mujeres, semidesnudas, empolvadas, pintarrajeadas, aparecen y desaparecen en el campo de visión. Empujando a sus clientes delante de ellas, suben y bajan las escaleras de piedra. La casa es un hervidero de gente, la madama está contenta. Las chicas también. Los clientes ponen mala cara, aunque deberían estar radiantes. Si no, ¿qué vienen a hacer a este lugar húmedo y decrepito? ¿Por qué siguen a esas criaturas encaramadas en altos tacones? ¿Por qué van a revolcarse allí con mujeres de mala vida, en camas malolientes, en esos cuartuchos abuhardillados? ¿Por qué se les suben encima resoplando como locomotoras a toda velocidad?

Estoy sentado, solo, repantingado en un gran sillón de cuero raído, nunca había estado tan relajado. Tengo la impresión de haber vivido siempre aquí. Pero no comparto la cama con una de esas criaturas desnudas. Estoy con Cazibe. En Bebek. Estoy en el dormitorio de la escuela con los cristales empañados, en el sofá donde mi madre bordaba sus paños de cañamazo, en el

balcón de un hotel con vistas al mar, en un asiento de ventanilla del tren. En un avión entre las nubes. ¿Pero dónde estoy? Esta vez, la voz me pregunta: «¿Dónde estás?». Es siempre la misma voz que turba mi sueño. Abro la boca para responder, pero no sale ningún sonido. De repente el ruido de la ciudad se apaga. No se oye el estrépito de los autobuses, ni las voces de los vendedores ambulantes, ni el chirrido de los tranvías, ni las sirenas de los barcos. Ni siquiera los graznidos de las gaviotas. Estambul está muda. Y entonces una voz, la del poema, siempre la misma, dice de nuevo: «¿Dónde estás?» me despierto tiritando. Estoy en mi casa, en este apartamento que acabará siendo mi tumba. Pero al mismo tiempo estoy en el cuarto más apartado de un burdel. Gano unos dinerillos dando clases particulares de francés a hijos de ricachones más jóvenes que yo. Y sin pensármelo dos veces, me planto en uno de los prostíbulos de la calle que desemboca en el hammam de Galatasaray.

A falta de los de la calle Abanoz, conozco los cuartos secretos de los burdeles de Beyoğlu. Estás arrellanado en un amplio sillón de cuero gastado. La chica que está allí, ante ti, todavía no ha acabado en Gálata o, peor aún, en Ziba, es joven y bella, y muy cara. Es morena, pero se ha teñido el pelo de rubio y se ha depilado las cejas. Una sonrisa fingida frunce la comisura de su boca. Tiene un incisivo un poco torcido y nariz respingona, sus mejillas están empolvadas, la mirada aburrída. Nunca se quitará esa máscara y durante mucho tiempo, todos los días excepto el domingo, no cederá su lugar a nadie, hasta el día en que, vieja y cansada, acabe en un burdel de tercera clase.

Cuando entras con ella en el dormitorio, tienes la impresión de que el techo te va a caer sobre la cabeza. La ventana está cerrada, las cortinas echadas. Desdeñando la jarra y la palangana situados en una esquina, te dejas caer sobre la cama. Tu cuerpo, que hasta hace un momento se estremecía de deseo, ahora está tenso por el nerviosismo. Solo escuchas los latidos de tu corazón. Luego te desvistes, te encuentras desnudo como al nacer y listo para renacer. Aunque la pequeña estufa de leña está apagada desde hace tiempo, la habitación está tibia, así como la cama, en donde la luz roja difumina la mugre. La cama de dos plazas es estrecha, no está hecha para una verdadera pareja, sino para el amor en sentido único. Ante ti tienes un vacío inquietante, profundo y misterioso como el monte de Venus de la mujer lubricada donde

vas a precipitarte. Detrás de ti, las imágenes de un cuartel rodeado de colinas grises y peladas como el cráneo de tu padre el capitán.

Después de que Cazibe me hubiese dejado, me dediqué a frecuentar los salones adornados de espejos y sus cuartos íntimos. Ignoraba que la calle Abanoz —que conocía solo de oídas y a través de las baladronadas poco claras de Firlama, pero a la que nunca había ido— llevaba el nombre de un árbol. La palabra *Abanoz* no evocaba para mí otra cosa que las chicas que «se tiraba» Firlama. Allí no se hacía el amor, se tiraba a la chica. Firlama salía siempre vencedor de esas embestidas, dejando a las chicas cada vez un poco más destrozadas. Ignoraba por completo que *Abanoz* era el nombre de un árbol, el ébano, cuya madera se utiliza para hacer muebles, parqué o el artesonado de los techos. Es probable que todavía haya armarios, mesas, cómodas, baúles de ébano sobre los que se acumula el polvo, pero las chicas de la calle Abanoz ya no esperan a los clientes en la soledad de las noches de Beyoğlu. No queda de esta calle más que el nombre y las historias de Firlama. Nunca sabré lo que realmente pasaba allí. Las entradas donde esperaban viejas celestinas obesas, las pantallas de terciopelo rojo que tamizaban la luz, las lumis morenas, rubias y pelirrojas de los salones de espera y las escaleras por las que se subía en su compañía con el corazón acelerado, eran lugares muy accesibles para nosotros los adolescentes, a condición, claro, de que tuviésemos dinero. Sin embargo, la calle Abanoz estaba controlada por los poderes públicos. No era una afable madama, sino un policía quien montaba guardia a la entrada. Esto añadía a la curiosidad el sabor del fruto prohibido y exacerbaba todas nuestras frustraciones de adolescentes alimentadas en las frías noches del dormitorio por la práctica asidua del placer solitario. Firlama se burlaba: «¡Quien no va a Abanoz maneja su barca nocturna con un solo remo!». Y allí estaba yo, con la mano en mi sexo.

Todo ello antes de Cazibe, pero también, lo reconozco, después de nuestra ruptura. Y esa es la razón de que no hable de las chicas que se venden y se compran, que cambian constantemente de manos, en las que uno se hunde sin preámbulos y que abandona después de haberlas maltratado y humillado. En el laberinto de mi memoria, todas las calles estrechas y húmedas, pavimentadas o adoquinadas, no llevan a Roma, sino a la prostitución. La

podredumbre, el desmoronamiento oculto y silencioso de aquellos edificios con olor a rancio que se amontonan unos sobre otros como para aparearse en sus camas mugrientas me recuerdan ahora la omnipresencia de la muerte y su inevitable victoria. La lluvia sigue cayendo sobre los campanarios, sobre las terrazas donde se tiende la colada, sobre los patios de luces, sobre las tejas donde se posan las palomas y donde anidan las ratas, sobre los patios desiertos, las calles escalonadas, las caras fatigadas con el rímel corrido de las gogós de las *boîtes* que buscan su camino en la penumbra y los sombreros negros de sus clientes venidos directamente de Anatolia con sus pantalones bombachos para echar una cana al aire. Las aguas que chorrean de este montón de piedras que no sabemos si datan de la Constitución o del Armisticio, cargadas de basura y vómitos, bajan las empinadas calles y se dirigen al mar. Lavan los zapatos de los que vienen a Beyoğlu a «robarle una noche al destino».

El Beyoğlu de mi adolescencia no era solo el de la elegante muchedumbre que deambula por las aceras de la avenida Cadde-i kebir, la Gran Avenida de escaparates abarrotados de mercancías y los afiches de películas iluminados por las luces de neón. Ni el de los alumnos del liceo que suspiraban en el gallinero del cine Melek comiendo pipas o masticando chicle. Había también, en sus callejuelas, cafés llenos de humo donde se podía ver en carne y hueso a actores de cine, rufianes y carteristas, mendigos e internos becarios del liceo haciendo novillos que iban a refugiarse allí. Y también callejones, fondas, tascas y garitos.

La voz se volvía insistente: «¿Dónde estás?». No tengo ganas de responder, y mucho menos de que Firlama se ría. Bonito Culo puede reírse con toda la clase a mandíbula batiente. Yo guardo silencio. Mi lengua está pegada al paladar; aunque quisiese gritar, no podría. Pero la voz, insolente, incansable, repite su pregunta: «¿Dónde estás?». Sí, ¿dónde estoy? Sigo estando en aquellas callejuelas, en los estrechos pasajes, en los garitos y lupanares adonde iba cuando mi padre, tras haber recibido sus dietas de desplazamiento, me mandaba un poco de dinero. ¿Dónde queréis que esté? ¿Tal vez en el cuartel donde mi padre, el capitán calvorota de ceño fruncido, decía a sus suboficiales: «Aquí no estáis en brazos de mamá, este es un hogar de soldados?». Estoy en la estepa, estoy en la Escuela del Sultán, ante el

encerado donde me toman la lección. Y la voz sigue preguntándome: «¿Dónde estás?». Bonito Culo espera mi respuesta. Mis compañeros también. Yo callo. Ningún sonido, ningún murmullo sale de mi boca. Como si me hubieran amordazado, como se amordaza a los muertos antes de envolverlos en su mortaja. Pero mis ojos están abiertos, no estoy muerto todavía. El mundo es más hermoso que nunca, las mujeres son atractivas, la vida está ahí fuera. Estoy en mi cama, es el momento en el que la realidad comienza a emerger de los sueños, afronto la vida.

Beyoğlu no se halla lejos de aquí, pero tengo la impresión de que estoy separado de él por largas distancias y caminos interminables y debo, para llegar allí, caer al fondo de un pozo. Se interpone entre nosotros el paso del tiempo, la separación, la nostalgia y la muerte. Mientras yo envejezco, clavado en mi cama, humillado, en un abrir y cerrar de ojos la globalización modifica y renueva las cosas, y sustituye las antiguas prendas por ropas nuevas. Pero el recuerdo del Beyoğlu de mi adolescencia me habita. Salgo del liceo y cruzo la calle. Un tranvía cruza al mismo tiempo que yo, sus ruedas de hierro despiden chispas, toma la avenida de la Constitución. Mientras prosigue su carrera, yo me dirijo hacia el Túnel bordeando la pensión Narman, luego un callejón sin salida rematado en una escalera que lleva a la puerta de hierro de una iglesia, las entradas fresquitas de los cafetines, los puestos de carnicero alumbrados por lámparas de acetileno, papelerías, anticuarios, restaurantes y tiendas. Los poetas instalados en la pastelería Baylan tararean una canción. Uno de ellos, con una bufanda de lana roja alrededor del cuello, lee un poema que comienza por: «Querría saber quién eres, Pía, / ¡y que tu voz no estuviese tan lejos!». No sé quién es esa Pía, pero alguien, a lo lejos, se dirige a mí. Es una voz, la voz que repite: «¿Dónde estás?». Estoy en el Túnel. Estoy en las pronunciadas cuevas de Gálata, en las calles que nos han legado los genoveses, en una iglesia. Estoy con las palomas, entre olores de albahaca e incienso. En los rostros iluminados de los santos, en su dulce mirada, en la llama de las velas votivas, estoy en el infierno con los demonios. Primero en los brazos de María, luego clavado en la cruz. Estoy en los brazos de Cazibe, pero ella está en Bebek y yo en Beyoğlu.

LOS FINES DE semana, cuando estaba en los primeros cursos, en la época en la que todavía no iba a pasar un buen rato al pasaje de las Flores, me entregaba, gracias al poco dinero del que podía disponer, a placeres inocentes. Sabiendo que no me atrevía a ir a la calle Abanoz, ¿cuáles eran esos placeres? Naturalmente no se trataba de ir a tomar el té al Hilton, ni de asistir a los conciertos que Zeki Müren daba en el Night Club Maxim. A lo sumo, quizás, un paseo en barco por el Bósforo. No me tentaban los coches de choque, ni las tómbolas del parque de atracciones que había detrás de Dolmabahçe. Y tampoco me apetecía disparar con la escopeta de balines sobre dianas de conejos. Por culpa de mi padre detestaba pegar tiros o dar patadas a todo lo que no fuese un balón de cuero. Mientras Firlama se tiraba a las chicas de la calle Abanoz, yo ni siquiera me atrevía a ir a ver la película *Tírate a esa perra*. Aun así, iba de cuando en cuando al cine. Prefería el teatro, pero incluso la entrada de estudiante era demasiado cara para mí. El cine tampoco era barato, pero al final de la semana necesitaba despejar un poco la cabeza saturada de lecciones, de ecuaciones y de operaciones matemáticas.

Al principio, iba a ver películas turcas como *El círculo fosforescente*, *La favorita de Selim III*, *Drácula en Estambul* o *El hombre invisible en Estambul*. Luego comencé a variar los programas. Y también los actores. En realidad, eran siempre los mismos: Muzaffer Tema, Ayhan Işık, Belgin Doruk, Muhterem Nur... Ninguno me hacía levantarme de la butaca con entusiasmo. Ni siquiera Türkan Şoray, la estrella en ascenso. Me dejaba indiferente.

A veces venía conmigo Firlama, con el único propósito de ver si «el tío se levantaba a la tía», cosa que solo era posible en las películas extranjeras. Le gustaba sin embargo *Cuando Estambul lloraba lágrimas de sangre* y babeaba con las escenas de sexo colectivo de las películas de Tatavla, que se

proyectaban en los tugurios; que no se me malinterprete: aquello no tenía nada que ver con lo que se muestra en nuestros días, eran escenas muy del gusto de la época, prostitutas con las piernas al aire sentadas en las rodillas de crápulas con bigote. Muzaffer Tema, en el papel del valiente comisario Muharem, le levantaba la novia a Hrisantos —jefe de la banda de los griegos que extorsionaba al barrio— y vivía con ella un tierno romance, mientras la banda de forajidos se tiraba las noches en los garitos y continuaba sus atracos a mano armada. Al final, el comisario Muharem mataba a Hrisantos. Teniendo en cuenta que, al caer la noche, yo libraba una batalla jesuítica soñando con los generosos pechos de Eftimia —una fresca, novia de Hrisantos y querida de Muharem—, es curioso que no recuerde más que dos películas: *Cuando Estambul lloraba lágrimas de sangre* y *Un león inaccesible*.

Si no hubiera sido El hijo del capitán, sin duda no habría ido a ver esa película. Pero la guerra de Corea acababa de terminar: nuestros héroes enterrados en los arrozales, la pérdida dolorosa en suelo extranjero de los hijos de la patria y la batalla de Wawon, que celebrábamos como una gran victoria, todavía estaban frescos en la memoria. Cuando era pequeño, mi padre había sumido a mi abuela en la tribulación anunciándole que se iba a luchar a Corea. Fardaba de heroico soldado turco, pero recuerdo perfectamente que, después de haber vaciado una botella de raki, decía gimoteando: «Está escrito que moriré en los arrozales». A Dios gracias, en el último minuto, habiendo suspendido el examen de lengua, fue enviado a otro destino. Al recibir la noticia no tuvo empacho en clamar: «¡Ah! ¡Destino cruel! ¡Yo te maldigo! ¡Que no me hayas permitido ir a la famosa Corea y morir como un héroe!». Para hacer rabiar a su madre, imitaba su modo de hablar, riéndose a sus espaldas. En realidad, no cabía en sí de gozo. En lugar de ser pasto de los buitres en los arrozales se había quedado con su madre. ¿Podía haberle salido mejor? Me imagino que no faltará quien diga: «El soldado turco es un héroe intrépido. No teme al enemigo. No tiene miedo del pequeño asiático de ojos rasgados y cara chata. Siempre está dispuesto a dar su vida por la patria. Incluso en Corea del Norte».

Un león inaccesible abordaba precisamente este tema. Muchas escenas supuestamente ocurridas en Corea habían sido rodadas Dios sabe dónde. El

director había intercalado imágenes de la Segunda Guerra Mundial mostrando soldados estadounidenses en las tomas con los japoneses. Al comandante Suat le encargan la penosa misión de anunciar a la joven Selma que Bülent, su prometido, había muerto en el campo de batalla. Viaja ex profeso a Estambul, en compañía de un capitán griego. Empieza por visitar la ciudad y hacer «la *tourné* de los grandes duques», sin dejarse un restaurante ni un cabaré de lujo, y en el momento de anunciar la triste noticia lo único que hace es balbucear, incapaz de articular palabra. ¡Hombre! ¡Ya me diréis! Luego le hace esta confesión a la joven: «No le he dicho por qué no lo he dicho. No lo he dicho porque no he podido decirlo».

A propósito de perlas, me acuerdo también del galimatías de la película *Hiroshima mon amour*. Debo admitir que, a pesar de estar en último curso, mi conocimiento del francés dejaba mucho que desear y no entendía nada. En esta película, que fue elogiada por todos los francófilos, empezando por los profesores de filosofía y de francés, la cosa también iba de guerra en un endemoniado embrollo espacio-temporal. Una francesa dice a su amante japonés: «Me estás matando, eres mi vida». El japonés en cuestión no le va a la zaga, pero de repente el plano cambia y nos encontramos en Nevers, con la misma mujer, pero esta vez en brazos de un soldado alemán. A él también le dice: «Me estás matando, eres mi vida». Y venga otra vez dale que te pego con el japonés. «¡Devórame, defórmame hasta la fealdad!» Él no hace nada de eso y su rostro sigue siendo bello y seductor. De nuevo es el turno del alemán para tirársela. Mientras el Nièvre fluye apaciblemente y amanece en Hiroshima, la mujer prosigue: «Y te encuentro a ti. Te recuerdo. ¿Quién eres? Me estás matando».

Por una feliz casualidad, después de la sesión, mientras saboreaba una sopa de pollo, me encontré con el tío Orhan. Hablamos de la película de Alain Resnais e, igual que cuando era pequeño, me enseñó muchas cosas con ocasión de este último encuentro. Según él, *Hiroshima mon amour* no era fácil de entender, pero era una película excepcional. Peculiar e innovadora. Contenía un mensaje contra la guerra. Para quien la entendiese, por supuesto. Tío Orhan hablaba pausadamente. Escuché con atención sus argumentos, adopté sus puntos de vista, pero no oculté que me había aburrido como una ostra. Todavía lo oigo exclamar: «Es un maravilloso lenguaje

cinematográfico». Era la primera vez que oía esa expresión, que luego no paré de usar explicando a cuantos querían oírme que *Hiroshima mon amour* era una obra maestra.

Por aquel entonces iba a menudo al cine, pero nunca he sido un cinéfilo apasionado. En último curso, la Pinza de depilar se había convertido en una figura del baloncesto. Su madre nunca faltaba al té de las cinco en el Hilton. Allí se encontraba con sus amigos, tal vez con su amante, y apenas se interesaba ni por su hijo ni por mi persona. Para mí los sábados se habían vuelto un auténtico suplicio. Ya no me apetecía ir a Bebek. Cuando tenía algún dinero, iba al pasaje a beber una cerveza con vodka, solo o en compañía de Firlama. Sobre los barriles que servían de mesa, nuestras cervezas argentinas espumaban como orina de caballo en vasos gigantes. El camarero servía generosamente el vodka, con una tapa gratis de avellanas y pistachos. Después de algunos sorbos, bajo el efecto del alcohol, me serenaba. Mi pena se mitigaba. Imaginar a Cazibe en brazos de otro era una tortura, pero me olvidaba de todo después de la segunda cerveza. La multitud que bullía en el pasaje comenzaba a desdibujarse bajo mis ojos y tenía la impresión de que el inmenso edificio iba a derrumbarse encima de mi cabeza. Los ruidos, los colores, las bebidas, todo se mezclaba. Justo en ese momento intervenían el acordeonista y la cantante. La tanguista, provocando a los clientes achispados, entonaba canciones napolitanas. Todavía me pregunto cómo su voz agria lograba mitigar mi dolor. Empezaba por *Torna a Sorrento* y concluía con *O sole mio*. Igual que la orquesta del merendero de Muhtar, masacraba la canción, pero a nadie le importaba. A veces me iba a dormir la mona al cine. He olvidado decirles que cuando fui a ver *Hiroshima mon amour*, salía del pasaje. Bueno, pues ya lo he dicho. En otras circunstancias, tal vez habría apreciado la película sin la ayuda entusiasta de tío Orhan. Sí, me habría gustado, pero no solo estaba ebrio, sino también roto de dolor.

Al salir del cine me apeteció un estofado, pero al descubrir que el dinero se había derretido como la nieve al sol, me resigné a volver al internado. La hora de la cena ya había pasado y tenía hambre. Al llegar a la puerta de la escuela, di media vuelta. Los sábados y domingos los internos becarios comíamos en un pequeño comedor reservado para nosotros. Recuerdo los desayunos dominicales como los más siniestros de mi existencia, y no puedo

olvidar el gélido comedor y el olor a requemado. Después del desayuno, iba al hammam a disipar un poco mi melancolía friccionándome vigorosamente con el guante de crin. Y por la noche, en el comedor, me hundía de nuevo en la melancolía. ¡Qué lejos quedaban los baños placenteros que tomaba en Bebek en compañía de Cazibe! Desandando el camino, me dirigí al Tabernero de Palacio. Todavía me quedaba dinero suficiente para tomarme una sopa de pollo. Ocupé una mesa del fondo. Estaba tomando la sopa cuando, de repente, ¿qué veo? Tío Orhan enfrascado en la lectura, con las gafas caídas sobre la nariz. No me acerqué para no molestarlo. Pero levantó los ojos de su libro para coger un cigarrillo del paquete que había dejado sobre la mesa y me vio. Me hizo un gesto para que me reuniese con él.

—¡Vaya! ¿Qué haces aquí?

—He venido a comer una sopa.

—Olvida la sopa y pide un estofado.

¡Ni que me hubiese leído el pensamiento! Orhan *amca* tenía corazonadas. Pero no solamente corazonadas. Si había algo que lo caracterizase, era su inmensa bondad. Escuchó con amabilidad lo que le decía sobre *Hiroshima mon amour*. Él había visto la película dos veces y le encantaba. Incluso pensaba ir por tercera vez si encontraba tiempo.

Había envejecido mucho. Su pelo rizado había blanqueado, su frente tenía arrugas. Pero sus ojos azules no habían perdido su brillo. Me preguntó por mi padre y por mi abuela. Le dije que estaban en Ankara. Él estaba en Estambul porque lo habían nombrado profesor de francés de la Escuela Normal de Capa. Cuando le conté que era becario, interno en Galatasaray, me dijo: «¡Tienes muchísima suerte! Mi hijo Nedim también solicitó una plaza, pero suspendió el examen de ingreso». Sin esperar a que le preguntase por mi amigo de la infancia, añadió: «Va al liceo Atatürk. Trabaja mucho, pero a mí me gustaría que estudiase un idioma extranjero». ¿Y Leyla?, ¿qué era de ella? Había crecido y debía de ser una hermosa joven. Del tipo mosquita muerta. No recuerdo muy bien si fue tío Orhan quien me lo dijo o si lo soñé. Pero me acuerdo de que Nedim, después del liceo, quería ir a estudiar a París. Ambos fuimos allí, pero nunca nos encontramos. En cuanto a Leyla, jamás la he vuelto a ver. La vida nos separó en nuestra pequeña ciudad provinciana. Me enteré de la muerte de tío Orhan no por sus hijos, sino leyendo el periódico.

Fue víctima de un accidente de autobús unos meses después de nuestro encuentro. «Descanse en paz», diría mi padre si viviese. Tal vez, teniendo en cuenta que era de la misma ciudad que nosotros y que había conocido el exilio, habría añadido «paz para sus cenizas». Pero yo no puedo pronunciar estas fórmulas, pues tengo en mente los sufrimientos de la tumba. Creo que antes de cruzar el puente Sirat, los difuntos, devorados por los gusanos y todo tipo de bichos, son reducidos al estado de esqueletos. ¿Es posible que después de este horror la luz divina penetre en la tumba y que antes de convertirse en polvo el cuerpo sea bañado de claridad? Lo ignoro, pero me gustaría mucho saberlo.

El estofado al que me invitó el tío Orhan ese día tenía un sabor incomparable. Me trató como un adulto y su comentario sobre la película escrita por Marguerite Duras fue un modelo de paciencia y generosidad. Ignoro si fue a ver la película por tercera vez, pero supongo que lo habrá hecho. De lo contrario, no habría sido el Orhan *amca* que yo conocía y que recuerdo siempre con el mismo cariño.

* * *

CARECIENDO DE ESPECIALES aficiones, durante los recreos, mientras mis compañeros jugaban al balón, yo me quedaba apoyado en el muro, sumido en sombríos pensamientos. Pronto la tristeza me invadió también durante las clases. No me interesaba lo que decían los profesores y no me reía a carcajadas con ninguna salida ocurrente. Me pasaba el rato mirando por la ventana. El tiempo se me hacía interminable. Fuera anochecía, los ruidos de Beyoğlu, colándose por los altos muros, llenaban el jardín, los plátanos perdían sus hojas. Era el otoño de 1959. Se puso a llover y los días se acortaron. Anochecía a la hora del primer estudio; se encendían las luces de las aulas y en el comedor el *pilav* y las alubias se alternaban a veces con las espinacas con yogur o con repollo grasiento. Luego se puso a nevar. La nieve era suave y sedosa e influía en el estado de ánimo de la gente, pero yo permanecía impassible. Sentía cada vez más profundamente la ausencia de Cazibe. Deseaba estrecharla entre mis brazos, fundirme en su calor. Así que el amor era eso, tierno como los copos y al mismo tiempo violento y

despiadado como una tormenta de nieve. Padecía una interminable soledad relacionada, tal vez, con la ausencia de mi madre. Ahora bien, Cazibe no era mi madre, sino la mujer con la que había conocido mis primeros éxtasis. Era la madre del Pinza de depilar, pero era mi amante, mi querida, mi muñeca de tamaño natural que me volvía loco. Mis sentimientos oscilaban entre la sensualidad y la ternura, pero, mirándolo bien, me quedé con las ganas, porque no se puede decir que hubiese recibido lo que merecía ni de la una ni de la otra. Cazibe parecía ser una criatura aparte, muy distinta de cualquier ama de casa, o de mi propia madre. A la vez próxima e inaccesible, lo era todo para mí. Me esforcé por olvidarla, por apartarla de mis pensamientos, pero siempre capitulaba frente a mis sueños. Porque la que era mi primer amor, mi primera mujer, mi primer desengaño, me tenía completamente sumiso, literalmente aniquilado. Al poseerla, cual pescador de esponjas sofocado por la apnea, había recibido un golpe fatal, había tocado fondo.

A veces tenía accesos de melancolía. No quería ver a nadie. Ni a Metin, ni a Firlama, a nadie. Desde el jardín trasero miraba el paisaje sin verlo. «Cuando me miras / Una llama azulada lame mi cuerpo / Humedece tus labios / Bésame en los ojos.» Escribí este cuarteto una tarde durante el estudio, y al día siguiente Bonito Culo me felicitó. Pero este éxito no bastó para disipar mi dolor. Si volviese a escribir este cuarteto, sustituiría las últimas palabras por este verso de Cemal Süreya: «Bésame, y luego hazme nacer».

La ausencia de Cazibe abría en mí una herida incurable. Nunca supe por qué se volvió tan distante de repente. Trataba en vano de mostrarle frialdad. Pero cuando venía a la escuela a visitar a Metin, claudicaba. De todas formas, no venía a menudo. Metin había crecido. Ella también, aparentemente, pero yo había encogido. No me veía; me había vuelto invisible. Debía de haber encontrado otro amante y mi único consuelo era escribir versos y emborracharme durante el fin de semana. No volví al chالé de Bebek. Sabía que Cazibe no estaría, que me encontraría solo con la Pinza de Depilar a su regreso del entrenamiento, que sería un verdadero suplicio hojear el *Playboy* en su compañía. Lo veía todos los días en el liceo, no quería pasar también todos los fines de semana con él en ausencia de su madre. ¡Pues, sí! ¡Me había plantado! Era la primera vez que me abandonaban desde la muerte de

mi madre, y esta última herida era más reciente y más profunda. Comprendía por fin lo que debía de haber sentido el Jirafa. El amor puede destruirnos en un momento. Viéndome triste y taciturno, Firlama me preguntaba: «¿Tus barcos se han hundido en el mar Negro? Pues aquí paz y después gloria. ¡Sea quien sea, adiós muy buenas!». Por su parte, él se tiraba a todas las que se le ponían por delante, pero se cuidaba muy mucho de enamorarse. Para no sufrir.

Yo deseaba, en medio de la noche, coger en brazos a Cazibe dormida, bajar en silencio, atravesar el jardín rápidamente y lanzarme con ella a las aguas del Bósforo. Quería que muriese conmigo, que nos quedásemos juntos para siempre. El Jirafa estaba equivocado. En lugar de coger en sus brazos a la mujer del comerciante, salir del merendero de Muhtar y arrojarla con ella al lago, había preferido ahogarse en solitario. Cuando uno está enamorado, suicidarse no es suficiente, también quieres matar a la mujer amada. ¡Cuidado! Esto se estaba poniendo serio, ¿me estaría mentalizando para cometer un asesinato? No, eso no era factible. Decidí, por lo tanto, para reconquistar a Cazibe, hacer grandes cosas. Pero no fue necesario. Cazibe regresó por sí misma. No porque que fuese infeliz, sino gracias a mi padre. Mi apodo había tenido escaso éxito, pero seguía siendo «El hijo del capitán». Por muy calvo que fuese, mi padre era ahora coronel en Ankara. Y estaba a punto de urdir un golpe de Estado.

M E PARECE ESTAR oyéndoos protestar: «Hemos escuchado atentamente tu relato y tus confidencias. Nos has abierto tu corazón. Has hablado de tu madre, de tu padre, has rememorado tu infancia. Tus años de liceo y de internado. Compartimos tu amor por Estambul, deberías habernos hablado también de París, donde has vivido bastante tiempo. Las ciudades, lo mismo que las mujeres, son celosas. Detestan compartir. Nos has presentado a los compañeros de juega de tu padre. Unos nos han gustado, otros nos han divertido, alguno nos ha parecido odioso. Nos ha encantado tu retrato de Orhan *amca*. Suponemos que tu vecina Nigâr *hanim* no habrá hecho mutis por el foro y que entrará en escena en cualquier momento. Todos sabemos cómo es el primer desengaño amoroso, esa herida que jamás se cierra, y también la has recordado. En el fondo, tu vida no tiene nada de particular. Y en tu historia no hay acción». Vale, reconozco que tenéis razón. Pero esperad un poco, porque mi historia no ha terminado. Dejadme continuar, por favor.

Mi vida es corriente y vulgar, al igual que mi historia. ¿Pero qué decía Malraux, ese escritor aventurero que tuvo una vida excepcional? Pues poco más o menos: «Una vida no vale nada, pero nada vale una vida». Tomad nota. No voy a estar siempre citando a Yahya¹³. Y supongo que ahora os estaréis preguntando quién es ese Yahya. Contrariamente a lo que suponéis, no es san Juan Bautista, sino Yahya Kemal. Fijaos en él. Se pasó doce años en París, pero nadie le reprocha que jamás haya hablado de ello en sus versos, y espero que en consideración a mi patronímico Hoşgör, que quiere decir «indulgente», me perdonéis que haya hecho como él.

En cuanto a la acción, tranquilos, estamos llegando. En 1959 las cosas cambiaron de repente. Ese año, lo más importante para mí era mi relación con Cazibe. «¡Eres un encanto!», repetía ella maquinalmente. Pero yo no podía más. Quería poner fin a mis días, aunque no sin ella. Deseaba zambullirme en las tenebrosas aguas del Bósforo estrechándola en mis brazos, para cruzar

juntos el puente Sirat y caer simultáneamente en el infierno. Nuestros cuerpos pecadores debían ser entregados juntos a los demonios. Mientras me debatía en estas elucubraciones, los acontecimientos se precipitaron.

«Toma, coge un pitillo, son los que fuma Menderes», me decía Firlama tendiéndome un paquete de Yenice. Era generoso cuando se trataba de beber o de fumar, pero intratable tratándose de mujeres. Viéndome triste y taciturno, tirado en un rincón, se dio perfectamente cuenta de que había unas faldas detrás de esto. «¡No te encoñes —me decía—, deja que se largue!» Yo no confiaba mi pena a nadie. Tenía un miedo espantoso de que Metin se enterase. Me sentía culpable. Me estaba tirando a la madre de mi compañero. En realidad, era ella la que se me tiraba, pero esto no cambiaba nada la historia. No pertenecíamos al mismo mundo, pero nos habíamos acostado juntos. Firlama estaba preocupado, convencido de que si seguía «con ese estado de ánimo», como se decía entonces, acabaría suicidándome. Eso no le impedía ridiculizarlo todo, hasta el amor. Tal vez era su forma de ocultar los problemas y su propio desconcierto.

A veces, durante el estudio de la tarde, con la autorización del vigilante, organizábamos un debate. Formábamos dos equipos de tres, colocábamos los bancos unos frente a otros y, en una especie de combate, discutíamos sobre cualquier cuestión palpitante. El cuidador del estudio hacía de árbitro y los ganadores perseguían a los perdedores para celebrar la victoria jugando a la pídola saltando sobre su espalda.

El juego de la pídola era violento, pero el del torneo era más brutal si cabe. Remedábamos las justas medievales en las que los caballeros armados con un escudo y una lanza se embestían entre sí, esforzándose en desmontar a su oponente aun a riesgo de herirlo en la cabeza o de sacarle un ojo. Jugábamos al torneo en el patio interior o en el dormitorio común. Nos subíamos a hombros de un compañero fornido que hacía de caballo y, a falta de lanza, nos armábamos con una larga pértiga. Firlama hacía siempre de caballo conmigo. Y Metin, de mi enemigo declarado. Firlama relinchaba como si llevase a un noble caballero y se encabritaba antes de lanzarse al ataque.

Por su estatura, la Pinza de depilar tenía el papel de Lanzarote, el valiente caballero con el que Madmazel nos machacaba en las clases de francés. Cambiaba constantemente de montura, pero caía siempre en el primer asalto.

Firlama fanfarroneaba: «El tío cae como un saco de mierda». No me duelen prendas en decir que Metin había heredado el orgullo de su padre Halim aga, y por esa razón me producía un enorme placer hacerle morder el polvo. Firlama, con su gran estatura, se arrojaba sobre él como si fuese a «montar» a una chica de la calle Abanoz. No nos cansábamos de cantar victoria.

Rebosábamos una energía que ni el fútbol ni los torneos lograban agotar. Por más que en el dormitorio «levantásemos la tienda» y nos la pelásemos, no había manera. Descargábamos nuestra furia sobre el balón cuando jugábamos al fútbol, y sobre nuestro rival cuando jugábamos a los torneos. Llegábamos a reventar varios balones durante un solo partido. Firlama me tomaba el pelo: «Esos balones no son mucho mejores que las balas de cañón de tu viejo. ¡Te vas a quedar sin blanca!». Me parecía oír sus estruendosas carcajadas y, al mismo tiempo que chutaba en la cabeza calva de mi padre, su voz diciéndome: «Lo que hay que hacer es economizar».

RECUERDO UNA OCASIÓN EN la que discutimos sobre la buena o mala influencia de los libros. Yo era el capitán del equipo que defendía que los libros eran perjudiciales. Mi argumento se resumía en pocas palabras: un libro puede causar la muerte de un hombre. No solo puede empujar a los jóvenes por el mal camino, inculcándoles malos hábitos, sino también inducirlos al suicidio. Fijaos en Werther, por ejemplo. Es bien sabido que hay un sinfín de personas que se suicidan después de haber leído *Las desventuras del joven Werther* de Goethe.

Firlama no participaba, pero seguía el debate con interés. Al final ganó mi equipo. Antes de lanzarnos en persecución de los perdedores, se acercó a mí y me dijo muy serio: «Tienes buenos argumentos. Gracias a ti, ahora sabemos quién era ese Werther». La jactancia no es uno de mis defectos, pero le respondí: «Antes de hablar de ese libro, harías bien en leerlo». Pero él no se inmutó y replicó de inmediato: «Escribo mi propio *Werther* y a Goethe que le den por el ídem. No pienso ni pronunciar su nombre¹⁴».

Al día siguiente, me entregó un texto que llevaba por título *Los excesos del joven Kerter*. Le eché un vistazo: era una sarta de elucubraciones muy típicas de Firlama. El joven Kerter, «el Pellizcador», alumno de la Escuela del Sultán, se debatía entre los tormentos de la abstinencia forzosa y sufría

mil dolores, incapaz de conformarse con «levantar su tienda» en el dormitorio como todos nosotros. Era sentimental y vulnerable. Pero, al mismo tiempo, era espontáneo como su autor. Esperaba con impaciencia los fines de semana. El sábado, después de cantar la *Marcha de la Independencia*, se largaba rápidamente a Beyoğlu, no para desplazarse a la calle Abanoz, sino para ir a pellizcar a una mujer en un autobús abarrotado de gente. En la parada de Galatasaray, se subía en un viejo autobús Skoda, obedecía la orden terminante del conductor («Avancen, señores y señoras») y, so pretexto de hacer sitio a las damas, pegaba su mano en las ancas de la elegida. Si ella no protestaba, proseguía sus incursiones. Por la noche, en el dormitorio, el joven Kerter, levantando su tienda, soñaba con las mujeres maduras que había pellizcado en el autobús y pensaba en poner fin a sus días.

Yo, como Werther, estaba enamorado de una madre de familia que me llevaba también al borde del suicidio. La muerte estaba solo a un paso, pero no me decidía a darlo. Así como Firlama había sustituido el amor sin esperanza de Werther por la abstinencia forzosa y la adolescencia desesperada del joven Kerter, yo había encontrado el medio de desviar mis propios sufrimientos valiéndome de una hábil maniobra estratégica. Y eso me permitió atraer a mi antigua amante.

* * *

ME TRAÍA AL PAIRO lo que pasaba en el país. Cazibe, por misteriosas razones, había decidido dejarme al margen y mantener las distancias. Estaba muy confuso. Trataba en vano de consolarme yendo a ver una película o a beber un trago en el pasaje de las Flores. No lograba olvidar sus abrazos, sus contorsiones cuando la penetraba, sus gemidos y sus súplicas cuando me salía, de nuevo sus abrazos. No se me iba de la cabeza. En mi desesperación, decidí descargar mi cólera en cualquier otro. Y tomé como blanco de mi ira al marido de Cazibe.

Halim Kurban Kirimli era uno de los ministros más esforzados y por consiguiente más influyentes. Suya era la idea de que la comisión de investigación entrase en vigor antes del golpe de Estado, pasándose por el forro la Constitución. Fue probablemente en ese momento cuando su hijo

Metin empezó a interesarse por la política. Por emplear la trasnochada expresión tan querida por nuestro actual primer ministro, me coloqué de forma «clara y meridiana» al lado de la oposición. El primer ministro de entonces había sido desposeído de sus funciones, ya veremos lo que pasa con el actual. Algo me dice que va a acabar mal, pero solo Alá lo sabe. Me estoy yendo por las ramas, es superior a mí, no puedo evitar meterme con el del bigote de almendra. Como decía, me había puesto al lado de la oposición, de los «togas negras», como los llamaba entonces el primer ministro, es decir, de los profesores de universidad. La mayor parte de nuestros profesores estaban decididamente con el Partido Demócrata en el poder, mientras que la mayoría de los alumnos apoyaban a la oposición. Pero no nos atrevíamos a discutir. El reglamento de la Escuela del Sultán lo prohibía. Sin embargo, dada la posición de mi padre, yo también tenía que hacer algo. Ignoraba que él preparaba una revolución, pero pertenecía al ejército y el estamento militar bullía como la marmita de una bruja. Corría el rumor de que la situación era desastrosa; las habladurías trepaban los altos muros y llegaban a nuestros oídos. Sí, yo debía actuar contra Halim bey y las personas al mando. Porque me habían plantado, me habían abandonado como un gato sarnoso en un rincón de la escuela. Cazibe no daba ninguna señal. Había olvidado nuestro amor, pero yo sufría más que nunca su ausencia. Envenenaba mis sueños nocturnos y por su culpa estaba distraído durante las clases y me escondía para sollozar en la oscuridad de los pasillos. Imaginaba que después de haberme dado la patada había encontrado un amante de su edad, de su clase, con el que podía hablar. Me moría de celos, pero no lo demostraba. Me dedicaba a decir que era a nosotros, a los jóvenes, a los que Atatürk había confiado la República; que para ser dignos de nuestro gran líder debíamos bajar a la calle y manifestarnos en las plazas; que el ardor republicano nunca debía apagarse en nuestros corazones. ¿No habíamos entregado nuestra vida por Turquía desde la escuela primaria? Ahora, alumnos de último curso de la Escuela del Sultán, amantes y devotos de la libertad, debíamos retomar la herencia de nuestros antepasados, los jóvenes debían marchar codo con codo con el ejército. Nuestros partidarios decían: «Nuestros cuerpos mortales se convertirán en polvo, pero la República, inquebrantable, vivirá siempre». Proclamando a los cuatro vientos que éramos los guardianes de la República,

nos anunciaban lo que iba a ocurrir y nos metían en el golpe. Yo ignoraba lo que mi padre tramaba en Ankara, pero me daba cuenta de que algo se preparaba.

Recibíamos pocas noticias del exterior. Los periódicos salían con las páginas en blanco. La radio no difundía más que los nombres de aquellos que se adherían al Frente patriótico. El vendedor albanés de *böreks*, que acudía con su triciclo ante las rejas del jardín delantero antes del estudio de la mañana, ya no hablaba de las gogós de los clubes nocturnos, sino de política. Demócrata convencido, estaba decidido a ser fiel a Menderes hasta el final. No se perdía ni uno de los larguísimos discursos del primer ministro y nos los contaba con pelos y señales. Pese a la férrea censura, radio macuto funcionaba. Las noticias radiofónicas estaban censuradas. Metin había traído un transistor, trataba de informarse escuchando sobre todo en las emisiones extranjeras en turco y en francés y me tenía al tanto de los acontecimientos. Le era imposible ser imparcial. Pero se esforzaba por ocultar a todo el mundo, incluyéndome a mí, la preocupación que tenía por su padre.

En este contexto se produjo algo inaudito: el padre de Metin vino a ver a su hijo. Durante ocho años las visitas habían sido cosa de su madre y no conocíamos a Halim bey más que de nombre. Ni por asomo hubiéramos imaginado que un día vendría a la escuela.

Todavía veo a Halim bey —vistiendo, pese a la agradable temperatura primaveral, abrigo de piel de camello, sombrero de fieltro negro, traje y corbata— avanzar por el jardín delantero hacia la puerta de columnas. Aquel hombre que, apenas un mes más tarde, humillado, tendría que rendir cuentas ante un juez, se pavoneaba con aires de conquistador. ¡Qué prestancia, qué orgullo, qué arrogancia! Y de repente, ¡abracadabra! Solamente el célebre mago Zatzungur o algún otro adivino habrían podido sospechar que después del 27 de mayo él, junto a otros, sería enviado a la isla de Yassiada esposado, para ser juzgado y condenado.

Estábamos en el estudio nocturno. Lo vi por la ventana que daba al jardín delantero. No caminaba bajo los plátanos con pasitos apresurados, como Cazibe, encaramada en sus zapatos negros de tacón alto; seguro de sí, avanzaba sobre las losas de piedra con paso lento y medido. Llegado ante la puerta de columnas, miró un momento la bandera nacional que se izaba en lo

alto de su plataforma todos los lunes por la mañana. Cuando le digo a Metin que su padre estaba a punto de entrar en nuestra clase, creyó que le tomaba el pelo. No esperaba en absoluto que desembarcase en Estambul para hacerle una visita justo ahora que el país estaba patas arriba y el pueblo ya no esperaba nada de un gobierno con el agua al cuello. Halim bey, al que conocía por haberlo visto en Bebek en algunas ocasiones y porque su fotografía aparecía a menudo en las páginas de los periódicos, se mostró primero, como hacía Cazibe, detrás de la puerta acristalada. Pero en vez de hacer un signo con la mano, entró sin llamar. Todo el mundo se levantó, incluido el vigilante, como si hubiésemos recibido la visita del director o de un inspector. Sin molestarse en decirnos que nos sentásemos, fue derecho hacia su hijo y le habló al oído. Salieron juntos. Nosotros aún seguíamos de pie. El vigilante nos dio permiso para sentarnos.

Fue la última vez que lo vi. Por la noche, en el dormitorio, le pregunté a Metin por qué había venido su padre. «Por nada —respondió lacónico—, me echaba de menos...» Consciente de que no me lo tragaba, cambié de tema. No insistí. Me imaginé que su padre había venido a recomendarle que estuviese tranquilo y que no se metiese en las manifestaciones que se preparaban en la Universidad. Pero lo que no se me ocurrió ni por un instante fue la idea de que Metin estaría durante mucho tiempo sin ver a su padre y que Halim bey sería salvado de la horca gracias a la mediación del mío. Pensándolo bien, la última vez que lo había visto en Erdek en el verano de 1959 me había dicho que iba a ocurrir algo, pero había atribuido sus elucubraciones a la bebida. Además, ¿qué podría pasar? Reinaba una enorme agitación, la gente se había puesto a hablar por los codos, y luego se habían vuelto más cautelosos. Sin embargo, yo me hacía algunas preguntas. Me decía: «Mi padre seguramente será pachá y mi abuela estará contentísima». Llevaba esperando un ascenso desde hacía mucho tiempo, ya fuese el retiro, ya fuese el título de pachá. Curiosamente, no fue ni lo uno ni lo otro. De hecho, se afilió, en Ankara, a una sociedad secreta integrada por los oficiales que auspiciaban un golpe de Estado para derrocar por la fuerza el poder vigente. No se trataba de libertad, de democracia u otras grandes palabras. Si queréis mi opinión, mi padre era un nacionalista empedernido. Simple y llanamente, estaba furioso. Nunca entendí cómo había entrado en el Comité de Unidad Nacional. No mandaba

una unidad, era un simple artillero sin prestigio. Tenía un destino en el Estado Mayor y no mandaba fuerzas en activo. Nunca había tenido agallas para empuñar su revólver y con peligro de su vida prestar juramento de honor. A menos que tuviese otra personalidad que me hubiese pasado inadvertida y que había logrado ocultar a sus allegados. Os estoy oyendo protestar: «¡Ah no, no vas a colocarnos otra vez la historia del Dr. Jekyll y Mr. Hyde! Vas a tener que echar mano de otro argumento para explicar la entrada de tu padre en el Comité de Unidad Nacional». Por supuesto, claro que había otra razón.

Posiblemente se había convertido en golpista para darse a valer a los ojos de su madre. O para crecerse, para demostrar al mundo que a pesar de su pequeña estatura no era un inepto. A menos que hubiese obedecido las conminaciones de su amigo el fiscal, enemigo jurado del Partido Demócrata, que había ascendido a miembro del Tribunal Supremo. Supongo que ni se le pasó por la cabeza que, durante del proceso de los «antiguos» dirigentes «caídos», nuestro emprendedor y pretencioso fiscal agitaría bajo la nariz de Menderes unas bragas y que el «proceso del bebé», reconvertido en «proceso de las bragas» y luego en el «de las pinzas de depilar»¹⁵, sería muy impopular. Sin embargo, después del proceso incoado por violación de la Constitución, que él no solo no intentó frenar sino que desembocó en tres condenas a muerte, siguió comiendo en el mismo plato y compartiendo la misma botella con su viejo cómplice. Uno ocupó el puesto de asistente del fiscal del Tribunal Supremo que, aun absolviendo a Menderes en el «proceso de la braga», dictó quince sentencias de muerte. El otro, como miembro del Comité de Unidad Nacional, después de haber reducido a tres el número de condenados, mandó ejecutar la sentencia sin pestañear. Quién sabe, tal vez haya obrado así por aburrimiento. Tal vez se convirtió en revolucionario no para «tutelar la unidad indivisible de la patria» y «proteger la República», como algunos piensan, sino para demostrar a su madre que había crecido. O, a lo mejor, quería reunirse lo antes posible con mi querida mamá, muerta por una bala de su revólver —asesinato, suicidio o accidente, no lo sabré jamás—. Si el golpe hubiera fracasado, en lugar de la cabeza de Menderes hubiera sido la suya la que habría saltado. Pero finalmente fue la de Menderes. El primer ministro intentó suicidarse después de la ejecución de sus amigos, pero se lo impidieron. Y después de haber cumplido su último deseo, que era

fumar un cigarrillo Yenice, lo colgaron en Imrali. Ese día, el salario del verdugo ascendió a 150 libras.

Sea cual fuere la razón, o las razones, el hecho es que el capitán Hasan Pies planos se convirtió en el coronel Asan el Verdugo, de probado espíritu revolucionario. Todavía hoy me pregunto cómo logré salvar de sus manos a Halim bey. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Decía que me traía al paio lo que pasaba en el país. Podrá pareceros que no es verdad, pero os aseguro que mi primera y última incursión en la escena política fue debida a un desengaño amoroso. Si Cazibe no me hubiese dado la patada, no habría bajado a la calle enarbolando una bandera entre los demás estudiantes. No habría vociferado: «¡Libertad! ¡Libertad!». No le habría gritado a Halim Bey: «¡Maldito dictador, vuestro reino se acabó!».

Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron. Ante la gravedad de estos, olvidé por un tiempo mi mal de amores y, mientras el ambiente se caldeaba y la primavera hacía florecer los árboles, una sangre noble y rebelde se puso a correr por mis venas. A comienzos de la primavera, me encontré en medio de las manifestaciones contra el gobierno.

Las universidades también bullían de agitación, y los alumnos de último curso de la Escuela del Sultán apoyaban sus medidas. El ejército, como la oposición, se declaró en rebeldía. El presidente prometió convocar elecciones anticipadas. Muchos periodistas y todos los izquierdistas habían sido arrestados. Desde lo alto de la tribuna del Parlamento, Ismet İnönü, el jefe de la oposición, había prevenido a los dirigentes: «Si continuáis, ni siquiera yo podré protegeros». Gracias a un viaje a Kayseri, escapó por los pelos a la venganza de los demócratas. Cemal Gürsel, que mandaba las fuerzas especiales en el momento del segundo aviso, acudió. Ahora bien, entonces nadie prestó atención a la carta que «Cemal aga», el favorito del ejército, dirigió al ministro de Defensa. Y ese fue el detonante. Se habían constituido sociedades en el cuartel Davut Pacha de Estambul y en la Escuela de Guerra de Ankara —a la que se había incorporado mi padre—. Estas juntas, compuestas por suboficiales, aprovecharon la oportunidad. La creación de una comisión de investigación dotada de poderes excepcionales y las manifestaciones estudiantiles que este hecho provocó en Estambul sirvieron de detonante. Ya sabemos lo que le sucedió al padre de Metin y a los otros

dirigentes. Por lo que respecta a mi padre, salió sin un rasguño.

HEMOS LLEGADO POR FIN a lo que estabais esperando: la acción. Fui testigo presencial de los acontecimientos del 28 y 29 de abril.

La mañana del 28 de abril, después de desayunar, yo descansaba un rato en la plaza Beyazit, con una bandera doblada como un pañuelo en mi bolsillo. Los alumnos de último curso, presentando una excusa convincente, estábamos autorizados a salir y cruzábamos la puerta tan tranquilos. Mi excusa era perfecta: tenía que ir a ver a mi padre, que estaba internado en el hospital de Cerrahpaşa. En realidad, se hallaba en Ankara y esperaba emboscado, armado hasta los dientes. Al lobo, por lo visto, le gusta la niebla; a mi padre le atraía la revolución. Llegado el momento, los tanques saldrían del cuartel, los cañones apuntarían al palacio presidencial de Çankaya, derrocarían el poder y detendrían a sus dirigentes. Si se resistían, recurrirían a las armas. Es la regla de todas las revoluciones, pero nosotros nunca habíamos tenido ocasión de aplicarla. Esta sería la primera para nuestro país y el coronel Hasan Hoşgör, que nunca llegaría a pachá, accedería durante un tiempo a las más altas funciones.

La administración de la escuela ignoraba por completo que mi padre estaba en Ankara a punto de tender su emboscada. Yo también, por cierto. Conseguí salir contando que mi padre había venido a Estambul para someterse a una intervención quirúrgica. Amanecía cuando me uní a los estudiantes reunidos en el jardín de la Universidad. Habían acordado protestar contra la creación de la comisión de investigación que violaba la Constitución. Desplegamos nuestras banderas; saqué la mía del bolsillo, la enganché en el extremo de un palo y me puse a agitarla. Entonamos la *Marcha de la Independencia* de Gazi Osman pachá, luego la *Marcha al combate* y nos dirigimos hacia la estatua de Atatürk. Habíamos acordado dispersarnos después de cantar frente a ella la *Marcha de la Independencia*. Ondeábamos a cuál más y mejor nuestras banderas a un lado y otro. Cuando atacué: «De derecha a izquierda / De izquierda a derecha / Onde la bandera / A por nuestros enemigos», un estudiante que estaba a mi lado blandiendo un gran retrato de Atatürk me corrigió:

—¡No, nuestros enemigos, no!

—¿Qué, entonces?

—¡Los malditos dictadores!

De acuerdo, me dije, y me puse a gritar:

—¡Malditos dictadores!

Otros manifestantes corearon mi grito:

—¡Malditos seáis, dictadores!

Otros gritaban «¡Menderes, dimisión!», pero esta consigna fue acogida con bastante frialdad. ¿Qué habría cambiado la dimisión de Menderes? Tranquilamente, me puse entonces a gritar «¡Libertad! ¡Libertad!». En ese momento, los polis apostados detrás de los árboles cargaron contra nosotros. Intervino la policía montada y nos vimos obligados a batirnos en retirada, pero la multitud era tan numerosa que no lograron dispersarla.

Los policías a caballo son un extraño fenómeno. A la luz de la mañana parecían conquistadores españoles. No llevaban armadura, por supuesto, pero sus cascos brillaban al sol. Como los centauros, eran uno con su montura. Tenían algo de aterrador. Yo pensaba en la clase sobre la conquista de América que nos había dado Kenan el Máquina, nuestro profesor de geografía. Decía que los indígenas, que nunca habían visto caballos, habían tomado a los españoles con armadura por dioses bajados del cielo. Gracias al poder de su montura, un caballero podía elevarse a la categoría de un dios. Aquellos caballeros divinos no están ya en este mundo, pero me acuerdo de que estuve a punto de ser pisoteado por los caballos.

Mientras los policías a caballo sembraban el pánico, recuerdo que un jeep de la policía se lanzó contra nosotros. Se detuvo después de haber golpeado y aplastado a algunos manifestantes. Y el oficial de policía Zeki Şahin, que más tarde fue juzgado en Yassıada, se puso a pegar tiros «al aire» con su revólver. La carga se saldó con varios heridos. Nos enteramos luego de que Turan Emeksiz, una de las víctimas, había muerto como un héroe. Uso esta palabra adrede, pues fue el primer «héroe» de la libertad. Era el «muerto tendido en la plaza de Beyazit» evocado en el poema que leyó Nâzim Hikmet en el programa en turco de Radio Leipzig. Ahora son Menderes y los que fueron ahorcados con él los que figuran como héroes, esto no hay quien lo entienda. Héroe o villano, todavía estoy viendo a Menderes metido en un traje negro

demasiado grande para su cuerpo enflaquecido y una camisa blanca con el cuello cuidadosamente abotonado, hundido en un sillón, con las muñecas esposadas, mirando su acta de condena a muerte. Cuando esa foto fue publicada, nadie pensó que podría ser considerado un héroe. Los tiempos han cambiado. Fueron a buscar sus restos a Imrali para depositarlos en el mausoleo construido, merced a varias expropiaciones, en el mismísimo centro de la avenida de Vatan. Ahora tenemos dos mausoleos, el de Atatürk en Ankara y el de Menderes en Estambul. Lo sé muy bien. Fui testigo de aquellos días. Si fuese verdad que la historia es un eterno retorno, cabe la posibilidad de que tengamos un tercer mausoleo. Adivinad para quién.

Por la noche, de vuelta al internado, me sentía embargado por la emoción. Pero no dije nada a nadie. Las noticias estaban censuradas, Metin, escuchando su transistor, ni siquiera se enteró de que el rector había sido maltratado y llevado a comisaría *manu militari*; ni de que los estudiantes que marchaban sobre la prefectura, detenidos por soldados con la bayoneta calada, habían gritado «¡Hip, hip, hurra!, ¡Viva el ejército turco!»; ni de que los puentes de Gálata y de Unkapani habían sido abiertos para canalizar a la multitud de manifestantes y desviarla de la plaza de Taksim. Al día siguiente, tratando de sintonizar una emisora distinta a la de Radio Estambul, se encontró con Nâzim Hikmet declamando:

*Cayó muerto allí
Le dispararon
La herida abierta por la bala
Como un clavel rojo en su frente
En Estambul, en la plaza Beyazit.*

Antes de anunciarlo a toda la clase, me dijo: «Es un golpe de los comunistas». En aquel entonces, y en aquellas circunstancias, yo decía simplemente que Turan Emeksiz estaba «muerto». Yo era un joven crédulo. Oí luego al comunista Nâzim Hikmet emplear el término «mártir» para evocar al joven asesinado por un policía durante la única manifestación en la que participé en toda mi vida:

Caído en Beyazit como un mártir

*Salió fuera de su tumba
Y, blandiendo como un sol su herida,
Del monstruo destruyó la guarida.*

Lo que se destruyó con el golpe de Estado del 27 de mayo no fue la guarida del monstruo, sino el poder del Partido Demócrata. Ciertamente, después de diez años de poder absoluto, el partido tenía muy poco de demócrata, pero ¿acaso era muy democrático juzgar y encarcelar a sus dirigentes? ¿Era democrático el Comité de Unidad Nacional que aprobaba tres condenas a muerte? Consciente del desorden que reinaba en el país, Menderes quiso convocar elecciones anticipadas, pero no llegó a tomar la decisión. Pagó con su vida su irresolución. Hoy, un barco de vapor que lleva el nombre de *Turan Emeksiz* surca las aguas del Bósforo haciendo el pasaje entre las dos orillas. En la avenida Vatan, el mausoleo de Menderes está vacío. Ambos hombres fueron víctimas de la revolución. Pienso en los tiempos en los que íbamos a la taberna del Apóstol, en la ladera de la montaña, donde mi padre repetía: «Vamos a ver lo que vamos a ver». En lugar de exclamar, como él, «¡Menuda taberna!», tengo ganas de decir: «¡Menudo país!». ¿Pero a quién dirigirme? Gritase lo que gritase, allá arriba, ninguno de aquellos hombres me oiría.

Bueno, pues el capítulo de acción se ha acabado. No es necesario que os cuente con detalle lo que pasó la noche del 27 al 28 de mayo. Al día siguiente, la radio se hizo eco de los golpes infligidos a Menderes de camino a Kütahya y los sufrimientos padecidos por el presidente Celâl Bayar en Çankaya. Como dice Nasreddin Hodja en una popular sentencia: «los que saben saben y los que no saben solo tienen que preguntarles». Aquellos acontecimientos no me concernían y ya no me preocupaban ni radio macuto ni las informaciones que circulaban por la escuela. Me acuerdo solamente de un titular asombroso del periódico *Milliyet*, que aseguraba que los cuerpos de los estudiantes muertos durante la manifestación habían sido pasados por la máquina de picar carne antes de ser enviados al depósito de cadáveres. Sí había ido a las manifestaciones para vengarme de Cazibe. Ahora bien, como se sabe, mi tierna amada repetía a cada rato: «¡Ah, qué encanto!». Y la palabra turca que en la expresión correspondiente sugiere ternura tiene el

sentido ordinario de «hacer picadillo». Faltó poco para que, compartiendo la suerte de los mártires de la revolución, yo mismo hubiese sido hecho picadillo.

Ese fue el año en que terminé mis estudios en el liceo. Cuando Metin me invitó a pasar las vacaciones en Bebek, acepté sin titubear. No había peligro de que Halim bey, encarcelado, se dejase caer por allí y podría reconquistar los favores de mi cruel amante. Y eso fue lo que ocurrió. Instalado en Bebek, esperé el ingreso en la Universidad. El verano pasó, los días comenzaron a acortarse y los procesos de Yassiada se iniciaron. Fue a la vuelta de un paseo por el Bósforo, en la cabina del yate de su marido, mientras a través de la ventanilla se podían ver las olas deslizarse y el sol ponerse detrás de Rumeli Hisari, cuando Cazibe me abrió de nuevo sus brazos. Esta vez, en lugar del disco de Édith Piaf, se oía en la radio la voz de Salim Başol, presidente del Tribunal Supremo: «Han traído a los acusados, sin esposas; han ocupado sus lugares. La defensa está preparada. La audiencia pública continúa».

Entre dichos acusados, para los que se pedía pena de muerte, figuraba el marido de la mujer que se estremecía entre mis brazos. Pero yo sabía de sobra que no hacía el amor conmigo porque me amase. De hecho, se entregaba al hijo del capitán para intentar salvar a su marido de la horca. En el amor, una de dos: o sometes o te sometes. Finalmente, era Cazibe quien se sometía. Yo me tomaba la revancha con Halim bey. Yo era el dominador y esto me convenía perfectamente. El acceso de mi padre al poder causaba al mismo tiempo su desdicha y mi dicha. Ahora con el paso de los años, en el otoño de mi vida, lo confieso sin vergüenza. Pero no estoy orgulloso ni de mí mismo ni de mi padre.

[13](#) «Juan» en turco.

[14](#) El nombre de Goethe se pronuncia como la palabra turca *got*, que significa «culo».

[15](#) Cuando derrocaron a Menderes, los golpistas, que querían su muerte, se dedicaron a desacreditarlo por todos los medios. Su amante, la cantante Ayhan Aydan, había perdido a su bebé en el parto. Los objetos confiscados en el domicilio de Menderes tras un registro (unas bragas femeninas, prenda libidinosa, y unas pinzas de depilar de uso sospechoso) fueron utilizados como pruebas de cargo para acusarlo de la muerte del bebé. Durante este proceso tan siniestro como grotesco, la defensa afirmó que las pinzas, adquiridas a expensas del Estado, se utilizaban en la cocina para desplumar las aves.

DESDE EL MOMENTO en que el tribunal de Yassiada hubo pronunciado las sentencias de muerte, Cazibe no despegó los labios. Su jovialidad, su coquetería, habían desaparecido, parecía aletargada. Se pasaba el día en el salón y solo salía lo imprescindible. A veces bajaba al jardín delantero.

Allí permanecía sentada durante horas al pie de la morera. Luego se levantaba, se esforzaba por inmovilizar con su mano el columpio, ponía un montón de hojas en su falda y escudriñaba el cielo entre las ramas desnudas. Viéndola así, preocupada, distraída, afligida, yo me sentía más y más enamorado. Apenas me prestaba atención. Parecía incluso esperar mi marcha con impaciencia. Por otra parte, yo no tenía ninguna intención de abusar de su hospitalidad. Me había matriculado en filología francesa en la Universidad de Estambul y estaba concentrado en mis estudios. Pasó un año sin que me diese cuenta. Antes de empezar segundo, solicité una beca para ir a Francia. Según la respuesta, me trasladaría a París, o bien me iría a vivir a la ciudad universitaria de Estambul. Se rumoreaba que a mi padre lo nombrarían senador vitalicio, pero el dinero que me enviaba era insuficiente para pagar un alquiler. Cómo no: había que «economizar». Yo esperaba la respuesta a mi solicitud de beca, y también el ahorcamiento de Halim bey en Yassiada.

Ya me había vengado de él y de Cazibe. No sentía ninguna amargura. Metin, en su rincón, albergaba oscuros pensamientos. No volvió a jugar al baloncesto y, como yo, había sido admitido en el primer año de facultad. Pero él había elegido una especialidad más difícil, el derecho. Soñaba con ir más tarde a hacer su doctorado a Francia. De vez en cuando, para tratar de disipar la atmósfera enrarecida y taciturna que pesaba sobre la casa, Cazibe decía: «Mis dos chicos serán franceses y yo seré francesa también, aun sin haber aprendido el idioma de Édith Piaf». Pero no estábamos para bromas. De vez en cuando hacíamos el amor a escondidas de Metin. En esos momentos, parecía olvidar su tristeza y se abandonaba enseguida como un gato

doméstico. Yo la deseaba más que nunca. Creo que esa es la razón por la que se me había metido en la cabeza salvar a su marido. Quería que tuviese una deuda conmigo. Tenía que quedarse embarazada de mí. Por mí, no por mis actos. Quería fecundarla, llenarla de mí. Fijaos bien que no he dicho de mis obras. No. Lo que yo quería era que su deuda conmigo fuese a largo plazo. No me interesaba su dinero, pero su piel dorada era mi tesoro más precioso. Debo precisar que ella no me había pedido nada y que fui yo quien tuvo la idea de ir a ver a mi padre a Ankara. Madre e hijo dieron su aprobación. Tal vez pensaron que habían alimentado una serpiente en su seno, pero creedme si os digo que mi único objetivo era evitar que mi bienamada se quedase viuda, y mi compañero de clase, huérfano. No me creéis, ¿verdad? Bueno, lo confieso. Me importaba un bledo que Cazibe fuese viuda, lo que quería era que se quedase cerca de mí, o, mejor dicho, a mi disposición; Firlama habría dicho que «se entregase» a mí cuando me apeteciese. No me avergüenza decirlo, quiero que sepáis que todos los golpes están permitidos cuando se trata de poseer a la mujer que uno quiere. En ese campo, como en política, el fin justifica los medios. Para alcanzar tu objetivo, para acceder al poder, todo es concebible, incluida la marrullería y la violencia. Hice trampas. La cosa estaba que ardía. Y la suerte de Halim bey me daba una oportunidad de recuperar a Cazibe. Excuso decir que no me interesaba mucho por el proceso.

Un día, en el pasaje de las Flores, me encontré con Firlama, que repetía el último curso, y le comenté que no me parecían nada serios los sucesivos procesos que se habían incoado: después del «proceso de las bragas» vino el «proceso del perro» contra Celâl Bayar, acusado de haber causado un perjuicio al erario público al retirar del zoológico para vender, en su beneficio, un galgo —«noble animal», en palabras del acusado— que había donado al país el rey de Afganistán. Añadí que me parecía injusto el «proceso de las pinzas de depilar» incoado a Menderes por el mismo motivo. El bueno de Firlama seguía fiel a sí mismo:

—¡Eh! ¡Alto ahí! Por el amor de Dios —había replicado—. ¿De dónde sacas tú un proceso tan fantasioso? Una cosa es el perro y las pinzas de depilar, pero ¿a qué demonios te refieres con el proceso de las bragas?

—Sabes de sobra que Menderes dejó embarazada a la soprano Ayhan Aydan y que el niño ilegítimo fue asesinado al nacer.

—No son más que cotilleos. La mujer declaró ante el tribunal que amaba a ese hombre y que quería un hijo suyo. El niño murió y punto. Al escucharla, se me llenaron los ojos de lágrimas.

No había perdido su vena cáustica. Cuestionaba el prestigio del Tribunal Supremo. Aquellos enredos despertaban reacciones contrarias al objetivo perseguido. El «proceso de las bragas», que pretendía desacreditar al primer ministro, había producido el efecto inverso. A los ojos del pueblo, Menderes pasaba por un viejo verde, pero ascendió de grado y se convirtió en un turco de alma sensible. Más aun, los conservadores que lo habían llevado al poder estaban convencidos de que después de rezar la plegaria nocturna montaba a horcajadas un caballo alado para ir a Eyüp Sultán o incluso a La Meca. Las grandes sumas de las que se le acusó de llevarse de los fondos reservados acabaron por reducirse a un problema de pinzas de depilar. Con ocasión del registro realizado en la residencia del primer ministro, se había descubierto una factura, y unas pinzas de depilar fueron encontradas en el mismo cajón que contenía unas bragas femeninas —a saber quién las habría puesto allí—. Pero nuestro fiscal experto en etimología no logró convertir las pinzas de depilar en una prueba de cargo, porque se demostró que habían sido utilizadas en la cocina para desplumar un ganso. Más de uno objetará que el ganso en cuestión era producto del saqueo del erario público, pero la herramienta era inapropiada, porque para este tipo de práctica no se utilizan unas pinzas de depilar, sino una maquinilla. En resumidas cuentas, el fiscal no aprovechó ningún argumento de los procesos «de las bragas», «del perro» o «de las pinzas de depilar» y Firlama, siempre al quite, dio en el clavo:

—Dile a nuestro amigo Metin que no se preocupe. Estos procesos no llevan a nada. Te vas a ver a tu padre y ya verás como lo sacas del apuro en menos tiempo del que se tarda en arrancar un pelo.

Esa era mi intención, desde luego. Sin embargo, aunque Menderes y sus acólitos salieron blancos como la nieve de los sucesivos procesos, fueron condenados a muerte por violación de la Constitución. Halim bey era uno de ellos. El día en que la decisión del tribunal fue sometida a la aprobación del Comité de Unidad Nacional, tomé el tren para Ankara.

Era la primera vez que iba a la capital. Tan pronto me bajé del tren, cogí un taxi para ir a casa de mi padre. Las calles estaban vacías, las callejuelas

desiertas. La situación parecía preocupante, las gentes absortas en su trabajo. Las banderas colgadas de los balcones no tenían en absoluto aire festivo. El entusiasmo del 27 de mayo había dado paso a una tensa espera. La inminencia de las ejecuciones había sumido a la ciudad en el mutismo, nadie se atrevía a hablar o hacer un comentario, todo el mundo tenía miedo. Sabía que partidarios y detractores de la ejecución se enfrentaban en secreto y esperaba el resultado con inquietud. Era el objeto de mi viaje. Por cualquier otra razón, yo no habría ido a ver a mi padre ni a mi abuela. Y a ellos no les habría sentado tan mal.

Después de girar en la gigantesca estatua de Atatürk, nos metimos por una callejuela. El chófer no tuvo ningún problema para encontrar la dirección que había escrito en un trozo de papel. Veía por primera vez no nuestra casa, sino el domicilio de mi padre en Ankara. Vivía en un sótano. Era un local oscuro, más pequeño que las viviendas de cuartel donde había pasado mi infancia. El mobiliario no había cambiado. El sofá en el que mi madre bordaba sus paños de cañamazo estaba, como siempre, junto a la ventana. Sobre el aparador del salón, la cabeza de oso disecado reía sarcástica como dándome la bienvenida. La mesa baja donde se servía el raki ocupaba su sitio, pero no había nadie para brindar. Los restos mortales del Jirafa hacía mucho tiempo que habían sido devueltos al polvo e ignoraba qué había sido del director del catastro. El fiscal asumía el ministerio público del Tribunal Supremo y mi padre era uno de los treinta y ocho miembros del Comité de Unidad Nacional que, desde la residencia del primer ministro, dirigía el país. No había tiempo para brindis. Los cubiletes habían sido tallados en vieja madera de pino, pero los días en que se llenaban y vaciaban pertenecían al pasado.

Besé a mi abuela. Sin una palabra de bienvenida, me informó de que mi padre estaba ausente. Parecía haber comprendido por qué estaba allí. «No te preocupes —añadió—, tu padre se ha convertido en un personaje importante. Sin duda resolverá tu problema.» En realidad, parecía lamentar que no fuese pachá, pero se esforzaba en que no se le notase. Aun así, acabó por estallar: «Van a nombrarlo senador... o algo así». No tenía tiempo de explicarle lo que era un senador vitalicio. Tampoco le dije que los senadores romanos llevaban una toga blanca, hacían discursos y, a veces, se apuñalaban mutuamente. Para no hurgar en sus heridas y entristecerla más, me abstuve de decirle: «lástima

que no sea pachá, estaría a la cabeza del ejército». Me contenté con una fórmula del tipo «cuando uno sirve a la nación, todos los empleos son respetables».

Cacé al vuelo a mi padre en la residencia del primer ministro, cuando salía de una reunión y estaba a punto de entrar en la siguiente. Esperaba que al menos dijese «¿qué haces aquí?, o «¡benditos los ojos!», pero me preguntó si no tenía clase. Ni siquiera sabía que los exámenes habían terminado hacía mucho tiempo.

—Ya acabé los exámenes...

—Muy bien. Pero ¿por qué no me has dicho nada?

Se lo había escrito en una carta, pero podía esperar sentado su respuesta. De hecho, no se preguntaba ni dónde vivía, ni lo que hacía en Estambul.

—Mira, papá, no he venido a hablar de mis exámenes.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Necesito tu ayuda para algo importante.

—Ahora tengo una reunión. Hablaremos esta noche.

—Esta noche me habré ido.

Hicimos un aparte. En pocas palabras le expliqué el problema. Por supuesto no estaba al tanto de mi relación con Cazibe, pero parecía saber que estaba muy unido a Metin. Y que me alojaba en el chalé de Bebek. Si me hubiera dicho que no le gustaba, le habría replicado que no tenía medios para alquilar un apartamento. Pero no insistió.

—Escucha, hijo mío —dijo pavoneándose—, hemos hecho una revolución con peligro de nuestras vidas. Si hubiéramos fracasado, nos habrían ahorcado. Violar la Constitución es un crimen castigado con la muerte.

—Sí, pero habéis puesto en su lugar una nueva Constitución y la antigua ya no está en vigor.

—No hacemos más que aplicar las normas legales.

—El pueblo no es de esa opinión.

—¿De dónde sacas eso? ¿De Bebek? ¿Es allí donde pulsas la opinión del pueblo?

Se produjo un silencio. Quería añadir que la revolución generaba sus propias normas legales, pero renuncié. Ya estaba bastante desquiciado. Continuó, engallándose un poco más:

—Ya veo que te interesas mucho por lo que estamos haciendo. ¿Estás orgulloso de mí?

Después de un momento de vacilación, le solté la fórmula habitual entonces: «¡Eso cae de cajón!». Para que no viese que mentía, evité mirarlo a la cara. Le pedí que presionase a los miembros del Comité para conmutar la pena de muerte de Halim bey por una pena de reclusión, para que Metin no quedase huérfano, y también por respeto al nombre que llevaba.

—Vaya —dijo—, no me imaginaba que mi hijo supiese tanto y que tuviese ese pico de oro. No te preocupes, haré todo lo posible.

No he contado esta conversación con mi padre tal como quedó grabada en mi memoria, sino tal como debería haber sido. En realidad, las cosas pasaron de otra manera. Mi padre asistió a la segunda reunión sin decir una palabra. Yo estaba convencido de que todo había terminado. Sentía más pena por Metin que por Cazibe, pero lo había hecho lo mejor posible y mi conciencia estaba tranquila. No imaginé ni por un segundo que mi padre fuese a intervenir para salvar la vida de Halim bey. Y, sin embargo, fue así. Finalmente, mi abuela había dicho la verdad, mi padre había resuelto mi problema. El Comité de Unidad Nacional, por mayoría, suscribió la súplica de indulgencia de Hasan Hoşgör y el marido de Cazibe, al que yo odiaba con todas mis fuerzas, me debe la vida.

Cuando ahora pienso en aquello, me digo que paso por alto el hecho de que trece de las condenas a muerte, incluida la del presidente de la República Celâl Bayar, fueron conmutadas por cadena perpetua. Había ciertamente otras razones, factores políticos mucho más importantes que nos superaban a mi padre y a mí. Pero, en aquel entonces, estaba convencido de que mi viaje a Ankara había sido decisivo. Sé que vais a decirme: «Era un hombre de Estado, ¿acaso creías que iba a preguntarte tu opinión y plegarse a tus deseos?». Bueno, ¿y por qué no? ¿Por qué no imaginar que mi padre, que ordenó colgar al primer ministro Menderes y a dos ministros, hubiese querido mostrarme su afecto perdonando a otros para complacerme?

En las dependencias de la residencia del primer ministro, me encontré con nuestro viejo amigo Kürt Ihsan.

—¿Qué haces aquí?

—Eres tú quien debería contestar. Creía que seguías en el Castillo.

—Eso fue hace mucho tiempo, muchacho —contestó pavoneándose—. Ahora soy el primer consejero del presidente de la República.

Cemal Gürsel había hecho llamar a Ihsan el Oso porque ambos eran de la misma tribu.

Me moría de ganas de echarme en brazos de Cazibe y darle la buena noticia, pero me tomé mi tiempo. Recorrí la capital de norte a sur, tal como había caminado por Estambul cuando llegué allí la primera vez. Ankara es una ciudad de funcionarios hecha de piedras espantosas, monumentos, bancos y ministerios.

Mientras Atatürk duerme su último sueño en su mausoleo, los burócratas se repantangan en sus despachos. Solo mi padre trabaja como un esclavo noches enteras en pro de su país. Ni siquiera me dijo «quédate esta noche, y vuelves mañana». O, si me lo dijo, no lo oí o hice como que no lo oía.

Regresé a Estambul en el tren de la noche. Y, al amanecer, me encontré en la escalera de la estación Haydar pachá. Inspiré el aire del mar con avidez. Las gaviotas lanzaban sus graznidos como siempre. Cazibe y Metin me esperaban en su casa de Bebek. Fui consciente en aquel momento de que todo el mundo excepto yo tenía una casa, de que era un sintecho. Cuando les dije que había logrado convencer a mi padre para que interviniese, primero se mostraron escépticos y, a continuación, fingieron creerme. Obviamente, se habían preparado para lo peor. Pese a todo, Metin me dijo: «Gracias, Hijo del capitán, nunca olvidaré lo que has hecho». Cazibe, por su parte, se limitó a sonreír. Era más una sonrisa de resignación que de gratitud. Da igual que me anticipe, Cazibe murió de cáncer unos años más tarde y Halim bey, cuando salió de la cárcel de Kayseri, se volvió a casar y se instaló en Ankara. Lo que sufrió en Yassiada no lo supe ni por su hijo ni por él, sino leyendo sus *Memorias* publicadas después de su muerte.

Fue arrestado después del golpe de Estado del 27 de mayo, luego trasladado en avión a Estambul y de allí a Yassiada. Como a Menderes y Bayar, lo mantuvieron un tiempo en una celda de aislamiento y fue sometido a un duro interrogatorio. Si la memoria me es fiel, escribió en su libro: «Estas cosas son más fáciles de decir que de soportar». El pueblo llano sabe bien lo que son los interrogatorios, los malos tratos, las injurias e incluso los golpes, pero los dirigentes del Partido Demócrata nunca habían sido sometidos a

tortura. Su infortunio era en parte atribuible al temperamento cruel del alcaide de la prisión de la isla. Halim bey sufrió particularmente por no poder escribir a Cazibe para declararle su amor y su dolor por estar separado de ella, pues las cartas de los detenidos no debían exceder de cincuenta palabras. Comenzó a escribir a su familia cartas en verso. Dios mío, ¡qué mediocres eran aquellos versos, incluso cómicos, e hipócritas! Y pensar que era un político condenado a muerte quien los había garabateado. Incluso después de tantos años me producen vergüenza ajena. Si hablo así, tal vez sea porque todavía estoy celoso de Halim bey. Al mismo tiempo sé que le debe la vida a mi padre, puede que a mí también, pero sobre todo a Cazibe. Este hecho la historia no lo recordará. Halim bey, como otros condenados a muerte por mayoría de votos del Tribunal Supremo, fue indultado *in extremis* y condenado a cadena perpetua. Como escribió luego, fue liberado al cabo de dos años gracias a la amnistía decretada por el nuevo régimen.

Lo que sigue es particularmente doloroso. Halim bey cuenta que antes de la ejecución lo obligaron a subir a una lancha rápida vigilado por soldados armados, para desembarcarlo en la isla de Imrali, y que antes de arrojarlo en un húmedo y oscuro calabozo, lo despojaron de todos los objetos personales, incluido el cinturón y la cartera en la que tenía la fotografía de su hijo Metin de pequeño. Que mientras esperaba la muerte solo pensaba en Cazibe y en su único hijo. No sé hasta qué punto era sincero, pero puedo imaginar lo que sintió cuando le informaron de que no sería ejecutado. Sí, he leído en un libro lo que experimentó Dostoievski en las mismas circunstancias. Solo que Halim bey no era un gran escritor, era un político codicioso que no pensaba más que en enriquecerse, un hidalguelo conservador. En definitiva, un mediocre. No logró expresar en su libro lo que sentía.

No recuerdo muy bien cuándo se vendió la villa de Bebek. Supe más tarde que Metin le había dicho a Firlama con tristeza: «¡Ya está, se ha consumado!». ¿Se trataba de la venta del chalé o del favor que mi padre había hecho al suyo? Lo ignoro. Después de mi marcha a París, nos encontramos en pocas ocasiones. Ahora nos vemos de tarde en tarde y recordamos el pasado. A veces Firlama se une a nosotros.

—Sé valiente, mi pequeño Metin —sigue tan bromista como siempre—, si no llega a ser por el hijo del capitán te habrían arrancado a tu padre como se

arranca un pelo con una pinza de depilar y te habrías ido al carajo.

—Tienes razón, Firlama —dice él después de un silencio—, pero en ese caso tú habrías saltado fuera de tus pantalones destrozados y habrías encontrado una solución.

Después de tantos años, se comportan como adolescentes incorregibles y no me sorprende verlos discutir como colegiales. Antaño teníamos toda la vida por delante, ahora la tenemos detrás. Nos queda muy poco que vivir. Si habéis escuchado mi historia, espero que os haya aprovechado algo. En caso contrario, ¡qué más da! He vaciado el costal, ¿qué más se puede pedir?

NO SÉ QUÉ mosca le habrá picado a mi hija para llamarme al amanecer. No dormía, pero no me apetecía levantarme de la cama. Tenía la extraña sensación de haber sido transportado en el tiempo, de despertarme en el dormitorio del internado como antaño. Tenía frío. Sin embargo, era verano, el sol estaba a punto de salir y de reverberar en las paredes blancas de la torre de Leandro, antes de iluminar las aguas contaminadas del Cuerno de Oro. Un navío se disponía a encephar en el Bósforo, otro haría su ruta hacia el mar de Mármara. Las pequeñas cúpulas y los jardines del palacio de Topkapi, la torre y el puente de Gálata y los barcos de vapor seguidos por bandadas de gaviotas, las palomas de la Nueva Mezquita, todo se desplegaba ante mis ojos como una alfombra de seda. Este espectáculo siempre me ha transportado; la contemplación de Estambul suscita en mí una especie de éxtasis místico. El único, quizás, que he experimentado en esta arrastrada vida. A propósito de éxtasis, debo precisar que, por primera vez en mi vida, tenía unas ganas locas de beberme un raki en el balcón a primera hora de la mañana. Durante un tiempo fui partidario del raki al mediodía, pero nunca tomé «ese veneno» — como decía el del bigote de almendra— al desayuno. Y jamás vi a mi padre empezar a beber por la mañana.

—Perdona que te llame tan temprano —me dijo mi hija, como si hubiese leído mis pensamientos—. ¿Qué tal estás?

—¿Cómo quieres que esté? Voy tirando.

—Cuando te venga bien, querría hablar un momento contigo.

—Pues vienes a verme y te quedas a cenar. Hace tiempo que no te veo.

—Es verdad, pero por la noche no puedo. Si quieres, almorzamos juntos.

—De acuerdo, pero te quedas un rato. Así podremos hablar como un padre y una hija.

Hizo la compra y puso la mesa en el balcón. Es diligente, hace bien las cosas. «Es hija de su padre», me dije. Mi hija ha venido a verme, ha

preparado la comida, yo no tenía una nube en mi copa y el cielo en mi plato, como en la taberna del Apóstol, pero tenía frente a mí a mi querida Estambul. Un poco achispado, encendí la tele para ver lo que pasaba en el mundo. El del bigote de almendra seguía ocupando la pantalla. La había tomado conmigo. Esta vez se trataba de un ataque personal. Sí, contra mí y contra todos aquellos que saborean los pequeños placeres domésticos. El precio de las bebidas alcohólicas había subido. ¿Cómo lo he sabido? La asistenta que se encarga de mis compras no me lo había dicho. Bigote de almendra leía la cartilla a los que protestaban contra la subida, les aconsejaba que, en lugar de beber vino, se comiesen las uvas. ¿Se puede tolerar tal sarta de estupideces en esta tierra de Anatolia donde floreció el culto a Dionisio? Es increíble. El tipo se carga de un plumazo una tradición milenaria, los ritos dionisiacos que están en el origen de la gran tragedia griega, diciendo sin pestañear «no toquéis más ese veneno», y para colmo nos aconseja comer uvas. «Cómete las uvas, no preguntes de quién es la viña», dice el proverbio. Pero este individuo, ¿es que no ve que con sus consejos lo único que va a conseguir es que le toquemos las narices al viticultor? ¡Es la gota que colma el vaso! Menos mal que mi padre no ve esto. Si mi abuela viviese, tal vez defendería al primer ministro sin decírnoslo, pero yo estoy dispuesto a renunciar al raki del mediodía si así se larga. Solo que sigue ahí, erre que erre, así que «¡a tu salud!».

Brindamos, mi hija y yo, ante Estambul. Me mira muy vivaracha y se lanza:

—A ver, papá, ya no eres un jovencito.

—Di más bien que tengo un pie en la tumba.

—¡Qué dices! Todavía te quedan muchos y muy bellos días por disfrutar. Gracias a Dios, tu salud es buena, tu ánimo también.

«Esta hija mía nunca me ha entendido», me digo.

Por fin, lo suelta:

—Solo que no durará. No podré estar siempre a tu lado.

—¿Cuándo has estado a mi lado?

—No seas ingrato y desagradable. Estoy segura de que me has entendido. Necesitas una mujer.

—Ya tengo una, hace la limpieza. Incluso me prepara la comida. Te

recuerdo que estoy casado con tu madre.

Parecía esperar esta respuesta:

—Es verdad, estás casado con mi madre, pero ella ha decidido dejarte. Me ha telefoneado hoy desde Francia. Está a punto de rehacer su vida con un hombre de su edad. Sigue furiosa contigo. Me ha dicho que va a iniciar el proceso de divorcio.

Me quedé petrificado. Estaba tan convencido de que mi mujer iba a volver que no la había llamado ni una sola vez desde su marcha. Mi espalda se cubrió de un sudor frío, mis manos se pusieron a temblar. Sin duda por eso tenía frío esta mañana. Fingí indiferencia:

—Es asunto suyo. ¡Que le den! ¡Adiós muy buenas!

Volví a pensar en Cazibe, en la primera vez que una mujer me dejó. «¡Adiós muy buenas!» Es exactamente lo que había dicho Firlama.

—¡No seas grosero! Y no disimules. Sabes muy bien que todavía la quieres.

—¿Ah sí? ¿Y qué es lo que te hace creer eso?

No respondió enseguida. Su rostro se iluminó, luego sonrió. Sacó un sobre de su bolso y me lo tendió.

—Esta carta. La he encontrado en la cocina entre las facturas mientras preparaba la comida. La he abierto y la he leído.

Miré la carta, no sé cuánto tiempo hacía que la había traído el cartero. Estaba dirigida a mi mujer. Mirándola de cerca, reconocí la letra. Era la mía. ¡Por el amor de Dios! Había enviado esta carta desde Bebek, hacía varios años, cuando dejé la casa para instalarme en un hotel. ¡A quién se le ocurre que tardaría tanto tiempo en llegar, que el maldito cartero llamaría a mi puerta cuando mi mujer ya se hubiese ido a París!

Solo dije:

—Qué se le va a hacer, ahora es demasiado tarde.

Estuve a punto de citar a Yahya: «Suena el último cuplé y la vida se va con él», pero me contuve.

—Hay que ver el lado bueno de las cosas —siguió mi hija—. Es triste, pero debes afrontar la realidad. Tienes que encontrar otra mujer.

Creí que me estaba tomando el pelo. Después de todo, es hija mía, tiene a quien salir. En los momentos más difíciles mantiene la cabeza fría y sabe

«gestionar la situación». Como su abuelo.

—Te doy permiso para que empieces a buscar, pero sin prisas.

—Papá, hablo en serio.

—Yo también. Si tienes a alguien en mente, dilo rápido.

—Tengo a alguien en mente, pero no me atrevo a decírtelo, tengo miedo de que te enfades.

—No me enfadaré, te lo prometo. Veamos, ¿quién es mi futura esposa?

—Tu vecina Nigâr *hanim*. Me ha dicho que te aprecia mucho y que no puede resignarse a verte morir solo en este rincón.

Monté en cólera. Así que aquellas dos arpías, aprovechando la situación, habían urdido un complot a mis espaldas.

—Escúchame bien. Tú no conoces lo más mínimo a tu padre. ¿Sabes lo que puedes hacer con esa petarda?

—No hables así, es una buena persona. Os podíais apoyar el uno al otro. Y podrías dejar de recibir putas.

Fue oír la palabra «putas» y revolverse la sangre. Me puse a gritar:

—¡Putas serás tú! ¡Y tu querida Nigâr es una marrana!

Estaba loco de rabia. Ella no se esperaba semejante reacción, sabía que no iba a aceptar tan fácilmente, pero confiaba en ir preparando el terreno. Se echó a llorar. Luego fue a enjugar sus lágrimas y a retocarse el maquillaje al cuarto de baño. «Me voy, ¡apáñate tú solo!», y se fue dando un portazo. Salí como una exhalación, me planté frente a la puerta de Nigâr y le dije todo lo que llevaba dentro. La muy zorra fue el mismo día a denunciarme a comisaría. Cuando venga la policía, tal vez se incauten de esta grabación en la que me gustaría incluir la carta que había enviado a mi mujer desde Bebek:

Amor mío:

Cuando te conocí, estaba hecho polvo; era un vagabundo pálido y solitario, me daba miedo cuando me miraba a un espejo. Un barco que había roto sus amarras, a la deriva. Había recorrido los océanos, pero estaba ciego, un corazón errante privado de amor. Deambulaba de café en café y de hotel en hotel. Había conocido muchas mujeres, pero estaba solo. Mis citas duraban una noche o el tiempo de fumar un cigarrillo. Venían a mí como quien va de compras. Luego se iban, llevándose un poco de mí, pero sin

dejar me nada. Tenía la impresión de que me saqueaban. Les resultaba rentable, pero ellas no tenían ni una pizca de amor que darme. Cuando llegaste a mí, había tocado fondo hacía tiempo. Mi vida empezó contigo, me has puesto en el mundo y me has hecho crecer. Parafraseando a ese poeta que tanto te gustaba, estaba «perdido en el desorden de los cuartos de hotel», «viajero sin billete en la plataforma de un tren». Antes de encontrarte, de estar contigo, de unirme a ti.

Sabes que las palabras faltan a veces cuando se habla de amor. «Ignoraba la belleza de las canciones / Y también la insuficiencia de las palabras / Antes de que el amor me atrapase.» ¿Te acuerdas de la primera vez que te dije estos versos? Aún no conocías el turco y estaba convencido de que estas palabras, traducidas al francés, no surtirían el mismo efecto. Pero me equivocaba. Comprendiste enseguida la fuerza de mi pasión, tal como, en Estambul, comprendiste lo que quería decir aquel iluminado que surgió ante nosotros como el genio de la lámpara de Aladino gritando: «El amor jamás se comparte.» No pensé que también yo, un día, sería un amante abandonado. Era nuestra luna de miel. No estábamos en Venecia, como todos los enamorados, sino en Estambul. Te había hablado tanto de esta ciudad que tú habías propuesto que fuésemos de viaje de novios. Era la primera vez que venías aquí, era la ciudad de mi primer amor, de mi primera mujer, de mi primer desengaño, de mi primera separación.

Fuimos felices. Recorrimos la ciudad de arriba abajo, por los cuatro costados, como había hecho hacía tantos años, recién llegado de mi ciudad provinciana. Las canciones eran hermosas, las palabras insuficientes, pero era feliz. No conocía aún el mal de amores.

Mi querida mujercita, es seguramente la última carta que te escribiré. Como en la endecha, acompañada al violín, del músico ciego de aquel restaurante de pescado a la sombra de los muros de la fortaleza Anadolu Hisari, esta última carta sellará nuestra separación. Si no decides volver. Y el espectro descendido de la torre vendrá a tomarme de la mano para llevarme al infierno. Lo estoy oyendo burlarse: «El diablo necesita sufrir». ¿Por qué te enseñé esta frase? El caso es que te aficionaste tanto a nuestros refranes, te enamoraste tanto de mi lengua, que me parece que empieza a gustarte más que yo. Te prodigué las sutilezas de la lengua más bella del

mundo. Te hablé de los amores más apasionados. En Estambul y en París, durante los viajes que hicimos juntos.

Confío en que un día, tarde o temprano, vuelvas. Te espero. Porque eres tú la que has encontrado nuestro nido, este apartamento encaramado en lo alto con una vista magnífica, eres tú quien lo ha amueblado. Nuestra hija te ayudó un poco. Cuando vinimos a instalarnos aquí, mi deseo era vivir y morir aquí contigo. Pero quisiste hacerme pagar mis faltas pasadas y te has ido con otro. Durante nuestro matrimonio, era yo el que se iba, pero siempre regresaba. Tú te has ido para siempre. Sabías bien que era lo peor que se le puede infligir a alguien cuya vida no fue más que ir y venir de una ciudad a otra, de una mujer a otra. Pero sabes también que nunca he dejado a nadie. Ni siquiera a ti. Es a mí a quien siempre han dejado. Y me lo he merecido, sí, todo es culpa mía. Mea culpa. Pero me gustaría que comprendieses que no podría soportar esta separación, que tengo miedo de perderte, que sufro los tormentos del infierno, que mi sufrimiento es indescriptible. «Ya que te vas, dejándome solo / Quiero volver a verte por última vez.» ¿Te acuerdas de esta otra canción del músico ciego? ¡Qué guapa estabas con tu vestido de verano! El espectro de Hamlet nos observaba desde lo alto de los bastiones y tú eras un blanco nenúfar floreciendo en Göksu, eras una mujer feliz, mal que le pese a Ofelia. Tenía ganas de gritar: «¡Dios mío, qué blanca eres!». Tu piel no se había bronceado en la playa, tus senos eran todavía menudos. Firmes y erguidos. Tus piernas se extendían bajo la mesa, y el músico ciego cantaba «Mi hermosa magnolia».

Me he ido a un hotel para que recojas tranquilamente tus cosas. Te escribo esta carta desde este hotel de Bebek. En un chalé no muy lejos de aquí, conocí a mi primer amor; en Bebek conocí el dolor de ser abandonado. Y el destino ha querido que diese aquí mi adiós a mi último amor. Como siempre después de la lluvia, el Bósforo ha adquirido un tinte mohoso. Desde aquí, la orilla de enfrente está un poco más próxima. No tengo más que alargar la mano para tocar los bastiones de Anadolu Hisari. Y también las palabras del músico ciego. Un barco pasa, seguido por las gaviotas. Un barco de un blanco deslumbrante, cargado de nostalgia. Es blanco como la falda que llevabas en Göksu. Sé que si extendo mis manos para tocar el barco, van a incendiarse. Sería peor si pudiese tocarte. No veo más que

incendios ante mí. No tengo valor para preguntar cómo va a acabar todo esto. Piénsalo antes de tomar una decisión. O conmigo o sin mí. No hay término medio. Porque todavía te amo. No quiero compartirte con otro. Si te vas para siempre, ten presente esto: un poco de ti se quedará aquí, en Estambul, y se mezclará con mis cenizas, después de mi muerte, aquí, en el suelo de Göksu.

No está nada mal, ¿verdad? Me digo que si mi querida mujercita hubiese recibido esta carta, sin duda habría vuelto. O mejor dicho, no se habría ido y nuestra relación hubiera tenido otra oportunidad. No habríamos querido separarnos. Pero no he perdido la esperanza. Ya que no recibió esta carta, debo escribirle otra. Esta vez no voy a hablarle de Anadolu Hisari, ni de nuestros recuerdos de París, sino de nuestro primer encuentro en Limoges. Ya sé que me vais a decir: «¿Qué pinta aquí Limoges?». Permitidme que os lo explique.

Francia, como Turquía, está rodeada de varios mares. Cuando me fui, dejé atrás a Cazibe, a mis condiscípulos y a mi familia —al menos la que hacía las veces de mi familia, es decir, mi revolucionario padre y mi abuela inmigrante—, y un día me encontré en Limoges, una ciudad situada en el centro de aquel hermoso país, lejos del mar y de las grandes vías ferroviarias. La ciudad es famosa por sus porcelanas, su catedral, sus edificios antiguos y su estación verde mohoso. Y también su antiquísimo puente de piedra con numerosos arcos. Cerca de la estación se levanta la torre del reloj, enhiesta como un falo. De color verde y coronada por una cúpula debajo de la cual las manecillas del minutero y las horas se persiguen sin fin. Las calles adoquinadas del casco viejo, bordeando plazuelas y patios desiertos, descienden sinuosas hacia el río. Limoges, como todas las ciudades históricas de Francia, merece ser visitada.

Había ido allí no para hacer turismo, sino para rodar un documental sobre las porcelanas de vivos colores. Al bajar del tren, fui recibido por mi futura esposa. Empleada del ayuntamiento, le habían encomendado ponerse a disposición de los cineastas. Su misteriosa belleza parecía un vestigio del pasado de la ciudad, o quizás de la época romana. Era muy joven, casi una niña. Cuando sonreía, el fondo de sus ojos sonreía también, su mirada parecía

recorrida no solo por el Vienne, sino por todos los ríos de Francia. Semejante al agua que fluye, era un ser radiante. Cuando se quedaba cerca de mí, tenía la impresión de vivir una renovación perpetua. Era blanca como un lirio abierto en la hondonada de un valle claro y luminoso. Probablemente porque se parecía a las corrientes de agua de todos los ríos de Francia, que recuerdan el curso rápido de la vida, porque yo podía, gracias a ella, descansar a la sombra fresca de un plátano y porque encontraba sus tiernos abrazos cuando volvía de viaje, probablemente por todo eso, la he amado con un amor profundo y apasionado. Sí, era blanca como el agua cristalina, pero a mi lado se manchó. Por mi culpa, se vio mezclada en negocios y transacciones dudosas, incluso sórdidas. Más vale no profundizar en este tema. Si digo que lo nuestro fue un flechazo, que nos enamoramos nada más vernos aquel día de otoño, bajo el inmenso tejado verde mohoso de la estación de Limoges, sé que no vais a creerme. Sin embargo, es la pura verdad. Por eso me duele el corazón. No voy a negar que debido al reumatismo sufro de las articulaciones, pero eso es otra cosa. Siempre puedes descansar, quedarte tumbado en la cama. Pero si lo que te duele es corazón, eso significa que el final está próximo.

En Limoges no me conformé con filmar la porcelana roja, púrpura, azul y verde, las mil y una figurillas que te trasladan a un mundo infinitamente más hermoso que aquel en que vivimos, también fotografié la estatua que representa a aquella pareja, un rey y una reina, quizá, cuyos cuerpos enlazados yacen en la misma tumba. Surgidos de la Edad Media, parecen vivir todavía en el frío mármol. La mujer, vuelta hacia su marido, apoya la mano en su corazón. Mientras duró su vida, tomó el pulso del hombre amado. Vienen del pasado, la muerte los ha vencido, pero su unión profunda, su amor mutuo, sincero e indiviso, ha triunfado sobre el tiempo.

¿Qué más puedo decir? Este es el final de mi historia. Sé que Azrael aguarda ante mi puerta, pero todavía vacila en entrar. No es tan descarado como la zorra de mi vecina, será porque es un ángel del Señor. Para mí hay dos clases de seres: los muertos y los que van a morir. La mayoría de los que han compartido mi vida pertenecen a la primera categoría, pero yo soy uno de los que van a morir. Como dijo el poeta, «quién sabe, tal vez mañana, o incluso antes». El día que mi madre murió fue el día en que aprendí a leer.

No la lloré. Y no quiero que se derramen lágrimas por mí. Que en mi tumba se escriba únicamente: «Llegó, se rio y murió». Tengo que guardar esta grabación. Tal vez, alguien la escuche algún día.

CUANDO LOS POLICÍAS, GUIADOS por Nigâr *hanim*, entraron forzando la puerta, encontraron al anciano ante un viejo magnetófono. Rebobinaba la cinta como si estuviese a punto de comenzar una nueva vida. Estaba tranquilo. No se volvió ni una vez a mirar a aquellos inesperados invitados. Contempló un instante el panorama de Estambul y luego se arrojó al vacío.

La cinta sobre la que había grabado la historia de su vida fue escuchada en primer lugar por el fiscal, luego por el juez, que determinaron el delito de desprecio e insultos contra el primer ministro. Pero el acusado, al no ser más que una voz, no podía ser detenido ni colgado. No era más que un alegre gorjeo bajo la bóveda celeste.

Octubre 2012 - junio 2013

Glosario

Abi: hermano.

Aga: oficial de la corte del sultán, militar.

Amca: tío.

Ayran: bebida lechosa a base de yogur.

Börek-cigarrillo: pequeño rollo de queso con forma de cigarrillo.

Boza: bebida fermentada a base de cereales.

Bozkurt (literalmente, «lobo gris»): animal legendario símbolo de los pueblos turcófonos y mongoles.

Ergenekon: epopeya que narra la partida de las tribus turcas del valle mítico de Altay que lleva este nombre.

Fatiha: sura de apertura del Corán.

Hanim: señora.

Kanun (qanûn): «cañón» o «caño», gran cítara con una caja de sonido trapezoidal.

Muhtar: término que designa al jefe elegido de un pueblo.

Mürşit: el maestro, el gurú.

Saz: laúd de largo mástil.

Simit: panecillo con forma de corona recubierto con semillas de sésamo.

Yali: residencia de descanso construida a orillas del Bósforo.

Zurna: tipo de oboe con pabellón ensanchado.

Título original: *Yüzbaşinin Oğlu*

Edición en formato digital: 2017

Copyright © Nedim Gürsel, 2017
© de la traducción: M.^a Dolores Torres París, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9104-838-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es